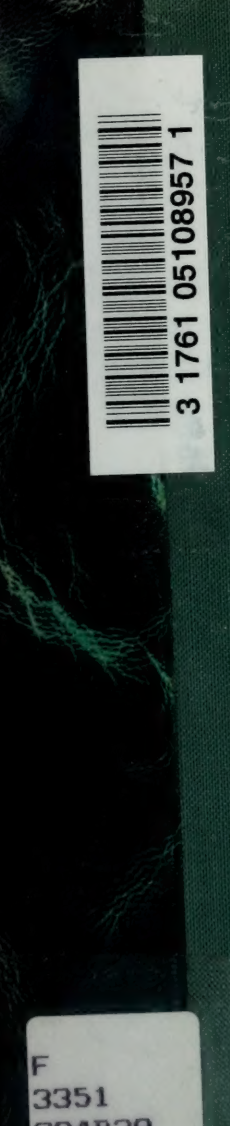

3 1761 05108957 1







CHUQUISACA

ó

LA PLATA PERULERA

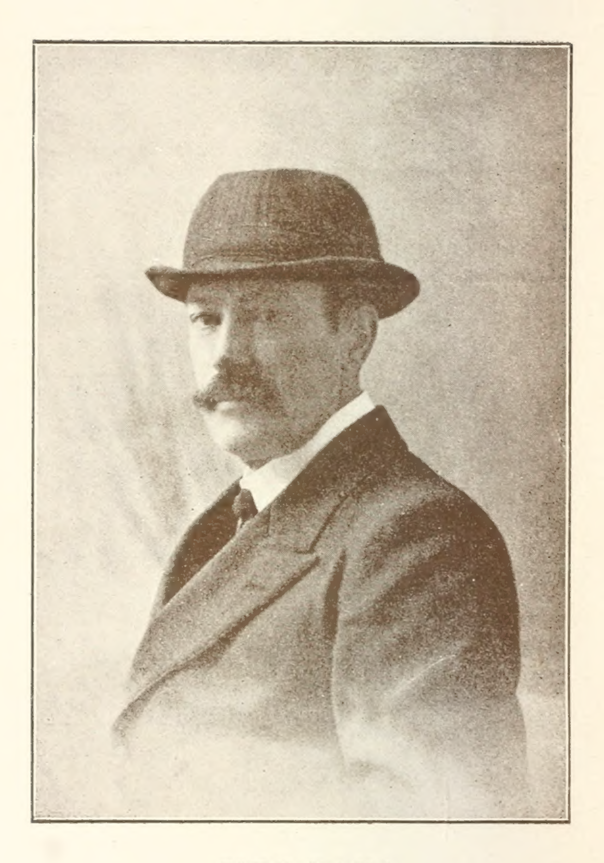
VIAJES DEL AUTOR

El Peregrino entretenido.

Lazarillo español.

El Peregrino en Indias.

La Plata perulera.



CIRO BAYO

CHUQUISACA

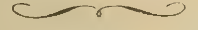
Ó

LA PLATA PERULERA

CUADROS HISTÓRICOS,
TIPOS Y COSTUMBRES DEL ALTO PERÚ
(BOLIVIA)

POR

CIRO BAYO



MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48—Preciados—48
1912



Hijos de Tello, impresores: Carrera de San Francisco, 4.

PRÓLOGO

En las primeras horas de una mañana del mes de Enero, en el año que se cumplían los cuatrocientos del Descubrimiento de América, entraba en Sucre, por el camino de Potosí, un hombre á caballo.

El cansancio del animal, la flacidez de sus carnes, no menos que las abultadas alforjas colgantes de la grupa y la cachaza con que el jinete gobernaba las riendas, como quien no sabe dónde apearse, daban á entender que el recién llegado era un viajero errante por la altiplanicie andina.

Así era, en efecto. Hombre y animal llegaban á la antigua Chuquisaca, tras un tirón de 273 leguas mal contadas, á partir de Tucumán de la Argentina, en menos de cuarenta días. En estos viajes escoteros, tan largo leguaje representa un vía crucis de molestias y quebrantos, aparte de otros detalles; como la soledad de la ruta, el lento paso de un mismo caballo, los extravíos de camino que alargan la jornada, las malas noches pasadas en *tambos* ó postas, y las otras peores en taperas y ranchos de indios, la terriblez de la Puna que se encuentra en el itinerario, etc., etc.

Pero el viajero de este episodio, que es el autor de este libro, no hará hincapié en ello, sino que aprovechan-

do un alto en la capital de Bolivia, de cerca de cinco años, ofrece al lector una serie de aventuras y de escenas bolivianas vividas ó presenciadas en aquella terraza de los Andes.

CAPÍTULO I

LA PLATA PERULERA

Llegué, pues, á Sucre por la carretera de Potosí (1).

Acostumbrado á la visión de la Altiplanicie, no me extrañó el panorama de Chuquisaca. La población de casas á la antigua española con tejados oblicuos, se extiende al pie de dos cerros pelados: el Churuquella y el Sicasica. Entre las casas se levantan pequeñas frondas de patios y huertos, y señorean el vecindario las dos torres de la Catedral.

---

(1) Digo *pues*, refiriéndome á un inciso del «Peregrino en Indias», del que es complemento esta «Plata perulera».

No sin cierta emoción contemplé la vez primera que apareció á mi vista, esa insigne ciudad, sede un tiempo de la Audiencia de Charcas, Atenas del Alto Perú y solar de nobilísimos hidalgos de la conquista. Vivieron aquí virreyes, como Mendoza, que vino de Lima para establecer las famosas Ordenanzas; oidores y arzobispos ilustres; escritores como Calancha, Matienzo y Solórzano; varones de santidad, como Francisco Solano y San Alberto; por aquí pasó la Monja Alférez; aquí gobernaron últimamente Valdés, Espartero, Tacón y otros tantos mílites, casi contemporáneos. Después, la nueva era; la ciudad santa de las libertades americanas, de la que partieron á predicar la buena nueva estadistas como Monteagudo y Moreno; y en la que vinieron á abatir su vuelo dos águilas caudales: Bolívar y Sucre; el primero para dar su nombre á la nueva República, como Rómulo á Roma; el segundo para dar el suyo á la Charcas colonial.

Gonzalo Pizarro, el turbulento hermano

del conquistador del Perú, fué el primer capitán español que entró en el territorio de los Charcas, y en una de sus expediciones eligió un lugar para poblado, el mismo en donde su teniente Pedro Ansúrez fundó la *Villa de La Plata*, por los años de 1539.

Así se llamó, por estar en las cercanías del mineral de Porco; pero posteriormente tomó los otros nombres de *Chuquisaca* (puente de oro), *Charcas* y *Sucre*, denominaciones que aún se conservan. Y así se dice: Arzobispado de La Plata, Prefectura ó Universidad de Chuquisaca, Banco nacional de Sucre, indios charcas; etc.

Es ciudad de valía, no por el número de sus habitantes, que escasamente llegará á 30.000, sino por haber sido teatro de grandes hechos históricos, y por la cultura y distinción de sus hijos, en todo tiempo.

En pocos lugares de América se juntaron tantos caudales como en la época de la fundación de La Plata perulera, debido á la vecindad de Potosí, cuyo cerro se descubrió

seis años más tarde. Los mineros opulentos venían entonces á Chuquisaca á gozar en más dulce clima, de las prodigiosas riquezas que anualmente extraían de aquel maravilloso receptáculo. Á los mineros se añadieron porción de infanzones y damas de la más ilustre prosapia española.

Era, en efecto, muy granada la gente que vino del Perú á establecerse en esta ciudad, que, á mayor abundamiento, se vió constituída en sede de la Real Audiencia de Charcas, en 1559, extendiendo su jurisdicción hasta el Paraguay y Río de la Plata.

Ninguna colonia, en la vasta extensión de la Audiencia, fué más orgullosa que ésta, en puntillos de honra y preeminencia social; y sus blasones, que chocaban á las colonias pobres y humildes, eran más pregonados á medida que las generaciones se alejaban del tronco de los expedicionarios de Pizarro y de los primeros mineros de Potosí.

Anarquizados vivieron los españoles de

Potosí y de Chuquisaca, como en toda la América.

La codicia, la vanidad, los odios de bandería, llenan páginas enteras de los Anales de la época. La plutocracia hacía frente á la aristocracia. Estallaron entre mineros y caballeros rivalidades de alcurnia, celos militares y sociales. Los gobernadores dictaban providencias para cortar rencillas entre los vecinos; pero los más significados entre éstos daban el ejemplo de intransigencia, aislándose alrededor del Rollo y de la Picota, remedando cada casa á los viejos castillos señoriales, apercibidos para resistir al enemigo.

Éste fué el tiempo de los *vicuñas* y *vascongados*, cuya guerra civil ensangrentó Potosí, alcanzando las salpicaduras á la capital de la Audiencia, en la que andaban también los hidalgos á cuchilladas, á más y mejor que en Madrid, en Toledo y en Sevilla.

La sangrienta guerra civil conocida con

el nombre de *Guerra de los vicuñas*, tuvo por causa el antagonismo de casta entre los españoles, y más que todo la soberbia de los vascongados por el mucho poder que en Potosí tenían. Los andaluces, extremeños y demás españoles procedentes de otras provincias se conjuraron contra los vascongados, usando como distintivo sombrero de lana de vicuña, por lo cual se les llamó *los vicuñas*. Á este bando se unieron los criollos.

El bando de los vascongados adoptó el nombre de *tossino* y por divisa un pañuelo blanco en el sombrero.

En 1617 llegó á tomar tan serias proporciones la contienda, que el virrey de Lima ordenó al corregidor Ortiz de Sotomayor corrigiese por la fuerza aquellos desórdenes. Los vascongados con 400 hombres y 80 caballos hicieron frente al corregidor, que á su vez disponía de 500 infantes y 60 caballeros. Fueron derrotados los primeros en Munay-Pata; cayeron prisioneros el jefe Don

Alonso Yáñez y los alféreces Flores y Zapata, y fueron ejecutados.

Los vascongados, resueltos á vengar estas muertes, volvieron á reunirse en mayor número y atacaron Potosí, obligando á fugarse al corregidor á Lima, donde más tarde fué asesinado por D.ª Leonor Vasconcelos, viuda de Alonso Yáñez.

Desde entonces, siguió la lucha sin cuartel entre ambos bandos, sin que los corregidores pudieran contenerlos, ni por la fuerza, ni con intervenciones pacíficas. Durante esta guerra se presenciaron por ambas partes actos de crueldad horribles; así como heroicos y desesperados. Felizmente terminó con el matrimonio del jefe de los *vicuñas* D. Francisco Castillo con D.ª Eugenia Oyanune, hija de uno de los principales *vascongados* (1624).

Chuquisaca guarda de aquel tiempo la memoria de la «Monja Alférez», la guipuzcoana Catalina Erauso.

La linajuda colonia acrecentó su impor-

tancia con la creación de la Universidad de San Javier, que valió á Chuquisaca el título de «doctoral». Por méritos contraídos por los vecinos de La Plata en reprimir el alzamiento de Tapac-Amaru (1782), se concedió á la Universidad las prerrogativas y honores que estaban concedidos á la de Salamanca. En ella estudiaron los jóvenes criollos del Alto Perú y aun del virreinato de Buenos Aires, que la preferían á la de Córdoba del Tucumán.

Por mucho tiempo Chuquisaca ó Sucre, como luego se la llamó en honor del mariscal de Ayacucho, fué considerada como cerebro de la República, hasta que La Paz, ciudad populosa, próxima al litoral del Pacífico y al Perú, haciendo pesar su espada sobre el resto de la nación, le disputó esa preeminencia, suscitando resistencias que obligaban al Poder ejecutivo á sentar sus reales en ella.

Hoy, al parecer, La Paz ha suplantado definitivamente á Sucre en la capitalidad de Bolivia.

Sucre, como Roma, Madrid y Nimega, está edificada sobre siete colinas.

No obstante estar á 2.844 metros sobre el nivel del mar, su clima es relativamente templado, hasta el punto que una nevada es fenómeno meteorológico tan raro, que se dice en la localidad: «Sólo nieva á la muerte de un arzobispo».

Las estaciones aquí, se hallan invertidas de las de Europa; pero aunque las astronómicas son invariables, las climatológicas no se hallan igualmente distribuídas, ni son tan pronunciadas como en otras latitudes. Los días apenas si se diferencian en todo el año hora y media á dos horas.

Las estaciones pueden distribuirse de este modo: tres meses de primavera (agosto, septiembre y octubre); cuatro de verano (noviembre, diciembre, enero y febrero); dos de otoño (marzo y abril), y los tres restantes de invierno (mayo, junio y julio). Valga esta última digresión para dar á entender que mi arribada á Sucre fué en pleno verano.

CAPÍTULO II

UNA OJEADA A LA CIUDAD MODERNA

No conociendo á nadie, y yendo no digo sobrado, sino limpio de dinero—pues con sólo cincuenta pesos hice todo el viaje (1), de los que más de la mitad se comió el caballo en alfalfa y grano,—me encaminé al *tambo* de Socavaya, un edificio del Estado que sirve de albergue gratuito á los forasteros.

No hay que suponérselo como uno de tantos hoteles de inmigrantes que abundan en Sud América, sino como un caserón des-

---

(1) Desde Tucumán. Véase «El Peregrino en Indias».

nudo, con pesebres para los animales y unas cuadras con poyos arrimados á la pared, para alojamiento de las personas. Esto es lo único gratis que allí se encuentra, amén del agua del aljibe del patio; lo demás hay que procurárselo.

Agradecido á mi cuatrago, le compré con mi último dinero una carga de cebada, le llené el pesebre, y con mis alforjas me instalé en una estancia.

Las salas de los tambos son altas, espaciosas, por lo que, en invierno sobre todo, ha de ser muy agradable la permanencia en ellas. Las paredes están enjalbegadas y el techo tapado por un recio lienzo, á modo de cielo raso, que llaman tumbadillo.

El tumbadillo del tambo Socavaya estaba hecho una criba á causa de las goteras y del taladro de insectos y avechuchos nocturnos; pero en el centro se veía un ancho rasgón, como si se hubiera caído una viga.

—¿Estamos seguros?—pregunté á un

cholo arriero, que por venir de Cochabamba se hospedaba en la misma sala que yo.

—Puede usted estar tranquilo—me contestó.—No nos caerá otra breva como la que abrió este boquete.

—Que no caiga, amigo—repuse,—porque brevas de ese calibre aplastan la mollera.

—Es la suerte del *cristiano*—replicó el cochabambino.—Aquí donde estamos, durmió una noche otro forastero como nosotros, y cuando mejor había agarrado el sueño, se despertó con la tremenda caída desde el techo de un taleguillo de plata. Si le da en la cabeza se la aplasta; pero como no le dió, sino que cayó á su vera y además tuvo la suerte de estar solo, se apoderó del taleguillo y contó en él más de dos mil pesos en plata y oro. Era un *tapado*, es decir, un tesoro que algún viajero ocultó tras el tumbadillo y que luego no pudo recobrar.

—¡Amigo! ¿Qué tal nos vendría otro hallazgo como aquél?

—Ya lo creo, compañero; pero esto es hablar al *botón*, porque los tapados no están juntos como el maíz frito.

—¿De modo, que este agujero del tumbado lo hizo el talego cuando se cayó?

—Así parece. Al aflojarse el clavo se pudriría el cordón del bolso, ¡vaya usted á saber!, y vino abajo.

—¿Y cómo se supo?; porque pienso que el fulano no daría parte de su hallazgo.

—Se hizo el *chancho rengo;* llenó la huaca y no dijo nada á nadie. Después se *apretó el gorro,* es decir, se mandó mudar, y anduvo á la gurda por mucho tiempo. Hasta que un día se pisó la huasca; se emborrachó en su pueblo, y entonces cantó lo del tapado del tambo de Chuquisaca. Lo más lindo fué que nadie pudo llamarse á la parte, porque ya se había gastado el caudal. Los patacones llovidos del tumbado duraron como cordero gordo en majada flaca.

Al compás de este diálogo había yo vaciado las alforjas sobre el poyo, que sirve de mesa y cama al huésped del tambo, y me cambié de ropa para salir á la calle. Cogí otra vez las alforjas con el recado, y las llevé á una chichería para que me guardaran el equipaje. Tocante al caballo, estaba seguro, porque nadie podía sacarlo sin que lo viera el tambero ó conserje del caserón, que era para lo único que servía.

Y con las manos en el bolsillo me di á pasear la ciudad, y antes que todo, á llenar el estómago, que á gritos me pedía le atendiera. No es que en Sucre faltaran hoteles—aunque de esto hablaré más adelante,—pero yo tenía que atenerme á los bodegones, vulgo *picanterías*.

Las picanterías son establecimientos plebeyos, especie de tabernas bolivianas, donde se expenden los famosos *picantes:* guisos condimentados con ají, locoto ú otros botafuegos que hacen llorar á quien no está acostumbrado á tan rabiosos manjares. Son

platos fuertes, muy fuertes, hechos de carne, pollo, perdiz, boga y papas. De ahí que para aplacar los furores del ají (pimiento picante) se beba mucha chicha. Por esto los bolivianos de la altiplanicie son tan famosos bebedores.

Las demás comidas nacionales son el *puchero*, que más bien es un pote ú olla podrida, y el *chupe*, compuesto de papas cocidas en agua ó en leche, á las que se añaden espigas de maíz tierno *(choclos)*, queso, manteca y sal, amén de alguna tajada suculenta, con lo que resulta un plato tan excelente como barato, pues no viene á costar más arriba de dos reales.

Cuando se hace sencillamente con *chuño* ó papa puesta á helar, constituye el *cháiro* de La Paz.

La papa, de la que se conocen más de treinta clases, es también indispensable al boliviano. De la *oca* se obtiene por medio del calor del sol el dulce *cahuí*, que sirve para mazamorras; y del maíz, recién espiga-

do, cocido muy á la ligera y puesto luego á secar en el horno, se hace la *chochoca.*

Esta fué mi refacción en la picantería sucrense: una chochoca y un chupe; un panecillo y una botella de chicha, á la que ya me había acostumbrado en el camino. Total: un *tomín* ó peseta, que fué gastar mucho, porque en el hotel de los *agachados* se come más barato; un fondín en los barrios bajos, donde la gente pobre come por un real su ración, sentados en el suelo ó poco menos, *agachados*, por consiguiente.

No describo mi picantería, porque volveremos á encontrarnos con ella al hablar de las costumbres del *cholo.*

Dicho queda que Sucre tiene poco que ver, aparte del colorido indígena, que como en pocas ciudades americanas, se muestra tan al vivo y tan pintoresco. Entre los edificios sobresale la Catedral, único monumento bien conservado del tiempo de los Españoles. Los demás, por su deleznable construcción, se vinieron abajo. La famosa Au-

diencia estuvo instalada últimamente junto al convento de Santo Domingo, que hoy ocupa la Administración de Justicia.

En la sacristía de la Catedral hay un hermoso lienzo de San Bartolomé con la firma de Murillo, pero no del gran pintor, como por allí creen, sino de un hijo suyo, Gaspar Esteban, que viajó por América, donde murió en 1709. Copió muchos cuadros del padre, que posteriormente se han vendido por auténticos, siendo apócrifos. Esto ha dado origen al error de Sandrart y de otros escritores que suponen que el gran Murillo salió de España y aun pasó al Nuevo Mundo.

La iglesia catedral de Charcas fué erigida en 1552. Su primer obispo fué Tomás de San Martín, provincial de la Orden de Predicadores y regente de la Audiencia, quien la confirmó en sus ritos y ceremonias con la de Sevilla, según bula de la misma fecha expedida á pedimento del rey Carlos I.

Después de la Catedral, visité el mercado,

en la plaza de San Francisco, especie de zoco tangerino, con tenderetes y vendedores al aire libre, sitio de reunión de la indiada de la ciudad.

Las indias chuquisaqueñas visten unas de *pollera* y refajo obscuro y corto, y otras de vistosos colores, con un chal de color vivo y sombrero pequeño de lana ó paja. Los hombres, de pantalón corto partido por detrás hasta la corva, en forma de bandera cuando corren, y el mismo sombrerito pequeño puesto sobre un gorro de lana, en invierno. Unas y otros no usan medias, y se calzan con *ojotas* ó sandalias de cuero.

Las mujeres traen en la madrugada sus canastas de frutas y otros productos; se posesionan del mercado, y sentadas en el suelo pasan hilando y vendiendo todo el día. Este hábito de hilar en pequeños husos es general entre ellas; se las ve en los caminos, en las calles, en sus ranchos, siempre con el huso en la mano, preparando el

hilo para tejer el burdo paño con que se visten.

El indio, como jornalero, gana de 40 á 50 centavos al día (una peseta), sirviéndole el excedente de sus gastos de alimentación, para chicha ó aguardiente. En general, se dedica al transporte de frutos, forraje y demás provisiones de los vecinos valles.

Hacen el acarreo á hombros, pero en su mayoría son dueños de borriquillos, y éstas son las bestias de carga, cuando no son las llamas, que sólo sirven para llevar panes de sal ó de azúcar. Estos burros de la indiada chuquisaqueña son los más alborotadores é impacientes de todos los asnos del mundo. Pero tienen razón que les sobra. Los indios cortan la cola á las burras tan á cercén, tan cerca de la rabadilla, que maese Rucio que lo ve, brama de sensualidad y de coraje. De ahí el espectáculo, poco edificante, que en plena calle dan estos solípedos al menor descuido de sus guardianes, sin que valgan palos y amenazas, porque el

rucio, ebrio de lujuria, se revuelve á coces y mordiscos.

No mucho más comedidos son los indios. Como en Sucre no hay retretes públicos, el indio que no desembarazó el cuerpo en algún *guáico* ó muladar de los que rodean la población, lo hace impunemente en el mejor lugar que halla á propósito. Ellas, las indias, disfrutan de mayor privilegio. En las calles más céntricas, es de verlas ponerse de cuclillas en medio del arroyo y *empollar el huevo*, como gráficamente me decía un paisano que hallé en la Catedral.

Este español se llamaba Almenara, mallorquín, y era uno de los pocos españoles avecindados en Sucre, entre comerciantes, agentes de comercio, profesores de música y otros oficios más secundarios.

—Los españoles que aquí estamos—me decía Almenara,—no llegamos á veinte. Es una casualidad caer en un sitio tan apartado de la costa y de las comunicaciones ferroviarias. En su mayoría vinieron como usted

y como yo, llovidos del cielo, como quien dice. Yo puse una tiendecita de mercería, me fué bien, y me he quedado en el país; ya soy boliviano, porque me casé también, tengo hijos y esto tira mucho. Procure usted hacer lo mismo.

—¿Á quién se lo dice usted, paisano? Sepa que yo entré esta mañana á lo Artagnan, en caballo flaco y sin una blanca.

—Así son los comienzos de todos nosotros—me contestó Almenara:—aquí, más que en ninguna otra parte de América, los hombres se improvisan. Ya irá usted conociendo á los demás paisanos. Uno fué pinche de cocina de Carlos VII; lo conoció un ministro de Bolivia en Europa, y se lo trajo de cocinero. Con los ahorros puso panadería, luego tienda de ropas, y hoy es de las primeras firmas comerciales. Otro fué banderillero en Lima; vino á dar una corrida en La Paz, se corrió hasta Sucre, y es fondista. Un tercero, sobrino de un fraile de La Recoleta, daba lecciones de piano, y el

tío lo casó muy ricamente—porque ha de saber usted que la gran colonia española está allá arriba, en aquel convento.

Y Almenara me señalaba desde la plaza un edificio muy blanco, situado en una eminencia del Sicasica.

—Nada perderá usted en visitarlo—siguió diciéndome Almenara.—Es la Rábida de todos los Colones que, como usted, llegan á Chuquisaca errantes y vagabundos. Estos frailes son muy bien quistos de los criollos, sobre todo de las señoras, y tienen vara alta en todas partes. Excuso decirle que á quien quieren proteger le hacen hombre en poco tiempo.

—Y usted, amigo Almenara, ¿está bien con ellos?

—¿No lo he de estar? Por conveniencia y por inclinación. Aparte que estos frailes son buena gente. El guardián es de Barcelona. ¿Quiere usted que le presente á él?

Esto era, cabalmente, lo que yo iba á proponer á Almenara. Así, pues, ambos deja-

mos la plaza de la Catedral, en la que estábamos, y enfilando una calle larga y empinada, en poco tiempo llegamos á la portería del convento.

Salió á abrirnos fray Sodupe, un lego natural de Vitoria. Almenara hizo las presentaciones; cruzamos breves palabras, y como mi acompañante era visita del convento, él mismo me acompañó á la celda del padre guardián.

CAPÍTULO III

COLÓN EN LA RÁBIDA

La Recoleta de Sucre pertenece á la Orden franciscana, y es uno de los cuatro Colegios de *Propaganda Fide* que subvenciona Bolivia para la conversión de los infieles.

Esos frailes hacen á todo: son misioneros entre los bárbaros; buenos predicadores en la ciudad; confesores de damas; teólogos del Obispo; catedráticos de Seminario, etc. Prueba del mérito de los recoletos de Sucre son las promociones sucesivas de fray Mamerto Esquiú al Obispado de Córdoba de la Argentina, y de fray Francisco Sáez al de Badajoz, y posteriormente á la Archidiócesis de Santiago de Cuba.

La comunidad es toda de españoles, en su mayoría vascongados. Vienen muy jóvenes á Bolivia; hacen aquí el noviciado y luego se ordenan. Cuando llegan á viejos apenas si se acuerdan de la tierra en que nacieron, y son tan bolivianos como el que más.

Pero esto no rezaba con el guardián que nos recibió á Almenara y á mí: un sacerdote barcelonés que, en edad madura, hízose fraile y vino á recogerse á La Recoleta. Guardaba indeleble el recuerdo de su país natal y holgábase en gran manera de hablar con algún paisano que le trajese noticias frescas de la tierruca. Algo fiambres eran las que yo pude servirle, pues ya iba para tres años que estaba danzando por América; pero como le dije tantas cosas buenas de Barcelona, y además le hablé en catalán, el buen señor se sintió complacido y le vi inclinado á mi favor.

—¿Viene usted á establecerse aquí?—me preguntó fray Santiago, que así se llamaba.

—Vengo á probar suerte—le contesté,—á salga lo que saliere, porque no tengo capital para emprender ningún negocio.

—¿Y á qué se dedica usted? ¿Para qué sirve?

—Padre, no sirvo para nada, y sirvo para muchas cosas. Soy lo que por allá llamamos un pobre de levita.

—Mal oficio es éste en América, porque aquí únicamente hacen carrera los hombres de negocios, los comerciantes como el amigo Almenara. Pero Dios es grande, y si usted se encomienda á Él, le ayudará.

—Padre, á Él me encomiendo todos los días; pero á quien me recomiendo muy de veras en este momento, es á su paternidad.

—Vaya—dijo Almenara, terciando en la conversación,—veo que el amigo no necesita de intermediarios; él se basta para pedir lo que le conviene. Queden ustedes con Dios.

Fuése Almenara, y quedamos á solas el guardián y yo. Fray Santiago me hizo va-

rias preguntas, poniendo á prueba mis conocimientos y mi vocación, y como viera que me mostraba inclinado á la enseñanza, díjome:

—Es usted el hombre que nos hacía falta. Han pasado por aquí algunos españoles, pero todos hijos del trabajo ó logreros, ninguno intelectual. Si usted se decide á poner un Colegio, yo le apadrino.

Magnífica era la idea; ¿pero cómo realizarla?

—No se apure usted—añadió el padre Santiago, comprendiendo mis apuros.—Se lo daremos todo hecho. Precisamente, el hijo de D. Aniceto Arce había pensado llamar un profesor español para que enseñara á sus hijos, y en *La Florida*, donde es su residencia, tiene un magnífico material de escuela; de modo que, habiéndose presentado usted, todo está completo. Mañana mismo le llevo á *La Florida* y hablaremos con Arce.

Como si esto no fuese bastante, el buen

religioso me brindó hospedaje en el convento, y aquella misma tarde recogí el caballo del tambo Socavaya, pasé por la tienda de Almenara á darle cuenta de mi conferencia con el guardián, y, subiendo la cuesta, híceme huésped de los recoletos.

El guardián me aposentó en una celda del patio, limpia y sencilla como la de cualquier otro fraile. Me presentó á sus hermanos de religión, y á la noche me senté con ellos en el refectorio. Muy de mañana, un lego entró con una jícara de chocolate y me avisó que el padre guardián me esperaba en su celda para ir á *La Florida.*

Aunque el viaje no era largo, no lo hicimos á pie, sino en magnífica volanta, tirada por dos mulas, que los Arce enviaron al convento, así que el padre Raurich les anunció nuestra visita. Púsose fray Santiago su traje de calle, que era un manto y un sombrero de fieltro, y atravesando el claustro, subimos al coche que en seguida arrancó camino de Yotala.

Aunque la comparación sea atrevida, me sentí un pequeño Colón, que acompañado del padre Marchena, iba á presentarse ante las gradas del trono.

D. Aniceto Arce no era ningún rey, pero había sido Presidente de Bolivia en el período último (1888-1892) y seguía siendo el árbitro del país, por su influencia política y su inmensa fortuna hecha con la mina de Huanchaca, tan rica y famosa como el antiguo Potosí. Era Arce, sobre todo, hombre muy progresista, como ahora se dice, y sentía marcada inclinación á los extranjeros que de un modo ú otro coadyuvaran al progreso de Bolivia.

Todos estos pormenores me los contaba el padre Santiago en el camino, pues en aquel entonces estaba yo ayuno de historia boliviana; agregando que entre el expresidente y él había gran amistad, hasta el punto de llamarse uno al otro su *alter ego*, ú otro yo, á causa de un raro sucedido.

El 8 de septiembre de 1888, Chuquisaca

celebraba, como de costumbre, la fiesta de su patrona la Virgen de Guadalupe. Era el primer año del gobierno de Arce, y el presidente salió con su comitiva para asistir á los divinos oficios en la Catedral. Dos batallones de línea cubrían la carrera y un grupo de artilleros formaba en la plaza. La tropa rindió honores al presidente, el cual entró en la iglesia donde oficiaba el arzobispo de La Plata y había de predicar el padre Santiago Raurich.

Leído el Evangelio del día, subió el fraile al púlpito y empezó su sermón; pero á este tiempo, se oyeron tiros en la plaza y vino la noticia de que la tropa se había sublevado. Cerráronse las puertas de la Catedral, entre el consiguiente pánico de los fieles en ella congregados; y presidente y ministros refugiáronse en la sacristía, sin saber qué partido tomar. Á poco se supo que el pronunciamiento era general y que los sublevados trataban de apoderarse de la persona del presidente.

No era posible la defensa, y muy ardua la escapatoria, porque la tropa vigilaba todas las salidas. Entonces se le ocurrió al padre Santiago una idea salvadora. Hizo vestirse á Arce la capilla y el manto frailuno, y así disfrazado, salió el presidente por una puerta falsa, sin que la soldadesca le conociera. Ganó luego La Recoleta, y en este refugio preparó la contra-revolución, con tan buena fortuna, que pocos días después los amotinados eran vencidos en Kari-Kari y Arce repuesto en su sitial.

De esta aventura, vino á llamarse D. Aniceto y fray Santiago su *alter ego* respectivo —según la definición del verdadero amigo que da Pitágoras,—y la deuda de gratitud del presidente con el fraile.

Ahora se verá cómo de este agradecimiento yo alcancé una modesta participación.

No bien nos apeamos en *La Florida*—regia mansión, palacio y quinta de recreo juntamente,—salió á recibirnos el ex-presidente

con toda su familia. El guardián me presentó á D. Aniceto, á su hijo D. Carlos y á la esposa de éste, y en seguida abordó el asunto. Poco tuvo que esforzarse para inclinar á mi favor al hijo de D. Aniceto: bastó que el fraile garantizase mis conocimientos y mi conducta, para que D. Carlos me confiara la educación de sus dos hijos.

Éstos me fueron presentados por la mamá, y yo desplegué mis dotes de pedagogo para hacerme bien quisto de los muchachos. Por vía de ensayo hice de mentor y ayo de ellos en tanto el padre Santiago quedaba hablando con la familia, esperando, como yo, la hora del almuerzo.

El cual fué servido á la europea, con ricas viandas y vinos selectos. Tocóme sentarme junto á la señora de la casa, y cumplí como bueno, porque el padre Santiago díjome después que la familia Arce había quedado muy satisfecha de mi fineza y educación.

De regreso á La Recoleta, en el mismo co-

che que nos trajo y por el mismo camino que dos días antes vine á Sucre sobre un escuálido rocín, mi protector me contó lo que había arreglado con D. Carlos Arce. Ya que éste poseía un ajuar completo de escuela, era de parecer que yo abriera un colegio en la ciudad, endosándome los muebles y sus hijos.

—Bien puede usted decir, como César, *veni*, *vidi*, *vici*—me dijo el padre Santiago,—porque al reclamo de los nietos de Arce, acudirán los hijos de las mejores familias de Sucre y tendrá usted un colegio de primera. Vaya usted preparando una memoria ó programa de enseñanza, para que la lean los padres de familia, y piense, además, en el nombre que va á poner á su fundación.

Como en España es tan común bautizar con nombres de santos á las escuelas, porque de no hacerlo así, la gente se figura que el instituto es laico y nefando, yo, por esto, y porque creí dar gusto al fraile, respondí:

—¿Le parece á usted bien llamarle *Colegio de Santiago*?

—No fuerce usted la nota—me contestó:—titúlelo sencillamente: «Colegio infantil de varones».

* * *

Aquella misma tarde, en el recogimiento del claustro, redacté el *Plan de estudios del Colegio infantil de varones de Sucre.* Se lo leí al padre guardián y lo aprobó.

Á los dos ó tres días, D. Carlos Arce citó en su domicilio de Sucre á unos cuantos padres de familia, para que oyeran la lectura de mi memoria. Asistí acompañado del padre Santiago, quien, acabada mi lectura, echó un discursito familiar encareciendo lo útil del proyecto, ya que en la ciudad no había otro instituto análogo, pues los demás eran escuelas municipales á las que únicamente asistían los hijos de los cholos.

Resumen: que en una semana hallé local, instalé la escuela, y vinieron á mí más de

treinta niños de las mejores familias de Chuquisaca. Á los dos meses, el número se triplicó. Módica era la pensión, tres bolivianos mensuales nada más; pero como no tenía que pagar sino á un auxiliar, me vi bien recompensado.

Y como además, D. Carlos recabó del Congreso una subvención de 50 Bs. y otra igual de la municipalidad para el nuevo centro docente, eso vino á ser miel sobre hojuelas.

CAPÍTULO IV

LA ENSEÑANZA EN BOLIVIA

Ríense los criollos de nuestros cintajos y tratamientos en *ísimo*, en lo que hacen bien; pero tienen á gala—en lo que tampoco hacen mal—mostrar ya el pergamino, ya el árbol genealógico donde se manifiesta que uno de sus antepasados fué oidor ó capitán general en Indias, condecorado con venera. Bien es verdad que para la generalidad de los criollos, poco fuertes en heráldica por sus costumbres republicanas, una sencilla encomienda les parece algo así como el Toisón de Oro ó un título de Castilla.

Repasando la lista de los alumnos que tuve en Sucre, se descubre á primera vista

el noble abolengo de casi todos los apellidos de Chuquisaca: Arce, Aramayo, Argandoña, Ametller, Alvarado, Arana, Arrieta, Ayllón; Barrera, Bayá, Benavides, Bustamante; Cano, Campero, Carvajal, Carranza, Céspedes, Córdoba, Cuéllar; Díaz de Medina, Deza; Guevara, Guillén; Inchauste, Ipiña; Lazúrtegui, Linares, Lora; Mejía, Mendoza, Montero, Mendieta, Moscoso, Moreira; Navarro, Negrillo; Ochoa, Oropesa; Pacheco, Padilla, Pando, Ponce, Pizarro; Quintero; Raña, Romero; Saavedra, Salvatierra, Salazar, Siles; Taborga; Urioste; Vaca Guzmán, Vargas, Velasco, y tantos otros que suenan en los anales de la Conquista y en los fastos de la nobleza castellana.

En Bolivia, aún prepondera el apellido hispano sobre los demás, siendo de creer que así será por mucho tiempo, dada la escasa proporción en que se produce la inmigración extranjera en el país. Las razas aborígenes perdieron con su independencia hasta los nombres de familia; sus descendien-

tes mestizos ó criollos optaron por el patronímico español, que les dignificaba y redimía de la servidumbre ó de la encomienda.

No faltan, sin embargo, los Guachalla, Cusicanqui, Rumi, Sayanca, Condorquí, Chacaltana y otros apellidos indios; á los que pueden sumarse tal cual apellido de extranjis, por caso excepcional. Así, en el mismo Sucre sonaban en mi tiempo los Rück, Rosenwalt, Tavel, Perusqui, Pinkas, etc.

Es de temer, sin embargo, que en el porvenir siga en aumento ese cosmopolitismo de nombres, y que los apellidos de origen español vayan cediendo el puesto á otros de asonancia extraña, á menos que éstos se castellanicen, como acontece en otras localidades de América, donde los *White* se hacen llamar Blanco; los *Löven*, León; los *Arnauld*, Arnau, y otras traducciones y desinencias por el estilo.

Son los bolivianos vivos y despiertos, y de una facilidad asombrosa para aprender cuanto se les enseña. La lástima es que la

enseñanza pública no está á la altura de otros países americanos, porque el Gobierno no ha podido contratar eminencias del profesorado, como en Santiago y Buenos Aires. Bastante hicieron los Arce en cogerme á mí al vuelo; y ahora sé que últimamente el gobierno llamó á los Salesianos, los cuales han establecido escuelas y talleres en varios puntos de la República.

El primer plan de enseñanza que tuvo el país fué dado por el Congreso constituyente de 1825. En 1845 se expidieron nuevos reglamentos orgánicos reformando la Instrucción Pública; pero hasta que el ministro Frías no puso mano en ello, no se organizó de verdad.

Frías dividió los estudios en primarios, secundarios y facultativos, encadenando las asignaturas de una manera lógica y simultánea. Su plan fundaba cinco facultades: de *Teología;* de *Derecho y Ciencias Políticas;* de *Medicina;* de *Ciencias Matemáticas y Físicas*, y de *Humanidades y Filosofía.* Estableció,

además, los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor.

Á este decreto se añadieron posteriormente otros sobre ciencias y artes complementarios. En 1882 se restableció en ambos grados la enseñanza oficial, que por estar abandonada en manos de particulares, había caído en una completa relajación, principalmente la facultativa. Se decretó igualmente que las municipalidades administraran los fondos destinados á instrucción primaria, independientemente de las asignaciones que se consignan en los presupuestos departamentales.

Éstas son las leyes que actualmente rigen la Instrucción pública en Bolivia. Aquí, como en España, llueve sobre la Enseñanza un chaparrón de decretos y reformas, pero poco dinero, y así anda ella en uno y otro país.

No es un secreto, y más vale reconocerlo, que nuestra enseñanza colonial fué bastante atrasada. Pero ese atraso fué colectivo,

no fué sólo de España. Ahora se verá lo que los criollos han hecho por su cuenta.

Tres Universidades, nada menos, tiene Bolivia: la de Sucre, la de Cochabamba y la de La Paz, aparte de los Colegios nacionales (Institutos) en cada capital de departamento; pero estos centros oficiales de enseñanza no tienen el régimen ni la organización adecuadas al progreso científico, y además carecen de medios y de dotaciones convenientes. Por todo esto, un título académico boliviano, equivale á nuestro doctorado de Osuna. El que no es mayor ó general, es licenciado ó doctor.

Las cátedras de idiomas están casi siempre vacantes, y el latín es tan poco y malo, que los curas apenas lo saben, dándose el caso de haber de hacerse en español la oposición á ciertas canonjías.

De todo esto hablo con conocimiento de causa, pues tuve el señalado honor de desempeñar una cátedra del Instituto, al mismo tiempo que otra en el Seminario de la capi-

tal, allá por los años de 1895. No obstante, tal es el despejo de estos criollos, que en supliendo la deficiencia oficial con un viaje técnico al extranjero, y con regular estudio y perseverancia, dan quince y raya á sus colegas de Europa.

La lástima es que aún son muchos los bolivianos chapados á la antigua, enemigos de la influencia extranjera en la enseñanza de la juventud.

En demostración de esto, guardo un recorte de la *Revista de Instrucción Pública*, (año II, núm. 21), en la que aparece un artículo con este epígrafe: «La juventud boliviana debe educarse en Bolivia», donde á vuelta de declarar inconveniente la educación europea, concluye el articulista:

«Sin que se ofendan las demás razas del mundo, sin que se tome esta nuestra convicción como hija de ridícula vanidad nacional, es lo cierto que puesto uno en contacto con los diversos pueblos, y aun admirando en unos el saber, en otros el arte, en

aquéllos el ímpetu progresivo, en esotros el patriótico sentimiento, y en la mayor parte el instinto del orden, siente uno que dentro de sí, que dentro de todo hijo de la América hispana hay latentes todos esos elementos de carácter y todas esas facultades del ánimo... Hay algo que en nosotros nos dice al contemplar y estudiar á los pueblos del Viejo Mundo: éstas son las razas que van pasando, y nosotros somos los pueblos del porvenir. Allá en Europa la cultura es estudio, la ciencia estudio, el arte estudio, el progreso estudio. En nosotros todo eso está en el instinto. Somos cultos en maneras porque así nacimos, pensamos sin libros, cantamos sin métricas, pintamos sin modelos, inventamos sin estímulos, hablamos sin academias, y sentimos el progreso dentro de nosotros como una fuerza que pugna y que sólo le falta momento propicio para estallar...»

No lo entendieron así los norteamericanos, y por esto han progresado tanto; no lo

entienden así tampoco chilenos y argentinos, y de ahí su adelanto en ciencias, artes é industrias; y tengo para mí que aciertan, porque las naciones no nacen á la manera de Minerva, la cual salió sabia y armada de la cabeza de Júpiter.

CAPÍTULO V

PARNASO BOLIVIANO

No voy á dar una historia crítica de la literatura boliviana, ni siquiera la lista completa de todos los prosistas, poetas y sabios de la joven República. Citaré únicamente los principales autores que han conquistado un puesto envidiable en el mundo de las letras. Muchos murieron hace tiempo; otros viven para gloria de su país.

Artes y Ciencias bolivianas.

Allá en los tiempos del coloniaje figuraron en el Alto Perú los cronistas Calancha y Muñoz, el naturalista Crespo y los publicistas Pinto, Orihuela, Delgadillo, Monteagudo, Urdininea y el doctor Casimiro Olañeta,

personaje este último que viene á ser como el eslabón que anudó en Bolivia la existencia de la colonia con la de la república independiente.

Entre los hombres de letras que podemos llamar contemporáneos, figuran como poetas:

Sanjinés (José Ignacio), autor del *Himno nacional.*

Loza (José Manuel), que escribió la mayor parte de sus composiciones en latín.

Tovar (Manuel José), autor del poema *La Creación.*

Berríos (José David), autor de la leyenda en verso *Recuerdos de Potosí.*

Calvo (Daniel), cuyas poesías están recopiladas en un volumen con el epígrafe *Reinas.*

Y José M. Calvimonte, Mariano Ramallo, R. Jaimes Freire, Ricardo Bustamante, Ricardo Mujía, Nestor Galindo, Reyes Ortiz, Luis Zallez, Rosendo Gutiérrez, Jorge Delgadillo, José M. Mendoza, Enrique Calvo, Rosendo

Villalobos, Tomás O'Connor, Angel Díez de Medina, María Josefa Mugía (la Ciega), Mercedes Belzu de Dorado, Adela Zamudio, Hercilia Fernández, Lindaura de Campero, etc.

Autores dramáticos: Félix Reyes Ortiz. Obras: *Los Lanza*, *¡Qué progreso de muchachos!*, *Chismografía*, *Amor y Odio*, etc.; José Rosendo Gutiérrez: *Itúrbide*; Miguel Lara: *La Paz Libertada*; Manuel María Gómez: *La Cautiva de los Andes* y *La Herencia de un loco*; Benjamín Lenz: *Don Manuel*, *El guante negro* y *Amor, celos y venganza*; Jofre: *Víctima* y *Los favoritos de Rosas*; José David Berríos: *Alonso de Ibáñez*, *Huáscar y Atahuallpa*, *Atahuallpa y Pizarro* y *Calama ó la flor del desierto*; Luis Pablo Rosquellas hijo: *Genaro* y *Lo que fué de una Carta*; é Isaac Tamayo, autor de la zarzuela *Pago á tanto martirio*.

Novelistas: Manuel María Caballero, *La isla*; Joaquín Lemoine, *Mulato Plácido*; Nataniel Aguirre, cuya obra quedó incompleta á causa de su muerte, habiéndose da-

do á luz únicamente la novela histórica *Juan de la Rosa*, y el insigne SANTIAGO VACA GUZMÁN, *Sin esperanzas* y *Días amargos*. Entre las señoras: LINDAURA ANZUÁTEGUI de Campero (El Novel) y NATALIA PALACIOS.

FILÓLOGOS: En esta especialidad han sobresalido mucho los bolivianos, y entre todos EMETERIO VILLAAMIL DE RADA, cuya lista de obras, por ser interminable, va por separado (1); VICENTE PASOS KANQUI, *Evangelio de Jesucristo según San Lucas*, en ayma-

(1) Brindada á los filólogos, vaya esta cita de las obras completas de Villaamil:

El sistema de la primitividad americana, *Nacionalidades americanas*, *La lengua de Adán*, *La localidad del Edén y mapa de los cuatro ríos que designa con precisión el Génesis*, *Introducción al vocabulario aymará teutónico*, *Vocabulario del aymará irradiando á otras lenguas como la griega, latina, etc.*, *Las radicales aymarás en las lenguas aryanas*, *La religión primitiva y sus dogmas en América*, *Historia del descubrimiento de la lengua primitiva*, *Del estado de las ciencias y de las lenguas en Europa*, *Notas sobre la lengua elemental*, *Elementos gramaticales del aymará* y *Filosofía de la humanidad*.

rá y español; Carlos Felipe Beltrán, muchos opúsculos en aymará y quichua; Isaac Escobari, *Analogías del aymará;* Nicolás Acosta, una introducción á la *Lengua de Adán;* J. Rosendo Gutiérrez, *Diccionario aymará;* Carlos Bravo, cuyos trabajos aún no han sido compilados.

Historiadores: Las obras que sobre Historia se han escrito en Bolivia son incompletas, y tan sólo pueden servir de documentos al que trate de dar una historia general del país. Los principales tratadistas son:

Manuel M. Urcullu, *Apuntes para la historia de la revolución del Alto Perú, por unos americanos* (sobre la guerra de 15 años); Manuel José Cortés, cuya obra *Ensayos sobre la Historia de Bolivia*, es la más completa sobre la materia sin embargo de comenzar en la insurrección de Tupajh-Amaru; su hermano José Domingo, *Biografía americana* y *Galería de hombres célebres de Bolivia;* Luis Mariano Guzmán, autor de una historia de Bolivia que comprende des-

de el movimiento de Chuquisaca hasta la caída de Linares, precedida de una breve ojeada sobre la organización incáica; Ramón Muñoz Cabrera, que trató de escribir *La guerra de 15 años* y sólo dió á luz el primer volumen; Jorge Mallo, que ha escrito sobre el gobierno del general Sucre; Zoilo Flores, *Efemérides americanas;* Modesto Omisti, sobre los sucesos de Potosí desde 1810 hasta 1812, además de un compendio; Federico y Cleómedes Blanco, que en varios folletos han defendido al general Pedro Blanco; José M. Loza, *Memorias históricas;* Eufronio Viscarra, unos apuntes para la historia de Cochabamba y un estudio sobre la Guerra del Pacífico; J. V. Ochoa, *Semblanzas de la guerra del Pacífico;* René Moreno, *Las matanzas de Yáñez* y *Archivos de Mojos y Chiquitos;* P. Kramer, *Compendio de Historia de Bolivia.*

Publicistas é internacionalistas: Casimiro Olañeta; Federico Díez de Medina, *Derecho Internacional;* Agustín Aspiazu, *Dog-*

mas de Derecho Internacional; José Manuel Gutiérrez, *Derecho Público;* Ameller, *Apuntes sobre el Derecho administrativo de Bolivia;* Miguel María Aguirre, *Límites occidentales y australes de la República boliviana;* José M. Santibáñez, *Bolivia y Chile, cuestión de límites, Bolivia y el Brasil;* Rafael Bustillo, *Tratado de límites con el Brasil;* Mariano Reyes Cardona, *Defensa de Bolivia;* Julio Méndez, *Realidad del equilibrio hispano-americano y necesidad de la neutralización perpetua de Bolivia, Límites de Bolivia con la Argentina;* Santiago Vaca Guzmán, *El derecho de conquista;* Benedicto Medinaceli, *Proyecto de confederación americana;* Macedonio Salinas, abogado, diplomático y estadista distinguido; Samuel Oropeza, *Cuestión de límites entre las Repúblicas de Bolivia y el Perú, Límites entre la República de Bolivia y la República Argentina;* Carlos Bravo, *Límites de la provincia de Caupolican;* Julián Prudencio, *Principios de Economía aplica-*

dos al estado actual de Bolivia (1845); etc.

Geógrafos: Dalence, Blanco Viel, Aspiazu, Armentia, Palacios, Ballivián, Quevedo, Velarde, Aramayo y Carrasco (1); á los que cabe añadir José Dalence y Ernesto Rück, autores respectivamente de *La Estadística* y *Guía de Bolivia;* Marcos Paredes y Octavio Moscoso, autores de Manuales. Como cartógrafos pueden citarse á Juan Ondarza, Juan Mariano Mujía, Lucio Camacho, autores del mapa general de Bolivia (1859), Justo Leygue Moreno, autor de otro mapa (1890), y Eduardo Idiáquez.

---

(1) Aquí es de notar que el mejor manual geográfico de Bolivia lo escribió el español D. Baldomero Menéndez, del Seminario de Vergara (*Geografía y Estadística del Alto Perú ó Bolivia.* Madrid, 1860). Menéndez, si bien da bastantes noticias equivocadas, tuvo el mérito de haber escrito su tratado sin ninguna guía oficial donde comprobar la autoridad de los datos y antes de que apareciera en Bolivia otra geografía.

En su obra, todas las longitudes se refieren al meridiano que pasa por el Observatorio astronómico de Madrid.

CAPÍTULO VI

LA PRENSA

Aunque parece estar comprobado que en los Colegios de jesuítas de Mojos, Chiquitos, Potosí y La Paz hubo pequeñas imprentas en las que se editaban opúsculos doctrinales, la primera oficial en Bolivia fué la que trajo consigo el general argentino Manuel Belgrano para publicar sus proclamas. Esa imprenta cayó en manos del general español Olañeta, quien la bautizó con el nombre de *Imprenta de la Vanguardia*. De ella salió el primer periódico de Bolivia, con el título de *El Telégrafo* (15 enero de 1822).

En 1823 el general Santa Cruz trajo otra imprenta en la que se editaba la *Gaceta del ejército libertador del Sur*, y fué capturada

también y agregada á la división de Olañeta, hasta que muerto este general en la batalla de Tumusla, fué trasladada á Chuquisaca.

En 1825 aparece impreso en La Paz un «Catecismo masónico», primer libro ó folleto publicado en la República. En 1826 sale á luz *El Cóndor*, siendo sus redactores el mariscal Sucre y Facundo Infante (1).

De 1825 á 1874 siguieron editándose

---

(1) Este Facundo Infante fué un «señor Frescales», como decimos por acá. Era un militar español que se distinguió en la guerra de la Independencia, pero que hubo de emigrar á América cuando se abrogó la Constitución del año 12. Llegado al Alto Perú, se puso á las órdenes de Sucre, defendiendo la causa americana con la espada y con la pluma. Sucre le hizo ministro de Gobierno de la República de Bolivia. Diez años después, como si no hubiera pasado nada, Infante volvió á España y llegó nada menos que á ministro de la Guerra. Yo, que he leído algunos números de *El Cóndor*, declaro solemnemente que lo que mereció Infante fué ser fusilado á su vuelta á España.

hasta 296 publicaciones entre revistas, diarios y periódicos. De entonces acá no son muchos más los que se han dado á luz.

La bibliografía del periodismo en Bolivia ha de apuntar una efeméride de triste recordación para mí: La aparición de *El Fígaro*, revista cómico-literaria decenal, cuyo primer número salió en Sucre á 10 de agosto de 1893. Los gastos de impresión eran muchos; pero como si ellos no fueran bastantes, los acrecenté, dando grabados litográficos.

Salí con las manos en la cabeza. En menos de medio año, *Fígaro* me afeitó los pocos ahorros del Colegio, y hube de suspender la revista.

Había creído que dando á los sucrenses cosa nueva, bonita y barata (un boliviano mensual costaba la suscripción), se la disputarían, y en esto no me equivoqué, porque en todas partes me hablaban de *El Fígaro* y de lo mucho que les gustaba. Pero fuí tan cándido, que hasta lo último no ave-

rigüé la martingala de mis lectores criollos. Entonces me compadecí de mí mismo y compadecí á los demás gerentes de periódicos análogos al mío.

Á excepción de La Paz, esta clase de publicaciones científicas y literarias arrastran vida lánguida y miserable.

Cada una cuenta con un limitado número de suscritores, de cuyas manos pasa á las del vecino, y hace una tardía excursión por toda la parroquia, merced á una intolerable galantería. Esta pequeña liberalidad, contraria á los hábitos que estimulan la literatura, hace escollar toda empresa seria y no da aliciente alguno á los escritores, á menos que éstos sean tan desinteresados que se satisfagan con los volubles aplausos de la opinión.

Pero ni aun éstos me fueron concedidos. Mientras los literatos criollos me vieron pedagogo, dejáronme en paz y que me las campara; pero en cuanto me supieron hombre de letras y director periodista,

me declararon guerra á muerte. Publicaron otra revista en competencia con *El Fígaro*, la cual fué también flor de un día, y como si ello fuera poco, dábanme cada varapalo literario que me dejaron tendido. Hasta en Potosí se publicó una hoja extraordinaria para criticar y desmenuzar al dedillo cierta oda que se me ocurrió escribir en *El Fígaro*. Recuerdo que lo que más indignaba á mi Zoilo anónimo eran estas palabras: *crinado*, *coruscante*, *lucio arado*, etc. No le sonaban estos voquibles.

De no habérseme extraviado los recortes de éste y otros papeles, donde me pegaban de firme los camaradas criollos, los reproduciría aquí para solaz y enseñanza de los literatos españoles, los cuales reciben como bueno cuanto se les dice de confraternidad é intercambio literario y científico hispano-americano, siendo así que en Ultramar nos tienen en poco, ahora como siempre, y á quien quiera que vaya con ínfulas de catedrático, de ateneísta ó de sabio, se le ríen

á las narices; porque para intelectuales y sabidores ellos, los criollos; después los franceses, los norteamericanos, los alemanes y también los italianos; pero los españoles, ¡qué esperanza!

Sentiría que estas mis manifestaciones se atribuyeran á malquerencia ó rencor. Hablo por lo que he visto y conozco, así en Bolivia como en la Argentina.

Cuantos intelectuales españoles se han establecido en América tragaron hiel y vinagre como yo entonces. Recuérdense si no las campañas de Mora y de Villergas... Miguel de los Santos Álvarez lo pasó bien en Buenos Aires porque colgó la pluma; lo mismo tuvieron que hacer Zapata, Javier Santero y López Bago.

En Bolivia, sin ir más lejos, floreció Eloy P. Buxó, que fué secretario de Melgarejo. Por cierto que en una polémica literaria, un criollo su adversario hubo de escribir: «*La P. entre Eloy y Buxó no cabe duda que es la de un Perillán.*» Que fué el colmo de la adi-

vinación, porque tal era el primer apellido de Buxó, sólo que él lo ocultaba. Si no es por esto, mata al zahorí. Desde entonces firmó *Eloy Perillán Buxó.*

Ya sé que al enterarse de esta enemiga se sentirán lastimados muchos españoles en su patriotismo; pero más vale así, que no seguir fanatizados por las ideas de reconquista é imperialismo espirituales en América, puestas ahora en moda por unas dedaditas de miel que dieron los guasones criollos á ciertos embajadores intelectuales nuestros.

Hay que convencerse que la España actual no reune potencia económica ni supremacía de cultura bastantes para el imperialismo intelectual en América. Alimentando esta pretensión, no hacemos sino herir la susceptibilidad de pueblos nuevos, justamente ufanos de su progreso material é intelectual.

Todas nuestras aspiraciones de hegemonía deben cifrarse en que España sea, á lo

sumo, impulsora y guía de un bloque étnico, con la autoridad que le da ser ella la madre histórica de aquellas repúblicas y sus afinidades de casta é idioma.

En una palabra: que sin renunciar al intercambio de espíritu y cultura con los pueblos de América, nos dejemos de imperialismos, tutelas ó predominios intelectuales, de tan imposible realización como el imperialismo militar.

Bastante haremos con mantener allá nuestra lengua. Y esto, que á algunos les parecerá extraño, disculpa la digresión del capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII

EL ROMANCE CRIOLLO

Orgullo, y muy legítimo, es de todo español que tenga dos dedos de frente, cuando al pisar las playas de América oye hablar su propio idioma; y en cualquier sitio, y en todas ocasiones, siente acariciar su oído con el eco de conversaciones que, por lo familiares é inteligibles, le traen el recuerdo de la patria lejana.

Claro está, que el vulgo emigrante no ve en esta mancomunidad de lenguaje más que una ventaja para sus conveniencias personales; y que á los bohemios de cualquiera clase y condición que sean, les ha de venir de perlas eso de no tener que aprender otro idioma en tierra extraña para dar curso libre

á la péñola y á la sin hueso; pero sobre la idea utilitaria debe prevalecer, y prevalece, el orgullo de raza halagado al ver que allende los mares crece robusta y frondosa una rama del gran roble castellano, asegurando la inmortalidad de los elementos fundamentales de la civilización hispana: la religión y el idioma. Lograron las naciones americanas sacudir el férreo yugo de la Metrópoli; han podido darse nuevas leyes, adoptar exóticas costumbres, y hasta posible es abracen otra religión; pero ya no les es dable formarse un idioma privativo nacional.

Quiera que no, el americano ilustrado pensará, hablará y escribirá en la lengua de los conquistadores.

Las fantasías de Sarmiento y demás corifeos hispanófobos, las pretensiones de tantos *americanísimos* de hablar y escribir «en criollo», no pasan de alardes inocentes que caen en lo ridículo cuando se toman en serio. Por lo pronto, el pretendido lenguaje criollo, fuera de algunos modismos y térmi-

nos dialectales que por designar cosas del Nuevo Mundo son desconocidos en la Península, no pasa de ser un bodrio de barbarismos, solecismos, arcaísmos y demás fealdades gramaticales, hasta el punto que eso de *americanismos* empieza á tener la significación que daban los atenienses á la voz *solecismo*, por haber perdido los habitantes de Soles en la Cilicia, la pureza de su lengua patria.

Por lo visto, tan americanismos son los terminachos injertados de araucano, guaraní, quichua, aimará ó chiquitano, como los barbarismos de lenguaje que se cometen con el uso de *recién*, *garantir* y *saber*, por ejemplo; como tantos galicismos por el estilo de *cabina*, *caserna*, *usina*, etc.; y como ciertos convencionalismos de lenguaje tales como *coger*, *concha*, *pedo*, etc.; lo que no empece para que todos y cada uno de estos vocablos ostenten el pomposo título de americanismos ó criollismos. De suerte, que á trueque de ser originales, sírvense algunos es-

critores de un lenguaje agauchado ó apaisanado, tomando á empeño escribir de un modo distinto del en que se habla.

Porque, en verdad sea dicho, en la América Española se habla mejor que se escribe. ¿En qué consiste que allí se hable un castellano que con prescindencia de algunos dejos provinciales, es tan puro y limpio como el de las Castillas, hasta el punto que el gaucho y el cholo se expresan con facundia y corrección de lenguaje que para sí quisieran muchas ilustraciones regionalistas de la Península; y en cambio la mayoría de la gente ilustrada esgrime la pluma peor que el colegial más atrasado de la clase de Retórica? Yo lo atribuyo al poco estudio que en escuelas y liceos se hace de la Gramática, al escaso de Literatura, y al ninguno de las lenguas madres, consecuencia del divorcio en que, digan lo que quieran los americanistas peninsulares, viven los sur-americanos de la madre Patria.

¿Á qué forjarse ilusiones? Así como los

jóvenes de la tribu de Roboam hacían decir á éste: «Mi dedo meñique es más grande que el pulgar de mi padre», palabras que determinaron el cisma entre Israel y Judá; así piensa la joven América al compararse con su madre España.

La Historia, la Literatura, Artes y Ciencias españolas son menospreciadas ó desconocidas en América, en lo que tienen la mayor culpa los editores peninsulares, que dejando el mercado á los Garnier, Bouret, Appleton y otros libreros de París y Nueva York, permiten la invasión y propaganda de trabajos extranjeros interesados en desacreditar á España por odios políticos ó religiosos. Siendo lo peor, que cuando alguien se queja, como yo lo hago ahora, de que los americanos no compran libros españoles, se contesta que tal queja es infundada, porque los españoles no producen nada. En verdad que no podrán decir lo mismo en lo que atañe á los maestros de escuela, como que á fuerza de ponerlos en caricatura, en

sainetes y zarzuelas, los hemos exhibido al mundo entero.

Saben, por consiguiente, en América que los dómines españoles son materia de exportación. Sin embargo, se hace venir de Alemania profesores de lengua castellana para enseñarla en liceos; y tudescos, franceses é ingleses regentan cátedras y dirigen Academias, Observatorios, Laboratorios y Escuelas normales, desde Méjico hasta la Argentina. Y ¡vive Dios! que yerran en esto las Repúblicas Australes. Porque ya que no tengamos en España sabios, ni literatos, ni artistas, no se negará que el más negado de sus pedagogos sirva para enseñar la lengua nacional mejor que ciertos gramáticos, así exóticos como indígenas, que no contentos con mercantilizar con el idioma castellano, lo degüellan y estropean (1).

---

(1) Entre tanto texto más ó menos disparatado que usan en las escuelas argentinas, puedo ci-

Si á estos elementos dañinos, y con esto cierro la digresión, se añaden la caterva de periodistas que hacen gala de escribir en criollo, porque, como nuestros «renaixensos», son incapaces de escribir en buen castellano; la redacción de documentos oficiales en *ortografía americana*; la plaga de *tradittori* que no *traduttori* que alimentan los editores extranjeros; y la jerigonza de terminachos plebeyos de que se hace gala

---

tar el *Rudimentista* por la señora Caprile. He aquí cómo trata esta señora al idioma de Cervantes:

El Miño es un río *en la* España.

Mi café *es* caliente.

Ella *es* en mi cuarto.

Los Estados Unidos *son* al S. de Canadá.

Las selvas de zona tórrida *son* llenas de monos. Con otras monerías, como «El dueño de la casa *vuelverá;* Sebastián se *transfirió* á Salta». La misma señora, probablemente «signora», que á la publicación de su obrita era directora de una Escuela Normal de Buenos Aires, dice: *del* América; *miraculoso*, *Onoria*, *Escurial*, etc.

Y el *Rudimentista* era método de lectura subvencionado por el Consejo de Educación.

en escritos y conversaciones, milagro será que no se confirme en plazo no muy largo la opinión de Bello, quien dice que «á no evitarse esta anarquía de lenguaje, se hablará con el tiempo en América una jerga desconocida».

Ya va sucediendo en Sur-América lo que en la España romana con el latín del Lacio. En Roma se tenía por extraño y medio incomprensible el latín que hablaban en la Península (Valdés, *Diálogo de las lenguas).* Así Aulo Gelio introduce á su poeta, haciéndole decir en jerigonza bárbara: *Hispané, non romané, memoretis loqui me* (recordad que hablo en español, no en latín).

Si á este resultado propenden los americanistas, pueden estar satisfechos; pero exige la equidad, adviertan que hablan en americano, no en español. Déjense de proclamar el castellano como idioma nacional; y déjense sobre todo de contratar profesores extranjeros para enseñarlo. Funden cátedras de araucano, de quichua ó de aimará, como

las que para la enseñanza del otomí y guaraní fundaron los bárbaros españoles en las universidades de México y Lima respectivamente, y escriban en esos idiomas indígenas, como los regionalistas europeos lo hacen en flamenco, bable, lemosín ó vascuence.

Á bien que los materiales son copiosos y sólo aguardan los artífices que sepan darles aplicación. ¿Qué lengua más rica que la *guaraní*, cuya abundancia, propiedad y admirable mecanismo la hacen, en el sentir de algunos filólogos, más sabia y filosófica que cualquiera de las de la antigüedad? ¿Ni qué otra más varia y melodiosa que la *quichua*, de una concisión asombrosa, y con declinaciones y conjugaciones como la más adelantada lengua? ¿Cuál otra, en fin, más robusta y varonil que la *aimará*, que en lo relativo á palabras significativas iguala á cualquier otro idioma? Una de esas lenguas primitivas pudo prevalecer como idioma nacional y pan-americano, como prevaleció el quichua desde el Guayas hasta el Maule en

tiempo de la dominación incáica, sin más que por la autoridad de las armas. Pero está visto que los *americanistas* pueden menos que los «amaútas» peruanos: eso que, como repito, la tarea no sería difícil.

Tan no lo es, que á medida que la instrucción cunda en los pueblos sur-americanos, han de surgir poemas populares, como esos poemas gauchescos de Hidalgo, Ascasubi, del Campo y Hernández, cuyo pintoresco lenguaje no es dable comprender á menos de haber residido en la campaña de Buenos Aires. Y digo que en la campaña de Buenos Aires, porque así entienden en el resto de la República Argentina ciertos pasajes de *Martín Fierro*, por ejemplo, como en la Península y demás países de habla castellana (1).

---

(1) «—Estoy encantado con el *Martín Fierro*, de Hernández, díjome uno de los primeros literatos de Lima. —Y, sin embargo, respondí, para us-

Por esto no acierta Unamuno cuando escribe: «Hacen bien (los argentinos) en llamar idioma nacional al brioso español de su gran poema el *Martín Fierro*».

---

tedes ese hermoso poema es *Rosario en Berbería.* —¿Porqué? —Porque la mitad de sus bellezas son para ustedes sanscrito; no las entienden. —Pues yo las percibo muy bien. —Error; ó si no, explíqueme esa:

Nos retiramos con Cruz
á la orilla de un pajal;
por no pasarlo tan mal
en el desierto infinito,
hicimos como un bendito
con dos cueros de bagual.

—Pues claro, en lo de *bendito* expresa la prontitud con que arreglaron las pieles. —Y cuando le hube explicado el problema de la frase, picóse enormemente y no me ha perdonado aquella replicación.»

(Juana M. Gorriti. Carta al autor inserta en el Prólogo de *Martín Fierro.)*

«Hacer como un bendito» quiere decir poner los dos cueros en ángulo, como las dos manos al juntarse para rezar un bendito. Á esto se refiere la Gorriti.

Y es porque en las Repúblicas Australes sucede en orden al lenguaje lo mismo que en España: cada provincia habla el suyo privativo. En la Argentina es distinto el lenguaje criollo del gaucho porteño, del que se habla en Santa Fe y Córdoba, provincias colindantes con la de Buenos Aires.

Hablan el guaraní ó paraguayo en la de Corrientes; el quichua peruano en la de Santiago del Estero, y un castellano salpicado de voces araucanas y quichuas en las restantes provincias andinas y del Norte.

En cuanto á Bolivia, el quichua es el popular en los departamentos de Chuquisaca, Potosí y Cochabamba; así como el aimará en los de La Paz y Oturo; y en los restantes departamentos como Santa Cruz y el Beni, corren válidos porción de vocablos que se necesita Dios y ayuda de lenguaraz para entenderlos. De donde resulta, que tan ayuno se queda un cruceño del quichua peruano que le habla un arriero cochabambino, como un porteño del guaraní de Co-

rrientes, ó como un castellano del vascuence ó del catalán de Lérida.

¿Cómo han de pretender, pues, los americanistas imponernos esa plaga de nombres indígenas, muchos de ellos con equivalentes en castellano, con los que sin venir á cuento salpican sus obras, cuando ni en su patria misma los entienden! ¿Ó será que á este farragoso catálogo reducen sus aspiraciones regionalistas? Pues ni Olmedo, ni Bello, ni Heredia, ni Andrade, con ser americanísimos se valieron de él para cantar las glorias nacionales y la naturaleza americana. Precisamente lo que más avalora las «Tradiciones» de Palma, es esa sobriedad, esa difícil facilidad en el manejo del estilo criollo, y en términos tan naturales y atinados, que casi siempre se transparentan y adivinan sin necesidad de recurrir al *Diccionario de Peruanismos* de Arona.

Por lo demás, y como antes decía, ya no les es dable á los indigenistas criollos, escribir en lengua *amerindia,* como los regio-

nalistas europeos en la de sus respectivas provincias. Éstas fueron autónomas cuando la época de la formación literaria de su lenguaje, y así redactaron Códigos como el de los *Usatjes* de Barcelona, poemas como el de Boecio, Ley de amor, Cántigas y Poemas Galeses. La momificación y decadencia de estas lenguas vino con la pérdida de la nacionalidad de los pueblos que las hablaban, y anémicas siguen á pesar de los esfuerzos loables y patrióticos de sus modernos regeneradores.

Las lenguas americanas, sin tiempo para alcanzar la edad de oro en la que un idioma se fija, se limpia y adquiere esplendor, fueron heridas por la espada del conquistador que las podó y transformó, hasta el punto de reducirlas á ser exóticas en su propio terreno y hacerlas producir frutos híbridos y de extraño injerto (1).

---

(1) «No se diga que los poemas y dramas indios desaparecieron por causa de la conquista es-

Los fieros castellanos dieron á la nueva sociedad su religión y su idioma; y natural es que ninguna de las lenguas indígenas, con ser vulgarizadas, estudiadas y reducidas á formas gramaticales por sabios y misioneros, pudiese resistir á la culta y adelantada lengua de Castilla, quedando relegadas á ser lenguas «paganas», en el sentido que á esta palabra dieron los primeros cristianos al gentilismo, cuando desterrado éste de las ciudades y de la gente patricia, hubo de refugiarse en los campos, de donde no había de tardar también en desaparecer.

---

pañola, como muchos afirman; no señor; un pueblo creador, una raza imaginativa produce siempre, crea con mayor ó menor elevación de concepto. ¿Qué es lo que ha producido nuestra raza indígena en más de tres siglos de coloniaje, desde la conquista hasta el día? Nada, absolutamente nada. Los pocos cantos quichuas que sacan á relucir en toda pendencia literaria los indigenistas son obras criollas vertidas en el idioma quichua, vaciadas en netos y muy netos moldes castellanos.» (Santiago Vaca Guzmán. *Estudios.*)

Á ser pagana, y por consiguiente rural y campesina, se ha de concretar la literatura netamente criolla; y en tal sentido, merecen aplauso y buena acogida de todos los folk-loristas esos poemas populares como los gauchesco rio-platenses y los bucólicos de Colombia, cuyos idiotismos, vulgarismos y hasta neologismos se aceptan buenamente porque aportan el *sabor de la tierruca,* condimento nacional que, en su punto, satisface el gusto artístico, pero cuyo secreto pertenece á muy pocos Vatels americanos: Isaac, Hernández, García Gutiérrez, etc.

Estos sí que son los verdaderos depositarios de la genuina sal criolla, tan apreciable como la sal ática en literatura y la otra sal andaluza en las «manos de charla»; pero que no hay que confundir con las especierías de toda laya con que salpican sus obras los escritores ultramarinos, con ínfulas de regionalistas ó indigenistas; en su mayor parte pinches metidos á cocineros que creen

haber servido un plato criollo por haber echado á porrillo terminachos indígenas y rústicos vulgarismos.

De donde se deriva una irritante injusticia. En la Península, como en América, como en todas partes, escribe quien quiere y á lo que salga, sin preparación no diré científica y literaria, pero ni siquiera gramatical; y cata ahí el porqué de la pobreza de estilo y penuria de lenguaje que todos lamentamos. Contra estos contrabandistas literarios están los carabineros de la lengua, críticos ó como quiera llamárseles, los cuales, pluma en ristre y ojo avizor, decomisan cualquier gazapo que sorprenden por entre los trigos literarios.

En los maizales americanos ya es distinto. Si por acaso un buscador de ripios ultramarinos sorprende un gazapo gramatical, salen los hijos del país con la muletilla de los criollismos, palabreja sobre cuyo significado ya sabe el lector á qué atenerse. Es decir, que en un escritor peninsular es

galicismo escribir *usina, aflijente*, etc., y comete grave falta escribiendo catalanadas ó concordancias á lo Sancho de Azpeitia y voces arcaicas, y no delinque el americano que usa locuciones bárbaras ó que conjuga un verbo á lo americano, «porque no hay razón para preferir lo que caprichosamente haya prevalecido en Castilla».

«Chile y Venezuela, añade Bello, tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias. En ellas se peca mucho menos contra la pureza y corrección del lenguaje, que en las locuciones afrancesadas de que no dejan de estar salpicadas hoy día aun las obras más estimadas de los escritores peninsulares.» Tal dice el que poco antes, en el prólogo de su excelente *Gramática castellana*, pone de manifiesto que «juzga importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias

naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes».

Tengo para mí, que tan prevaricadores del buen decir son galiparlistas como amerindo-parlistas; además que ni Aragón, ni Andalucía, ni Chile, ni Venezuela tienen derecho á que se canonicen sus accidentales divergencias. Todo lo más, serán gracias de baturro ó de majo, ó de huaso, ó de llanero, respectivamente, nunca cánones impuestos á la lengua castellana. Opino, sí, como Bello, que debe patrocinarse la conservación de vocablos nuevos formados de raíces castellanas, según los procederes ordinarios de derivación que el castellano reconoce y de que se ha servido y sirve continuamente para aumentar su caudal, ó como escribe Bunge *(Notas pedagógicas)*: «La evolución es fatal; pero hay que evolucionar dentro y no fuera de la lengua castellana».

Declaro paladinamente que no conozco en castellano palabras que expresen con más propiedad la idea que representan como *em-*

fastidiarse, blanquear, barrajar, apunarse, y tantas otras para cuyo significado remito el lector á mi *Vocabulario* (1).

Tampoco hay en castellano palabras equivalentes á *yapa*, *soborno*, *jacú*, etc. He aquí neologismos que debieran tomar carta de naturaleza en la Península, no inscribiéndolas en el panteón de la Academia Española, de donde se exhuman olientes á cizallas y aceite, sino vivificadas por la propaganda eficaz de escritores y oradores, como va sucediendo con no pocas voces cubanas. Ello se ha de verificar en lo porvenir, cuando la coincidencia en el amor y cultivo de la lengua española establezca la conciliación y la armonía entre los hijos de la gran familia hispana; «que es un mundo el del espíritu, que se deja señorear más fácilmente por la paz y bien unida andanza» (Barrantes).

Creo con Unamuno, que «sólo un lí-

---

(1) *Vocabulario criollo español de Sud-América.* (Madrid, Sucesores de Hernando, 1910.)

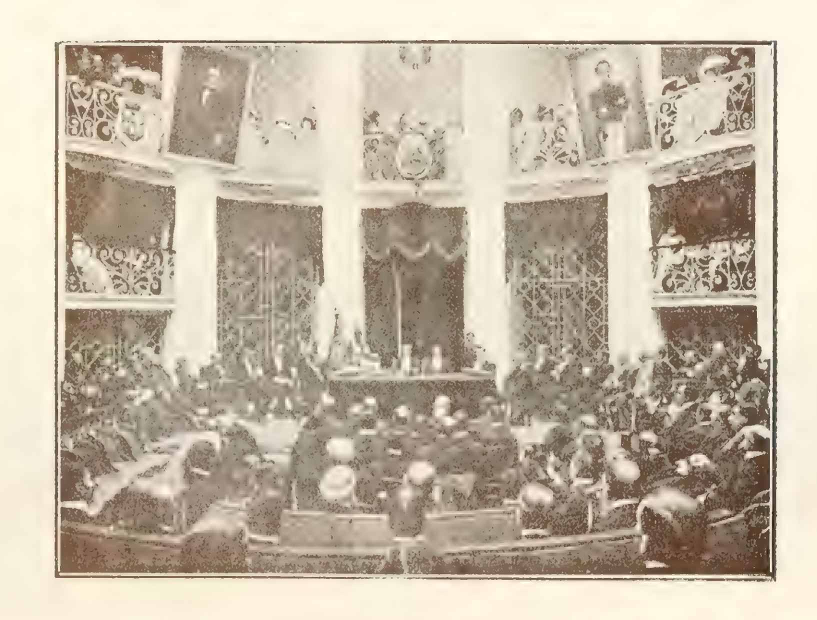
mite tiene la libertad lingüística, y límite libre en cuanto es más bien que impuesto, nacido de la necesidad de las cosas. Este límite es la inteligibilidad de lo que se dice» (*Contra el purismo.* España Moderna). Por esto, abomino de la exportación de *mangangases*, *sinsontes*, *araras*, *uratúes*, *ñandúes*, *burucayúes*, *mutunes* y tantos terminachos indígenas de bichos y plantas de la exuberante América. El *mangangá* es la abeja; el *sinsonte* la calandria, y si se quiere el ruiseñor; la *arara* el papagayo, el *ñandú* el avestruz: y así por el estilo. Además de que el ñandú guaraní de Buenos Aires es el *surí* aimará en La Paz y el *piyu* chiquitano en Santa Cruz de la Sierra; como el *sinsonte* es el tojo boliviano, etc., etc. Á no tener equivalentes, cítense los nombres vulgarizados por los naturalistas, quienes los tomaron por lo regular de los indígenas. Así: *jaguar*, *carpincho*, *puma*, *cóndor*, *sariga*, etc., todos ellos de pura cepa americana.

Se me objetará que muchas especies de

la flora y fauna americanas son distintas de las europeas; pero como no se trata de sutilezas científicas, sino de fijar nombres para entendernos, responderé con estas bellísimas palabras de Cuervo en sus *Apuntaciones al lenguaje bogotano:*

«No pocas veces hemos contemplado con ternura aquellos corazones de hierro de los conquistadores, reblandeciéndose al tender ellos por primera vez la vista sobre paisajes parecidos á los de su patria, y fingiéndose en sus mezquinas chozas una Cartagena y una Santa Fé; y como para completar la ilusión, revistiendo en su fantasía los campos con las flores y yerbas testigos de sus juegos infantiles.»

Éste del idioma, sí que es el tesoro patrimonial que á todo trance hemos de conservar españoles y criollos, pero como buenos hermanos, dándonos y prestándonos vocablos castizos ó nuevos, sin aferrarnos nosotros á variedades arcaicas y académicas, ni ellos á pruritos indigenistas ó exóticos.



Apertura del Congreso

CAPÍTULO VIII

AMENIDADES PARLAMENTARIAS

Escarmentado con mi ensayo periodístico, hube de atenerme á ser pedagogo de niños y seminaristas.

Pero, si he de ser franco, ya empezaba á cansarme la enseñanza, porque lo que quería era correr tierras, bajar los Andes y lanzarme á las costas del Pacífico ó á las esplendorosas regiones del Oriente boliviano. Sólo que consideraba prematuro ir con la noticia de mi renuncia á mis Mecenas, diciéndoles: ¡Ahí queda eso! Eso supondría darles un desaire y dejar con un palmo de narices á los papás y mamás que me habían confiado la educación de sus hijos; porque, ¿quién se encargaba del Colegio, si yo lo abandonaba?

De estas cavilaciones me libró una venturosa visita que recibí en las vacaciones del año tercero escolar; un madrileño llamado Pascual Limiñana, venido á Sucre con el propósito de dedicarse á la enseñanza, pero que tuvo la desgracia de llegar después de mí, y no hubo de qué.

Desde luego, Limiñana era más maestro que yo; en el sentido que él tenía título de Magisterio español, y yo no lo tenía. Había sido, además, maestro en la Argentina y en el Paraguay, y desde este país se lanzó á Bolivia á probar fortuna, acompañándole en el viaje su mujer, maestra elemental titulada, argentina.

Limiñana estaba sin un centavo y vino á verme con la modesta pretensión de que le diese ocupación en mi Colegio. Le recibí amablemente, y dándole buenas esperanzas, le emplacé para el siguiente día.

Entonces consulté conmigo á solas, y me dije:

«En esta grieta de los Andes nos hemos

encontrado dos maestros Ciruelos aventureros, bien así como los capitanes del tiempo de la Conquista se tropezaban en sus correrías por Indias. Cederle mi encomienda, sería humillación; no cedérsela, sería un desaire. En este caso, Limiñana alzará pendón y reclutará parciales. Con esto se enciende la guerra civil y habrá en Sucre dos facciones, dos colegios. Á mí me toca la de perder, porque lo novísimo priva sobre lo nuevo. Lo mejor será transigir. Endosarás el Colegio á Limiñana; que sude fariña con los muchachos, y él trabajando y tú ocioso, os repartiréis la encomienda.»

Resuelto el plan, no faltaba sino que lo aprobaran mis Mecenas. Subí á La Recoleta, fuí á La Florida, y en ambos sitios puse de manifiesto mi cansancio y encarecí los méritos del advenedizo pedagogo español, que ni llovido del cielo. Quisieron ver á Limiñana; les pareció bien, y acto seguido le traspasé el establecimiento sin más premio ni

censo que los cien bolivianos mensuales asignados en la doble subvención del Estado y de la municipalidad.

Limiñana escribió sus circulares, abrió el nuevo curso y le fué tan bien como á mí ó mejor; porque contando con el refuerzo de su mujer, el *Colegio infantil* fué mixto de varones y de hembras. Yo me alegré del éxito, porque así cobraba sin dificultad los cien bolivianos estipulados, con los cuales me di el gusto de hacer vida ociosa en Chuquisaca y de emprender una que otra correría á Chile y al Perú.

Como seguía en buena amistad con los padres de mis antiguos alumnos, no me faltaron ofrecimientos para colocarme como quisiera. Éste me brindaba con un empleo bancario, el otro con un cargo en las minas; esotro quería asociarme á una explotación agrícola; el de más allá nombrarme su agente en un puerto del litoral; pero yo, que nunca quise sujetarme á nada ni á nadie, opté por ser taquígrafo del Congreso, con

la mira de estudiar de cerca á los prohombres políticos de Bolivia.

Y sin previas oposiciones, sin examen, y lo que es más, sin saber palote de taquigrafía, de la noche á la mañana me vi favorecido con el nombramiento. El empleo era una pequeña canonjía, porque estaba rentado con cien bolivianos mensuales, cobrados íntegros en Tesorería durante todo el período legislativo, hubiera ó no sesiones, y éstas, cuando más, duraban tres meses.

Pero antes de entrar en el templo de las leyes, habrá que decir algo acerca del régimen parlamentario del país.



El Poder legislativo está compuesto de dos Cámaras: la de Senadores y la de Diputados, cuyos miembros son elegidos directamente por los ciudadanos. (Son ciudadanos, los bolivianos mayores de 21 años que saben leer y escribir y tienen una renta

anual de 200 Bs., que no provenga de servicios prestados en calidad de doméstico.)

La Cámara de Senadores se compone de los representantes departamentales, 16 miembros elegidos por seis años, renovados por terceras partes cada dos años. Para poder ser senador se necesita tener 35 años y una renta anual de 400 Bs. La Cámara de Diputados la forman los representantes de las provincias: 72 miembros elegidos por cuatro años, renovados por mitad cada dos. Pueden serlo, los bolivianos que tengan 25 años y una renta anual de 200 Bs.

El primer vicepresidente de la República, es presidente nato del Senado. Para la otra Cámara se elige, entre los diputados, cada tres años.

La reunión de ambas Cámaras forma el *Congreso*, correspondiente á nuestras Cortes ó Parlamento.

El palacio legislativo de Sucre fué un convento. La iglesia es ahora el salón de sesiones; el presbiterio, sitial de los diputados.

Una barandilla separa el proscenio de la sala: á esta división llaman la *barra*. Junto á ésta dan guardia dos soldados con bayoneta calada, y atrás se aglomera el público, en pie, porque allí no hay asiento alguno, á excepción de las tribunas laterales y el coro, sitios reservados á las damas y gente de pro en los días de gran solemnidad.

Los representantes se acomodan en sendos sillones á derecha é izquierda de la mesa presidencial, compuesta del presidente y dos secretarios. Casi al pie de ella, la mesa de los taquígrafos, que se turnan de hora en hora.

No hay *banco azul* ó ministerial. Los ministros no tienen asiento en la Cámara, y sólo acuden cuando un representante anuncia una interpelación. Éstas son las sesiones más movidas, las que más público traen, porque habla un diputado de la oposición y allí, como en todas partes, apasiona la política.

Senadores y diputados llámanse *Honora-*

bles, título correspondiente á *Su Señoría* de los nuestros; y el presidente les da la alternativa en estos términos: «El Honorable diputado por X... tiene la palabra.» Rara vez se citan nombres.

Los diputados dicen lo que tienen que decir, sin efectos escénicos ni retóricos; y para más sencillez, hablan sentados, á menos que traten de producir efecto, y entonces se asoman á la barra, accionando y levantando la voz para ganar aplausos, que allí se tributan como en un teatro.

Por una rara anomalía, los clérigos pueden ser representantes al Congreso; los militares no. Á bien que éstos se indemnizan encaramándose á la presidencia de la República y dando cerrojo al Congreso cuando les parece.

En tiempos de dictadura ocurren incidentes que dejan muy malparado el régimen parlamentario.

Cuentan de un general argentino que cuando los diputados se reunían sin que él

los citara expresamente, acudía al recinto de las sesiones, y dirigiéndose á los representantes les preguntaba:

—¿Quién los ha mandado venir?

Podían contestarle: la Constitución, nuestros electores; pero nadie chistaba. Luego añadía: —Yo soy gobernador, yo soy jefe de policía, yo soy juez, yo soy legislador; yo soy todo. ¿Entienden? Pues mándense cambiar, que cuando los necesite les haré venir para que hagan lo que yo les mande (1).

Los anales parlamentarios de Bolivia registran un episodio aún más chusco que el anterior, durante el gobierno de Mariano Melgarejo, soldado de fortuna que ocupó la presidencia de la República de 1865 á 1871.

Melgarejo abrogó la constitución vigente, disolvió las Cámaras, suprimió las municipalidades, vendió los terrenos de las co-

---

(1) Estanislao Zeballos, *Relmú ó La Reina de los pinares.*

munidades indígenas, hízose dueño de vidas y haciendas y sumió en el terror á todo el país.

No obstante, como al principio de su gobierno había prometido reunir una Asamblea, convocó el Congreso en La Paz. Las sesiones se redujeron á oir la cuenta que el ministro Muñoz daba de los actos del dictador, á aprobar algunas leyes rurales y rentísticas, y á sancionar los tratados leoninos con Chile y el Brasil.

Por el primero se cedía á los chilenos todo el paralelo entre el 24 y 25 grados de latitud Sur, haciéndoles partícipes de la mitad de los productos minerales y guaneros que se descubrieran en esta demarcación. Por el segundo, perdió Bolivia unas 6.000 leguas cuadradas de territorio, á orillas de los ríos Paraguay y Madera, cerrándose el camino geográfico para salir al Atlántico, como pudiera hacerlo hoy, de haber conservado toda la región del Acre.

Todo esto á cambio de conferirse á Mel-

garejo sendos grados de general de división de Chile y del entonces imperio del Brasil.

El dictador sometió, además, al Congreso un proyecto de Constitución liberal, muy liberal, que los asambleístas tomaron en serio, poniéndose á discutir formalmente artículo por artículo.

Las sesiones duraban y perduraban, y como todo era una farsa, antes de que la cosa pasara á mayores, envió Melgarejo una banda de música militar al salón legislativo á que tocara *cuecas*, ó bailes del país, con lo que los *honorables* se dieron por enterados y se desbandaron.

Aún vive en Bolivia quien se acuerda de haber oído la cueca de Melgarejo.

Su sucesor, el coronel Agustín Morales, hizo más todavía. Reunida la Asamblea, presentó la renuncia de la presidencia provisional; pero cuando temió que se la aceptaran, atropelló el salón legislativo, manifestando su voluntad de continuar en el mando. Un año después, como la Asamblea insistiera

en discutir un pleito contencioso entre el Estado y la Sociedad minera Arteche, Morales mandó invadir otra vez la Cámara con bandas de música, procurando impedir la discusión. Luego, acompañado de sus ministros, fué al recinto de las leyes, que los padres de la patria habían abandonado escandalizados, y por sí y ante sí declaró clausurado el Congreso.



Preguntará cualquier lector aficionado á atar cabos: ¿y usted cómo se las arreglaba para salir airoso en su cometido no sabiendo la escritura taquigráfica? Pues muy sencillo: haciéndome ascender de categoría. En vez de trazar filigranas taquigráficas, me arrogué el oficio de corrector de estilo. Mis compañeros tomaban los discursos al pie de la letra, dábanmelos traducidos, y yo los adornaba con toda clase de galas literarias. Tras esto iban á la imprenta y así aparecían

en el *Diario de Sesiones*, con mi firma y todo, según puede verse en la colección legislativa correspondiente al segundo semestre de 1895.

Á cuantos diputados noveles cayeron por mi cuenta les colgué el manto de la oratoria, haciéndoles hablar como Cicerón en el Foro ó como Castelar en la Asamblea del 69 (1).

Esto aumentó mi crédito literario y me

---

(1) Lo cual no quiere decir que en Bolivia no haya buenos oradores parlamentarios. Los hubo y sigue habiéndolos tan buenos ó mejores que en parte alguna. En la primera generación de hombres públicos figuran Olañeta, Bustillo, Valle, Cortés y Zilvetti. En la segunda, Mariano Baptista, el príncipe de la tribuna boliviana; Daniel Calvo, Adolfo Ballivián, Oblitas, Méndez, Guijarro, Aguirre, Rosendo Gutiérrez; y entre los más modernos: Macedonio D. Medina, Belisario Boeto, Heliodoro Villazón, Eulogio Bayá, José Pol, Adolfo Siles, José Lucero, Ramón Corral y José Manuel Gutiérrez; Severo F. Alonso, Juan Francisco Velarde, Samuel Oropeza, José T. Revollo, César Oropeza, Emeterio Cano, Telmo Ichaso, Rafael Canedo, José M. Urdininea y otros.

ganó muchos amigos en las altas esferas, hasta el punto que cuando se clausuró el Congreso, el ministro de Instrucción Pública y Colonización (hoy Fomento) me envió al lejano Beni con un cargo oficial, satisfaciendo así mis deseos de visitar el Oriente boliviano.

CAPÍTULO IX

MARTIROLOGIO PRESIDENCIAL

(Presidencias de Bolívar y Sucre.)

El Poder ejecutivo de la República boliviana lo componen el presidente y dos vicepresidentes, elegidos por cuatro años, por voto directo, con la colaboración de seis ministros: de Negocios extranjeros y Cultos; Interior y Obras Públicas; Hacienda; Justicia é Instrucción Pública; Guerra; Colonización y Agricultura (Fomento).

La República se halla dividida en ocho departamentos: *Chuquisaca*, *La Paz*, *Cochabamba*, *Oruro*, *Potosí*, *Tarija*, *Santa Cruz* y el *Beni*, aparte de las delegaciones del Madre de Dios y del Purús, en la región

del Amazonas. Al frente de cada departamento hay un prefecto; de cada provincia un subprefecto, y de cada cantón un corregidor.

Es República unitaria, sin capital fija. El antagonismo de la Paz ha originado un hecho excepcional en la organización del país: la creación de una *capital militar*, punto de residencia del Poder ejecutivo. Chuquisaca, la ciudad de las letras, ha quedado con el vano título de tal, relegada á la categoría de *capital civil*, en fe de lo cual se le ha dejado, como única prenda, la Corte Suprema y alguna que otra oficina parásita que atestiguan el menoscabado rango de la histórica ciudad.

Esta falta de residencia fija del Gobierno y de las Cámaras trae graves inconvenientes.

Todo el personal del Ejecutivo, ejército y covachuelistas, con más los archivos, va y viene de La Paz á Oruro, Cochabamba ó Sucre, dando lugar á pérdida de tiempo en

los negocios del Estado y á enormes gastos de fletes en movilizar más de 2.000 hombres. Como no existen más ferrocarriles que á Oruro y La Paz, hay que pagar bagajes á toda la caravana de militares y empleados.

He aquí la tarifa oficial dictada por el ministro de Hacienda durante mi estancia en Sucre:

	Por legua.
Presidente de la República	Bs. 6,00
Vicepresidentes y ministros de Estado	» 3,00
Directores é inspectores generales y oficiales mayores	» 2,00
Jefes de sección	» 1,50
Ofieiales primeros	» 1,20
Idem auxiliares	» 0,80
Porteros	» 0,50

Eso sin contar con las Cámaras y el ejército.

Todo este personal, á excepción de los soldados, va á lomo de mula recorriendo las famosas postas del país y molestando á la indiada del tránsito con la *derrama*, es-

pecie de contribución para ayuda de viaje de los altos funcionarios, muy parecida á la *muna* de Marruecos. Sin retribución alguna, el indio ha de proporcionar forraje, comestibles y combustibles para el ejército y las autoridades de tránsito. Sus bestias y él han de transportar las cargas de los bagajes y municiones.

Los bolivianos debieran modificar de una vez esta defectuosa costumbre constitucional, siquiera hasta tanto que el enlace ferroviario permita una movilización menos onerosa. Á mí, por ejemplo, en mi viaje al Beni hubo de darme el Estado en concepto de viático 786 Bs., á razón de 2 Bs. por cada una de las 393 leguas (2.501 kilómetros) que hay de Sucre á la frontera del Brasil, al Norte.

* * *

Reunido en Chuquisaca (24 junio 1825) el Congreso convocado por el mariscal de Ayacucho, proclamó solemnemente el 6 de

agosto la independencia del Alto Perú, constituyendo el país en República, á la que llamó *Bolivia*, en homenaje á Simón Bolívar. Tal nombre se dió á moción de Manuel Martín, diputado por Potosí, uno de los 48 congresistas que asistieron á la Constituyente.

El primer presidente fué el *Libertador*, quien gobernó dos meses escasos (6 de agosto á 3 de octubre de 1826), dejando para que le sucediese á su lugarteniente *José Antonio Sucre*, el mariscal de Ayacucho.

La figura de Sucre es tan simpática, que se hace amable aun á los que no son americanos.

Fué tan gran militar como hábil estadista. Si bien contemporáneo de James Monroe (1817-1821), el presidente de los Estados Unidos, autor del famoso principio: *América para los americanos*, Sucre, adelantándose á su época, opuso á la mezqui-

na máxima de Monroe, la otra más hidalga, y también más filosófica: *Poblar es gobernar*. En este sentido dictó leyes para favorecer la inmigración en Bolivia, siendo quizás el primer estadista americano que tuvo la visión del porvenir económico de las naciones colombianas. «El mestizo, según él, el europeo inmigrante y el criollo ilustrado son como el bronce, el hierro y la plata en la aleación de las medallas.»

Dedicó todos sus esfuerzos al mejoramiento de Bolivia. Entre otras reformas, sustituyó á la antigua demarcación colonial la división en departamentos, provincias y cantones, sujetándose al *uti possidetis* de 1810; principio común en derecho americano, proclamado por los estadistas de la Independencia como regla del equilibrio internacional en el continente.

El *uti possidetis* garantiza á cada sección americana los límites que en 1810 estaban asignados á los virreinatos, presidencias ó capitanías generales, en la unidad adminis-

trativa colonial (1). Es el bordón cancilleresco que se toca en todas las cuestiones de límites de estas Repúblicas: una panacea política á la que se le atribuyen todas las virtudes posibles, pero que desviada de su verdadero espíritu, se va convirtiendo en un mito. Unos la consideran regla de equili-

(1) Por lo general, la corte de Madrid se conformaba para lo temporal con las divisiones espirituales que regían para los obispados, y aun con las establecidas como provincias por diferentes órdenes religiosas. Tal se determina en la Real cédula de 1636. Las «Reales Audiencias» en América obedecían á una división tan racional y bien establecida, que ellas han dado la pauta á las nuevas nacionalidades en que se fraccionó la vasta unidad del imperio hispano-marroquí. Cuanto más se estudia el sistema geográfico de las antiguas Audiencias, tanto más se admira la sabiduría que ha precedido á su colocación respectiva. Absurdo hubiera sido trazar el largo de los territorios de Occidente á Oriente, porque el deseo de dar iguales costas á las Audiencias hubiera producido el efecto de hacer centrales y alejadas del mar la mayor parte de los territorios y provincias de cada una de las secciones. En el sistema prefe-

brio internacional; otros, fundamento de las nacionalidades americanas; muchos la hacen valer como regla de deslinde, dándole una elasticidad acomodaticia á sus conveniencias. «—En mi opinión, escribe Vaca Guzmán, el *uti possidetis* no puede ser, como su nombre lo indica, más que un interdicto para acreditar el derecho posesorio.»

Esa disparidad de criterio no es de ahora; nació con la creación de las nuevas Repúblicas; de suerte que el mismo general Sucre tropezó con serias dificultades de lími-

---

rido por España, las Audiencias interiores pueden acercarse más á la costa, dado que aquellas que ostentan configuración litoral toman en su longitud todo el espacio que necesita su unidad territorial. Países cortados desde el Amazonas hasta el Pacífico ¿hubieran sido más accesibles al comercio que lo son hoy Bolivia y el Perú, guardando esa contigüidad de tan fácil comunicación? Casi todas las dificultades de las Repúblicas sud-americanas son más bien aduaneras que geográficas.

tes con la Argentina. Ésta pedía la anexión de Tarija por pertenecer en lo eclesiástico á la diócesis de Salta, y Bolivia alegaba lo contrario por pertenecer en lo político al partido de Potosí.

Para arreglar estas diferencias políticas vino á Chuquisaca, como enviado plenipotenciario del gobierno de Buenos Aires, el general Carlos de Alvear.

Á esta época se refiere un lance inédito que he oído contar á los chuquisaqueños, y que voy á referir haciendo una pequeña digresión para mejor inteligencia del caso.

* * *



De volterianos, de masones y de herejes fueron tildados los auxiliares argentinos por los criollos del Alto Perú, católicos á macha martillo, de cuya opinión se aprovecharon más de una vez los realistas para reaccionar los vecindarios contra las legiones argentinas, que, como las de Napoleón, iban

derramando al paso las semillas del progreso revolucionario.

La *Logia Lautaro* de Buenos Aires, con sucursales en Washington, París, Londres y Cádiz, fué el cenáculo en el que los propagandistas y caudillos de la Independencia americana vieron descender sobre sus cabezas las lenguas de fuego del Espíritu nuevo; de donde partieron á ganar, por la propaganda ó por las armas, prosélitos de la buena nueva. Miranda, Bolívar, San Martín, Alvear, Rivadavia, Moreno, Belgrano, Castelli y tantos otros próceres de la Independencia, viajaron por Europa ó los Estados Unidos, iniciándose en las doctrinas de los enciclopedistas franceses.

Por tanto, no es de extrañar que algunos de estos personajes escandalizaran con su despreocupación y educación á la europea, el espíritu pacato todavía de los criollos, mayormente en países mediterráneos como el Alto Perú, donde siempre, y entonces

más que ahora, cualquiera novedad tarda mucho en arraigarse.

El argentino Carlos Alvear se había educado en España, donde la revolución de su país le sorprendió de alférez de Reales Carabineros. Entre servir al Rey ó á su Patria, la elección no era dudosa. Ya en campaña, su bizarría y aptitudes militares le señalaron entre los insignes campeones de la Revolución argentina.

Su educación literaria era bastante deficiente, á juzgar por esta muestra que tomo de un documento de la época *(Investigador universal de Buenos Aires)*:

—*Cuidado con Frutos*—escribe Alvear;—*por aquí todo está bien. Del Entrerios mea escrito el Governador de oficio disiéndome que de ningun modo le deje yr usté aquel punto y sean alarmado todos.*»

Pero esto de la mala ortografía es el menor de los defectos en un guerrero. Lo cierto es que Alvear, joven y apuesto, era á la sazón que vino á Chuquisaca uno de los

generales más bizarros de la epopeya americana.

En todo el tiempo que fué huésped del general Sucre, presidente de la República, arreglando el negocio de Tarija, fué Alvear el niño mimado de la alta sociedad chuquisaqueña, en especial de las mujeres.

Aún en día, la ciudad de Chuquisaca parece una ciudad española del siglo XVII. Es el suelo bendito de las intrigas amorosas, de las aventuras equívocas y de los escándalos de cierto género. Las chuquisaqueñas, bellas y seductoras, son muy amadas, y tienen verdadero placer en serlo. Los hombres son galantes y espirituales.

Así, pues, el general y diplomático argentino, á fuer de galán y enamorado, se encontraba á placer entre aquella sociedad. Ya cuando harto de vulgares andanzas, se apuntaría como Don Giovanni la *mille e tre*, amor le brindó con otra más sonada, que valía por todas.

En una fiesta religiosa, celebrada en la

iglesia de Las Mónicas—aún existente en Sucre,—á la que asistió oficialmente el mariscal de Ayacucho con lucida comitiva de militares, diplomáticos y altos funcionarios, dejóse oir la voz atiplada y melodiosa de una novicia, embargando el ánimo y la atención del auditorio.

En Chuquisaca, como en toda América—y aun pudiera decir que en todos los países de raza latina,—se es galante y espiritual á la vez. La devoción á las mujeres no es sino una manera más de interpretar el amor.

Cantaba la novicia tras el enrejado del coro, y sus melodiosos acentos, impregnados de suave nostalgia, picaban como abejas en los corazones. Decíase por lo bajo, que pertenecía á una de las mejores familias de la ciudad; que despechos amorosos la llevaron á pretender el hábito monjil; y que como hermosa, lo era en grado superlativo.

Todo esto *intrigó*, como dicen los criollos, al general Alvear. Cómo se las arre-

glaría, no se sabe; pero puso asedio á la novicia, y ésta, al cabo, se le rindió. Es decir, Alvear logró entrevistarse con ella, una vez y otra, en la misma celda conventual.

Nadie, como se supone, sabía de esto, cuando un día, al atardecer, la esquila de Las Mónicas tocó desaforada á *entredicho* (á rebato), á cuya señal se agolpó el vecindario á las puertas del monasterio, creyendo que el edificio estaba ardiendo. Así era, ó poco menos, porque las que de veras ardían eran las monjas, pero de indignación y de cólera, por tener entre ellas un hombre: el *argentino*, el general Alvear.

La cholada ó plebe chuquisaqueña es fanática sobre toda ponderación, y siéndolo ahora, júzguese lo que sería en las postrimerías del coloniaje. Adora al Dios de los cristianos como antes á Pachacamac; y curas, frailes y monjas son y siguen siendo para estos andícolas, como los amautas y las ñustas al servicio del templo del Sol.

Al saber que un hombre, un sacrílego ma-

són había profanado el santuario de las Vírgenes, la cholada se aprestó á invadir el recinto para hacer un auto de fe con el intruso, ó por lo menos lincharlo, á la moderna.

Voló la noticia al presidente Sucre, á quien costó un triunfo calmar al populacho y abrirse paso hasta el locutorio del convento, en el que estaban ya congregadas las autoridades, con el arzobispo á la cabeza. Cesó por de pronto de repiquetear la escandalosa esquila; llamóse á parlamento á la madre superiora, y entre el prelado y el presidente dieron solución al conflicto, haciendo escapar furtivamente á Alvear disfrazado de soldado.

Al otro día, muy de mañana, salía de la ciudad con no menos precauciones el argentino, por su espontánea y libre voluntad, acompañándole un buen trecho el mariscal Sucre y lucida comitiva de amigos.

Así terminó la misión diplomática en Bolivia del general D. Carlos de Alvear.

Los actos de Sucre, así en los campos de batalla como en el gobierno de la nación boliviana, revelan al soldado republicano, austero, valiente y amante de la justicia. No le valieron tan bellas cualidades. En la mañana del 18 de abril de 1828, la guarnición de Chuquisaca se sublevó contra él. Salió el presidente á reprimir el motín, y al llegar al cuartel fué recibido con una descarga á quemarropa que le rompió un brazo.

Espantado el caballo en que iba, le derribó, dejándole á merced de la soldadesca. Salvó la vida Sucre, porque el vecindario se interpuso entre él y los amotinados; pues, dicho sea en honor de los bolivianos, los que hirieron al héroe de Ayacucho fueron los granaderos de Colombia instigados por el coronel argentino Cainzo.

Sucre delegó el poder en el Consejo de ministros y se retiró, dejando escrito su mensaje de despedida para que se leyera en el Congreso que había de reunirse. En este

mensaje, de imperecedero recuerdo para los buenos bolivianos, les decía, entre otras cosas:

«Aunque llevo roto el brazo que en Ayacucho terminó la guerra de la independencia americana, que deshizo las cadenas del Perú y dió ser á Bolivia, me conformo cuando en medio de difíciles circunstancias, tengo mi conciencia libre de todo crimen... En el retiro de mi vida veré mis cicatrices, y nunca me arrepentiré de llevarlas cuando me recuerden que para formar á Bolivia preferí el imperio de las leyes, á ser el tirano ó el verdugo que llevara una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos.»

Y concluía con estas palabras que Bolivia guarda como legado:

«Aún pediré otro premio á la nación entera y á sus administradores: el de no des-

truir la obra de mi creación; de conservar por entre todos los peligros la independencia de Bolivia, y de preferir todas las desgracias y la muerte misma de sus hijos antes que perder la soberanía de la República que proclamaron los pueblos y que obtuvieron en recompensa de sus generosos sacrificios en la Revolución.»

Así herido y amargado, se retiró Sucre á Colombia, donde fué asesinado vilmente en las breñas de Berruecos.

CAPÍTULO X

DE SUCRE Á MELGAREJO

El atentado de Sucre en 1828, inició el primer motín contra el orden constitucional en Bolivia.

Á los demás presidentes les une un vínculo común: casi todos han sido caudillos militares ó políticos, que lograron apoderarse del mando, hasta legitimar su gobierno por el camino de las prácticas republicanas.

La historia de casi todas las presidencias de Bolivia son la historia de las desgracias del país, haciendo bueno lo que dice Cor-

neille: *Le pire des états, c'est l'état populaire* (1). Así se desprende del siguiente rápido historial.

* * *

El general *Pedro Blanco* fué el sucesor de Sucre. Gobernó hasta el 31 de diciembre de 1828. Al tiempo de ceñirse la banda trico-

---

(1) Son tan gráficos, tan pertinentes al asunto los conceptos en que el gran poeta francés apoya este enunciado, que no puedo resistir á la comezón de transcribirlos. Ellos, de por sí, constituyen todo un curso de Administración política americana. Dicen así:

Ces petits souverains qu'il fait pour une année,
Voyant d'un temps si court leur puissance bornée,
Des plus hereux desseins font avorter le fruit,
De peur de le laisser à celui qui les suit.
Comme ils ont peu de part au bien dont-ils ordonnent,
Dans le champ du public largement ils moissonent,
Assurés que chacun leur pardonne aisément,
Espérant à son tour un pareil tratement:
Le pire des états, c'est l'état populaire.

Cinne, Acto 2.° Escena I.

lor, cayó atravesado por las balas en La Recoleta de Sucre.

Andrés Santa Cruz. Este general, que dió muchos días de gloria á la joven República en Yanacocha, Socavaya é Iruya, tuvo la desgracia de perder la batalla de Yungay contra los chilenos. Bolivia se valió de esta oportunidad para desterrarlo, dejándole morir en el ostracismo en 1865. Gobernó hasta el 9 de febrero de 1839.

General *Miguel de Velasco*. Uno de los opositores de Santa Cruz y sucesor suyo en la presidencia. Su primer acto fué felicitar á Chile por la victoria de Yungay. Engañado y burlado por la revolución, fué víctima de la mala fortuna que ha perseguido á los presidentes de Bolivia. El 22 de septiembre de 1841, el batallón *Quinto* proclamó en Laja á José Ballivián.

El general *Ballivián* venció al peruano Gamarra en la batalla de Ingaví, la más glo-

riosa de los fastos bolivianos; pero cayó en desgracia y murió en Río Janeiro. Gobernó hasta 1847.

Isidoro Belzu. Siendo coronel había desobedecido al presidente Ballivián. Éste, en castigo, le degradó á soldado raso, y entonces Belzu amotinó su batallón y dió un susto al presidente, que escapó saltando las paredes de palacio. Cuando escaló el poder, como no salieran á recibirle en Sucre, ni el vecindario, ni los empleados públicos, que en su mayoría eran ballivianistas, exasperado decretó la cesantía de todos los funcionarios judiciales y civiles. Halagó las pasiones populares, é inauguró la época del terror dictatorial que había de llegar al colmo en el gobierno de Melgarejo.

Entendiendo Belzu que las familias más aristocráticas de la República eran enemigas de su gobierno, opuso á ellas la plebe, á la manera de Rosas en Buenos Aires. Uno y otro dictador fundaron las democracias

en sus respectivos países, pero sin educar al pueblo.

Belzu tuvo que reprimir más de cuarenta revoluciones. Hastiado de tanta guerra, convocó un Congreso extraordinario, ante el que hizo dimisión del mando, después de pintar en su mensaje con sombríos colores la situación del país. Al mencionar las insurrecciones y motines que continuamente surgían, decía:

«Revoluciones sucesivas: revoluciones en el Sud, revoluciones en el Norte, revoluciones fomentadas por mis enemigos, encabezadas por mis amigos, combinadas en mi propia morada, surgidas de mi lado... ¡Dios santo!, estoy condenado á un estado perpetuo de combate.» Recomendaba en esta memoria á las masas populares que habían sofocado las insurrecciones, y se quejaba contra la empleomanía que le asediaba, y de la falta de competencia de todos los funciona-

rios públicos, algunos de los que, ni escribir sabían.

Finalmente, después de una larga permanencia en Europa, volvió á su país y fué bárbaramente asesinado á balazos por Melgarejo en el palacio de Gobierno de La Paz en 1865. Gobernó de 1848 á 1855.

Jorge Córdoba. General también, é hijo político de Belzu. Su bondad y mansedumbre le hizo caer con todo su partido. Gobernó hasta 1857. La Revolución del 23 de octubre de 1864 volvió á encontrarle, y fué asesinado cruelmente.

José María Linares. Fué un doctor que encabezó la pugna del elemento civil contra el militar. Así todo, se valió de los soldados para derribar á su antecesor Córdoba, y él mismo no pudo mantenerse en la presidencia, aunque proclamó la dictadura.

En la mañana del 10 de agosto de 1858, un grupo apostado en la plaza de La Paz,

frente á Palacio, disparó varios tiros á las ventanas, creyendo herir á Frías. La guardia del presidente dispersó á los sediciosos, haciendo algunas detenciones. Entre los sospechosos se encontraban el franciscano fray Porcel y dos señoras. Éstas fueron desterradas, y el fraile degradado y condenado á muerte.

En noviembre se sublevó Potosí. El comandante general Narciso Campero hizo frente á los amotinados, pero fué vencido y prisionero. Una proeza casi inverosímil, un acto de heroísmo á la romana, ennobleció á este militar, con cuya amistad me he honrado á mi paso por Bolivia, y que, como se verá, llegó en su día á presidente de República.

Al ser hecho prisionero, los sublevados le intimaron á que entregase las llaves de la Casa de la Moneda y diera orden de rendirse á la guarnición allí sitiada. Campero se negó secamente, é increpó á sus guardianes porque le proponían una infamia. Le some-

tieron á consejo de guerra; lo sentenciaron á ser pasado por las armas si no cedía á la intimación, y le instaron á que salvara la vida ya que todo estaba perdido. Campero se negó á todo; le arrastraron al cadalso, le pusieron en el banquillo, le vendaron los ojos pidiéndole siempre la orden y las llaves. Resistió. Le hicieron los disparos de ordenanza, pero sin bala, y á esta circunstancia que él ignoraba, debió su salvación; porque al ser vuelto al calabozo, llegó una columna de Sucre que deshizo á los amotinados.

Á todo esto, el dictador Linares experimentaba el hastío del poder, con tantas decepciones. Llamó á su ministro de Gobierno, el Dr. Ruperto Fernández, y le dictó un decreto convocando á nuevas elecciones presidenciales. Fernández, en connivencia con los generales Achá y Manuel Sánchez, compró al ejército y dieron el golpe de Estado, eliminando á Linares y proclamando el triunvirato.

Fué la primera revolución que se hizo sin sangre.

El general *Achá* quedó por presidente definitivo. Durante su administración ocurrieron las *matanzas de Yáñez*, la página más sangrienta de la historia de Bolivia.

Durante el viaje del presidente al Sur de la República, quedó de comandante general en La Paz el coronel Plácido Yáñez, hombre de carácter irascible, enemigo de los belcistas y agente de toda confianza de Achá. Pretextando una conspiración, hizo presos al ex-presidente Córdoba, tres generales, varios jefes y oficiales, 27 soldados y algunas *rabonas* (vivanderas de ejército). Luego, con achaque de que un grupo disparó sobre la guardia que vigilaba á los presos, los mandó fusilar á todos en el patio del cuartel, sacándolos de las camas donde estaban durmiendo.

Al mes de estos sucesos, el pueblo de La

Paz pidió la cabeza de Yáñez; la guarnición hizo causa común con el paisanaje, y asaltó el palacio donde aquél se aposentaba. Trató de huir por los techos; pero alcanzado por una bala, cayó al patio de una casa vecina, de donde, sacado por el populacho, fué arrastrado por las calles.

Achá gobernó hasta mediados de diciembre de 1864. En esta fecha, los amigos de Ballivián invitaron á Melgarejo á que encabezara la sublevación. Éste lo hizo, con su habitual arrojo; se apoderó del cuartel de rifleros y atacó en seguida el palacio de Achá; pero sin tener en cuenta á Ballivián, él mismo se proclamó presidente provisorio.

El gobierno de Melgarejo merece capítulo aparte.

CAPÍTULO XI

MELGAREJADAS

Cuando la América del Sur parecía olvidarse de Rosas y del Dr. Francia, encarnaciones de la dictadura ciega y brutal en aquellos países, cata ahí que aparece en escena *Mariano Melgarejo*, un pretoriano empingorotado á la presidencia de Bolivia.

Este personaje es casi de nuestros días, pues gobernó de 1865 al 71.

Su nombre, como el de tantos presidentes de Repúblicas americanas, es el símbolo del caudillo militar exaltado al poder, sin más méritos que su audacia. Hizo del mando una sangrienta orgía, y la historia de su administración es la vergüenza de Bolivia.

Durante su administración hubo de pre-

sentar una reclamación diplomática el ministro inglés; mas como no fuese atendida, y para mayor ignominia el presidente hiciera pasear al ministro en un pollino como reo con coroza, Inglaterra, ante la imposibilidad de ejercitar la acción armada, borró de los mapas oficiales el nombre de Bolivia, poniendo en el claro que dejaba la carta geográfica esta inscripción: «País habitado por salvajes.»

* * *

La primera *melgarejada* ó pronunciamiento, pues ambas palabras son sinónimas en Bolivia, hízola Melgarejo siendo sargento nada más.

Hábil factor de motines cuarteleros, cada uno de éstos le valía un ascenso ó la postergación, según las cosas venían bien ó mal dadas. De sargento á capitán; de capitán á soldado; de soldado á general.

En una de tantas escapadas que hubo de

hacer para librarse del rigor de las Ordenanzas, iba el sargento Melgarejo solo y á pie por caminos extraviados para refugiarse en Chile, cuando tropezó con un cura, caballero en una buena mula.

Apremiado por las circunstancias, el infante hizo apear al jinete con la persuasiva elocuencia que el mendigo pidió limosna á Gil Blas; tomó el nombre del cura, disculpó su proceder en pocas palabras, y con la promesa del reintegro futuro, picó espuelas en dirección á la frontera.

El buen clérigo se consoló al cabo del despojo, con la caritativa idea de haber salvado la vida á un pobre diablo; y al mes, así se acordaba del soldado como del preste de las Indias, y de la promesa que le hiciera, como del mentir de las estrellas.

Pasaron algunos años. Ya Melgarejo hacía mangas y capirotes de Bolivia, cuando se presentó una comisión militar en apartada feligresía de indios, preguntando por el *tata* aquél.

(Tata ó padre es voz quichua con que se llama á los sacerdotes.)

Oir el cura la orden de comparecer ante el dictador y azorarse y ponerse á temblar como un enfermo de tercianas, fué todo uno. Creyéndose víctima de alguna delación calumniosa, el buen cura dió un adiós á sus montañas y se dejó llevar por la escolta.

Aún no le había vuelto el resuello al cuerpo, que se vió ante D. Mariano. Quien recibió al tata con tanto agasajo que acabó por desconcertarle.

—Dígame, tata—acabó por decirle el presidente:—¿Se acuerda usted de tal día hará un año, cuando usted venía y un sargento iba por el mismo camino; y el cura iba jinete en un animal y el soldado á pie, y al separarse se invirtieron los papeles? Quiero decir, que usted se quedó sin mula y sin alforjas, porque el *milico* se las llevó con su bendición.

El cura hizo memoria y, atando cabos,

comprendió que el sargento de antaño era el presidente de hogaño; pero creyó más prudente disimular.

—Señor...—balbució,—¿quién sabe?... Transcurrió tanto tiempo...

—Tranquilícese usted—dijo el general;—Melgarejo es hombre de palabra y agradecido. Melgarejo presidente, pagará la deuda de Melgarejo fugitivo. Pida el tata lo que quiera.

—Mi general..., ¿quién se acuerda de aquello? ¿De lo que pasó *hace marras*? No hubo para tanto.

—Pues bien, yo proveeré—repuso Melgarejo para abreviar el diálogo. Y mandó á un edecán:

—Á D. Mariano, que venga.

Este otro D. Mariano era Donato Muñoz, secretario general y único ministro del dictador, quien le hizo extender un nombramiento de canónigo de La Paz á favor del cura.

* * *

Al año siguiente de su proclamación, aprovechándose de la ausencia de Melgarejo, el general Isidoro Belzu entró en La Paz, sublevándola y proclamándose presidente.

Sabedor Melgarejo de este acontecimiento, regresó desde Oruro, sacrificando en el camino al coronel Cortés, para atajar la desbandada de su ejército, que iba pasándose á Belzu.

Llegó á La Paz y la encontró erizada de barricadas. Inició el ataque por ocho partes distintas; pero á lo mejor se vió abandonado de los suyos, dejándole sin más compañía que la del coronel y edecán suyo, Narciso Campero, de quien hablé antes.

Viéndose traicionado, Melgarejo trató de suicidarse, de lo que le disuadió su ayudante, aconsejándole jugara el todo por el todo y consiguiese ver á Belzu.

Con este propósito entraron juntos en la plaza, camino de palacio, donde estaban festejando el triunfo.

Desde uno de los balcones veía venir

Belzu á Melgarejo, con la natural fruición del vencedor que se prepara á recibir la espada del vencido.

Entra Melgarejo en palacio; cruza el patio por entre grupos de soldados, á quienes impone todavía con su prestigio y su figura; sube la escalinata y llega al primer rellano. Á pocos pasos le esperaba Belzu ufano, al frente de la oficialidad.

En esto, uno de los edecanes del presidente, de nombre Machicado, en el paroxismo de la embriaguez insulta groseramente á Melgarejo, llegando á amenazarle con una pistola. Echa mano á la suya el otro, y al primer disparo tiende á sus pies al insolente oficial. Luego, airado y frenético, se encara con Belzu y lo mata de otro pistoletazo.

Corre en seguida á la galería que daba al patio, lleno de tropa, y grita á los soldados con aquella su voz estentórea, acompañada de imponente ademán:

—¡Soldados, Belzu ha muerto! ¿Quién vive ahora?

—¡Melgarejo! Viva Melgarejo—responden todos.

Con este rasgo de audacia, de los más notables que registra la historia de América, Melgarejo recobró el poder.

* * *

Pues otra vez, cuando en América repercutían los desastres de Francia (en la guerra del 70), el vecindario de Chuquisaca se alborotó con el repentino toque de llamada y botasillas á la carrera, á hora inusitada de la noche.

El soldado boliviano es el primero de Sud-América. Es como ninguno, sufrido, paciente y sumiso. El indio arrancado á sus costumbres de ocio y de inercia sufre con estoica resignación las recias fatigas del hombre de armas. Atraviesa el más ardiente arenal y la más helada puna á marchas forzadas.

En la ocasión á que me refiero, á los po-

cos momentos estaban los batallones en la plaza esperando órdenes. Generales, jefes y soldados, nadie sabía por qué ni para qué se les hacía formar.

Pronto salieron de dudas. Por un ángulo de la explanada apareció el dictador, á quien sus soldados conocían de lejos por su afición á los uniformes carnavalescos; costumbre genuinamente americana y bastante antigua, pues las crónicas cuentan de un uniforme de gala del general Sucre, interceptado días antes de Ayacucho, que fué regalado al tambor mayor de un regimiento español. En aquella noche de luna se presentó Melgarejo al galope de su famoso *Holofernes*, dando al aire los vuelos de su capa colorada y las plumas de su tricornio de general.

Seguido de su Estado Mayor pasó por entre los batallones, acabando por ponerse al frente de la fuerza y dar la orden de marcha. Y así anduvieron toda la noche y parte de la madrugada, desafiando el frío de la

altiplanicie, sin que nadie supiera aún á dónde iban.

Tampoco lo sabía Melgarejo. La víspera le había dado la borrachera por ir á ayudar á los franceses, y sin más ni más, por sí y ante sí, sacó la tropa de los cuarteles... para llevarla á Francia.

Los edecanes conocían demasiado cómo las gastaba su Excelencia para atreverse á interrogarle, ni abrir los labios antes que él lo hiciera. Pero con el frío de la mañanita, Melgarejo se hizo más abordable, por lo que uno de sus íntimos se atrevió á preguntarle:

—Excelencia, ¿se puede saber á dónde vamos?

—Á Francia.

—¿Á Francia? Pero, Excelencia, esto está muy lejos... ¿Y por cuál camino?

—Á Francia por el *desecho* (por el atajo).

—Pero, señor, hay que pasar el curiche grande (el mar).

—No importa—replicó Melgarejo;—á Pa-

rís por el desecho, á ayudar á nuestros hermanos contra los alemanes.

Y como la aventura de los batanes, terminó ésta al salir el sol, hora en que volviendo en sí su Excelencia, mandó volver grupas y desandar lo andado.

* * *

En todas las reuniones de Bolivia hay la costumbre de *obligar*. Como de esto hablaré luego, adelantaré que *obligar á una persona* es hacerle beber una porción de licor igual á la que ha bebido el que hace la invitación.

Con motivo de ser el santo de su concubina, la arrogante Juana Sánchez, dió Melgarejo un gran sarao en palacio, al que asistió la crema de la capital.

Melgarejo era mestizo, cholo cochabambino; de constitución hercúlea y luenga barba; vehemente en sus pasiones y exagerado en sus vicios, en la bebida sobre todo.

Se comprenderá fácilmente que en una fiesta como aquélla había de echar el resto. No se daba punto de reposo yendo de rueda en rueda, *obligando* á todos y haciendo los honores de la casa con esa amabilidad y llaneza de los anfitriones americanos, de que no puede formarse idea el europeo que no haya pasado el Atlántico.

En una de tantas obligadas, cayó Melgarejo en un corro masculino á tiempo que un soldado comparecía con la *charola* (bandeja) cargada de vasos de cerveza. Cogió uno el presidente, y con la fórmula sacramental de *¿Tomaremos?*, obligó á todos, y todos le pagaron. Todos, menos uno; alto magistrado de la Suprema Corte y hombre muy sobrio y muy metódico.

Melgarejo advirtió la abstención y le dijo:

—Doctor, le obligo.

—Está bien, señor presidente; le pagaré con una taza de chocolate.

—¿Chocolate? — exclamó Melgarejo. — Que le sirvan chocolate.

Al poco rato volvió á envidar el presidente y á pagarle el magistrado con sorbos de soconusco. Y esto se repitió por séptima ú octava vez, pues el dictador bebía cerveza como agua; aparte que si es fácil repetir las libaciones de un licor cualquiera, no lo es atiborrarse de chocolate, que á la postre ha de resultar empalagoso y provocar á náuseas, magüer que Linneo le llamara *teobroma*, manjar de los dioses.

Tal sucedió con nuestro convidado, al que un color se le iba y otro se le venía á cada nueva obligada del anfitrión, sin que pudiera escabullirse; pues, como niña bonita que tiene comprometidos todos los bailes del programa, así él estaba sujeto á cumplimentar los brindis anticipados de su Excelencia. Brindis ú *obligadas* que para el doctor eran obligatorios; porque ¿quién se atrevía á desairar al César de Bolivia?

Ya cuando hidrópico, casi congestiona-

do y á punto de reventar, vió aparecer el cangilón, que no jícara, número nueve ó diez, hubo de *pedir pita* (capitular) y exclamar con ojos de carnero degollado:

—¡Excelencia... señor... que no puedo más!

—¡Vaya usted mucho con Dios, seor marica!—dijo Melgarejo, dándole pasaporte de un puntapié en el sitio que termina la espina dorsal, con la punta de su bota granadera.—¿Chocolatito, eh? Otra vez póngase polleras y vaya á tertuliar con las mujeres.

Y el grave, el sesudo sacerdote de Thémis, aunque corrido por el exabrupto presidencial y las carcajadas de los conmilitones de Melgarejo, salió como ánima del purgatorio, ó si se quiere, con la alegría de mosca que á duras penas pudo alcanzar los bordes del plato de leche en que naufragara.

* * *

Acabó Melgarejo derribado por un motín militar que encabezó el coronel Agustín Morales. Refugióse en Lima, y en esta ciudad murió asesinado por el hermano de su querida: el general y favorito suyo José Sánchez.

CAPÍTULO XII

CONCLUYE LA NÓMINA PRESIDENCIAL

Agustín Morales, vencedor de Melgarejo, fué proclamado presidente provisional, cargo que aceptó hasta la reunión de las Cámaras. Ya sabemos cómo hizo bailar á los diputados cuando éstos tomaron en serio su renuncia de la Presidencia. En aquella noche de la clausura de la Asamblea, Morales estaba excitado de cólera y cometió varios atropellos en su palacio. Viendo su sobrino, el coronel La Faye, que trataba de arrojar por la ventana á uno de los edecanes, se interpuso y fué insultado groseramente por su tío. La Faye le descerrajó dos tiros y lo mató.

Con la inesperada muerte de Morales, los

asambleístas, que andaban huídos, volvieron á reunirse, bajo la presidencia del Doctor Tomás Frías, que por esta razón tuvo que encargarse de la Presidencia de la República hasta la proclamación del nuevo mandatario.

Fué éste el coronel *Adolfo Ballivián*, hijo del vencedor de Ingaví. Gobernó el país trayendo á la memoria los días bonancibles del período administrativo del general Sucre; pero corto fué su mando. Consumido por una enfermedad incurable, dimitió el poder en manos del presidente del Consejo, Tomás Frías.

Por segunda vez, y en cumplimiento de la Constitución, Frías se encontró á la cabeza del Gobierno. Tampoco le dejaron en paz, por más que era presidente interino, hasta tanto llegaba la época de elegirse al presidente de la República. Hilarión Daza, jefe del batallón de Los Colorados, que tenía ma-

yores probabilidades de triunfar por estar apoyado en el ejército, desconfió de las elecciones y se apoderó del mando (4 de mayo de 1876).

Hilarión Daza, mestizo cochabambino como Melgarejo, siguiendo la tradición de los que usurpaban el poder, se proclamó presidente provisorio. Comenzó desde entonces el desorden en la Administración y el despilfarro de las rentas fiscales. El 14 de febrero de 1877 la Asamblea gravó con el impuesto de diez centavos á cada quintal de nitro (guano), y ese gravamen sirvió de pretexto á Chile para declarar la guerra. Sin aceptar las explicaciones de Bolivia, ni el arbitraje propuesto por el Perú, los chilenos ocuparon el puerto de Antofagaste sin previa declaración de guerra.

La noticia de la ocupación de Antofagaste se supo en Bolivia diez días después, porque Daza ocultó la noticia. Declarado el

casus fœderis, la República se alió con el Perú. Hilarión Daza, en vez de marchar á la defensa del litoral boliviano, partió á Tacna á combatir á los chilenos; pero al llegar á Camarones retrocedió, sea por temor de perder la presidencia de Bolivia, sea por otros motivos. Esta retirada, con sospechas de traición, determinó su caída; porque el ejército, que deseaba ir al encuentro del enemigo, lo depuso, obligándole á expatriarse.

Vuelto á Bolivia en febrero de 1894, fué asesinado en Uyuni por los oficiales Mangado y Castillo, según lo dice la sentencia judicial.

Á Daza le sucedió el general *Narciso Campero*, llamado por el Congreso á Bolivia para hacerse cargo del mando supremo después de la derrota en La Alianza del ejército confederado. Campero administró con tino y honradez, hasta entregar el poder consti-

tucionalmente á *D. Gregorio Pacheco* (1884-1888), al cual sucedieron normalmente *Aniceto Arce* (1888-1892), *Mariano Baptista* (1892-1896) y *Severo Fernández Alonso*. Los cuatro últimos pertenecían al elemento civil.

Al cabo de los años, en 1898, estalló una insurrección militar en La Paz á nombre del partido liberal, teniendo por caudillo al coronel Pando. Venció La Paz á Sucre en la batalla del Crucero, y desde entonces el Gobierno se ha establecido en la primera de esas ciudades.

Á Pando sucede el coronel *Ismael Montes* en 1905, luego *Guachalla* en 1909, y habiendo muerto éste, vino *Heliodoro Villazón* en 1910.

* * *

En medio de tanto desbarajuste, Bolivia conserva inquebrantable la fe en sus destinos. Las palabras del legado de Sucre:

«Conservar por entre todos los peligros la independencia de la República», están grabadas en todos los corazones bolivianos.

El sentimiento patriótico es la característica de todos los pueblos jóvenes; pero en América raya en la exaltación. Los criollos dicen: soy argentino, soy chileno ó soy boliviano, con la arrogancia que los romanos decían: *Civis romanus sum.* El hogar y la escuela imbuyen en el niño las nobles ideas de amor á la patria y de orgullo nacional, como dogmas de instrucción cívica.

La larga práctica de las costumbres republicanas imprimen carácter austero al ejercicio de los poderes constitucionales, incluso el ejecutivo.

Es más fácil conseguir audiencia del presidente de Bolivia que del alcalde de Madrid. En cuanto á los ministros, no hay más que llamar á la puerta del despacho y hablar con ellos. Nada de antesalas, ugieres y porteros galoneados y entonados. Secretarios, oficiales mayores y jefes de sección

resultan menos petulantes y engreídos que los covachuelistas del último Gobierno civil de España.

El presidente de la República, entre otras preeminencias, es capitán general del Ejército y patrono de la Iglesia nacional.

Los mayores honores que se le tributan es cuando la inauguración del Congreso. La comitiva se forma en Palacio y sale á pie. La forman todos los empleados civiles, altos y bajos, magistrados y jefes de ejército. Van en dos filas, yendo en medio las banderas, que llevan los ayudantes de batallón. Al último, el presidente con los ministros y edecanes. Presidente, secretarios de Estado y magistrados visten de frac, distinguiéndose el primero por la banda tricolor que cruza su pecho.

Llegado al Salón legislativo, se sienta en la mesa presidencial, lee el Mensaje ante los representantes, y se va en igual forma que vino.

Cuando asiste oficialmente á una función

religiosa, es recibido á la puerta de la Catedral por un canónigo que le da el agua bendita en acetre de plata, y luego le acompaña á un sitial puesto al extremo de la nave. En bancos laterales se sientan al frente los de la comitiva. Todo el adorno del sillón del presidente es un cojín de terciopelo para arrodillarse y una mesa-reclinatorio con un tapiz y un misal abierto. Durante el oficio el canónigo señala al presidente los pasajes de la misa, por si éste quiere enterarse de los latines que reza el celebrante. Á su tiempo acude el diácono á incensarle y á darle la paz.

Estos son todos los honores eclesiásticos que se le tributan, menores, sin duda, que los de los antiguos virreyes y capitanes generales de Indias, que tenían guardias de corps y ceremonias iguales á los reyes en Madrid.

Da la medida de la etiqueta oficial cuando el coloniaje, lo que se cuenta de los oidores de Audiencia, título correspondiente

al de relator ó magistrado de Sala de nuestros días. Tal era el respeto del pueblo hacia estos magistrados, que, según se dijo ingeniosamente, «había que empeñarse con el Rey para que al Santísimo Sacramento se le diera el título de oidor, á fin de que en sus visitas á los moribundos tuviera mayor y más lucido acompañamiento» (1).

En cambio, magistrados, jueces y abogados de Bolivia asisten de paisano en los estrados, sin toga ni birrete. Gracias que vistan de negro, clásica indumentaria de la gente de justicia en todos los países.

---

(1) La Audiencia de Charcas se estableció en 1559. Sus miembros fundadores fueron: Atienzo, Haro, Recalde, Ortiz, bajo la regencia del licenciado Pedro Ramírez de Quiñones. El gobernador intendente de Charcas tenía el título de presidente de la Audiencia. Después de la de Lima, la Audiencia de Charcas era la más importante de Sud-América.

CAPÍTULO XIII

EL SOLDADO BOLIVIANO

Quince años sin tregua ejercitaron el valor indómito de los patriotas del Alto Perú. Los campos de Aroma, Suipacha y Vilcapugio presenciaron la derrota de las tropas realistas, sorprendidas por las rápidas maniobras de las *montoneras* ó guerrillas. Cuando los auxiliares colombianos pisaron el suelo de Bolivia, la naciente República tenía ya un núcleo aguerrido de combatientes.

El Gobierno del general D. José Ballivián marca la época más notable en la historia de las glorias nacionales y de la legislación militar.

Hasta el año 43 regían las Ordenanzas españolas por falta de un código propio y ade-

cuado á las instituciones del país y del sistema republicano; mas el supremo decreto de 15 de febrero de aquel año puso en vigencia el Código Militar para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de los ejércitos de la República Boliviana.

En consecuencia fueron abolidas las Ordenanzas españolas en todas sus partes, y las doctrinas y reales órdenes de la obra de Colón que abrazaban todos los casos relativos al juicio militar, quedaron sólo como fuente de consulta en los puntos dudosos y que no estuvieran en oposición con el nuevo Código.

Á Belzu se deben algunas iniciativas de utilidad. Por orden del 21 de septiembre de 1853 prescribió que «por ningún motivo se altere la táctica española» hoy en vigor en Bolivia, con las modificaciones del caso; y prohibió el matrimonio de los oficiales, sin ciertas condiciones, para garantizar su bienestar y decoro.

Cayó Belzu y con él la mayor parte de

sus trabajos militares, que fueron reemplazados por la rutina, pues todo el ahinco de las administraciones posteriores se dirigía á captarse la voluntad del soldado, comprando su afecto para afianzarse y sin acordarse de la Patria sino cuando lo necesitaba su propio interés. La disciplina, la moralidad y la instrucción decaen rápidamente, y en cortos años de relajación hay en vez del ejército de la ley, pretorianos y genízaros que venden el mando supremo al que mejor lo paga.

Sólo el valor militar sobrenada en ese naufragio; pero distraído de su objeto, se vuelve contra la Patria, siembra el terror en las familias y comete tan horribles crímenes que muchas veces justifica á los soñadores que quieren la supresión de las fuerzas permanentes.

Se ven casos inauditos de indisciplina.

En una ocasión, habiéndose un soldado dormido en su guardia, el coronel lo hizo amordazar, atar á un poste y darle de lati-

gazos, hasta que hubo muerto. Entonces, otro soldado gritó: ¡Viva la Revolución! Todo el batallón repitió este grito. En un momento, los sediciosos pasaron por las armas al coronel y á todos los oficiales y se derramaron por la ciudad dando vivas á favor de un general que pretendía la presidencia.

Á causa de una de estas azotainas, que se prodigan en los cuarteles de Sud-América, como antes las carreras de baquetas en los nuestros, es célebre en Bolivia *El Cóndor del Batallón de Colorados.*

Á tenor de una cláusula del Código militar de Ballivián de este país que autoriza la paga de un guitarrero y animales domesticados para recreo de los soldados, tenía aquel batallón un cóndor (1) que le seguía en sus marchas y bajaba el vuelo donde

(1) Los criollos dicen *cóndor* y no condor como se empeñan en pronunciar muchos en España, especialmente los poetas, sin duda por la fuerza del consonante.

aquél acampaba. Esta ave tenía ración de soldado, conocía á la tropa y mostraba preferencia por el individuo que le daba la ración de carne. Como en Bolivia subsiste, como se dijo, la pena de azotes en la milicia, sucedió que el racionero del cóndor hubo de ser castigado á la flagelación. En el preciso momento que atirantado descargaban varazos sobre las nalgas del soldado, acudió el cóndor á ampararle con sus enormes alas. El cabo apaleador no tuvo tiempo de atajar uno de los golpes, y sin querer dió en el cóndor. Éste dió un graznido de dolor y de rabia, pudo remontar el vuelo y desde entonces se perdió de vista.

Casi todo el contingente militar lo dan los indios y los cholos.

Los *españoles*, como se llaman los criollos en su filiación, forman la guardia nacional y se añaden al ejército sólo en caso de guerra. Ese vicio de origen, causa del descrédito militar, es, en cambio, lo que hace del soldado boliviano el primero de Sud-

América. Más disciplinado que el soldado de Bolivia será sin duda el de muchos países, pero más sufrido y más estoico, ninguno. Diez ó doce leguas por sendas escarpadas, son una jornada que el indio vence á pie, sin experimentar cansancio ni fatiga. Un poco de *coca*, de maíz tostado ó de papas cocidas le basta para alimentarse y adquirir nuevas fuerzas; y después de largas jornadas, en medio de su desnudez y privaciones, pelea en los momentos de combate, siempre que sus jefes le den el ejemplo y pueda después folgar con sus rabonas.

La *rabona* es la compañera del soldado, aunque no siempre sea la legítima, pues hay muchos que dejan su cuya en el pueblo y toman su rabona, que viene á ser la mujer en campaña. En el ejército boliviano no hay cantineras, ni hacen falta, desde que cada guerrero tiene una sirviente que le prepara la comida en marcha, en los campamentos y en el cuartel. En esto se parecen á los lansquenetes de Wallenstein.

La rabona es tan sufrida como el soldado. Le sigue á todas partes y le acompaña en sus marchas por largas y penosas que sean. El indio, que soporta toda fatiga, no aguanta la falta de su rabona. Cuando algún jefe ha querido impedir la compañía de esas mujeres, hase notado que el soldado estaba violento y que las deserciones se multiplicaban.

Lo más que se ha podido conseguir, es que se cumpla una orden dada por Severo F. Alonso, siendo ministro de la Guerra (1893), por la que se prohibió á las rabonas dormir en el cuartel, estableciéndose por primera vez el rancho.

Con excepción de la puesta de uniforme, los soldados visten de ordinario traje de paño burdo, chacó y *ojotas* ó alpargatas de cuero. En su aire y en su marcialidad tienen mucho parecido con nuestros soldaditos en campaña, sólo que son infinitamente más sucios. Así se explica que en las bocamangas de la chaqueta hayan de ponerles tres

ó cuatro botones de metal, para que escarmienten cada vez que con ellas se limpian las narices, expediente que no es nuevo en la milicia, pues lo mismo hizo Federico el Grande con sus granaderos.

La oficialidad sale de un Colegio militar, pero muchos de los jefes son militares improvisados, por obra y gracia del Poder ejecutivo. De sargento á mayor los nombra el ministro de la Guerra; para coroneles, el Senado presenta una terna al Ejecutivo, y los generales los nombran las Cámaras en terna de coroneles. En mi tiempo había un artillero alemán y un capitán francés de Dragones, como instructores de las respectivas armas.

Había también un oficial español, que tan siquiera había sido soldado en España. Era un aventurero, andaluz de nacimiento, que montaba muy bien á caballo y sabía esgrima.

Llegó á Sucre cuando yo tenía el Colegio abierto, y quiso que le cediera local á fin de poner una sala de armas. Como nada me

costaba complacerle, le di gusto. Se anunció en el periódico, arregló la salita con cuatro trapos, y por todo trofeo cuatro floretes, dos sables y manoplas y caretas. Vínole Dios á ver, porque tuvo más alumnos que quiso.

El prefecto y comandante general de Chuquisaca, en cuanto se enteró de la habilidad de Cándido Ávila, que así se llamaba el paisano, se apresuró á contratarlo para que enseñara el manejo de sable á los oficiales de la columna. Por aquellos días se instaló el Gobierno en Sucre, y el ministro de la Guerra brindó á Ávila con igual oferta, con destino al Ejército.

Y para darle más autoridad en el cuartel, le nombró de golpe y porrazo teniente de Artillería. Y era de ver al amigo Ávila luciendo su uniforme, en paradas y revistas, al pie del cañón, cuyo mecanismo sabía menos que el cabo de la batería.

En poco tiempo ascendió á capitán, y con este empleo le volví á ver en el lejano Beni, mandando una compañía de la columna ex-

pedicionaria. En aquel clima ardiente, Ávila siguió abusando de la bebida como en Sucre, y esto lo mató. Pescó una fiebre maligna que en pocos días se le llevó al otro barrio.

Si no se muere, ahora sería mayor ó coronel del Ejército boliviano, porque era muy valiente, muy enamorado y gran bebedor, tres condiciones que le hacían muy simpático á los criollos.

CAPÍTULO XIV

EL ANDÍCOLA ALTOPERUANO

Hubo un tiempo que en la vasta planicie de los Andes, del seno del Lago Titicaca que se alimenta con las nieves del Illimani y del Sorata, brotaron como por encanto dos hijos del Sol: Manco Cápac y Manca Ocllo, su hermana y compañera, fundadores de un vasto imperio.

La tradición, los monumentos gigantescos como las pirámides de Egipto, atestiguan su poderío y civilización. Sus leyes, su religión, sus usos y costumbres, los asemejan á Roma y á Egipto. Este imperio conquistado por Pizarro, cayó para no levantarse más.

El aborigen, el indio peruano, al perder su

independencia, perdió también su libertad. Durante tres centurias fué obligado al duro trabajo de explotar las riquezas de su suelo virgen, sin más retribución que el dominio de las tierras que cultivaba con el sudor de su frente.

Puesto bajo la bárbara opresión y vigilancia de los caciques de sangre, era el ser más desgraciado y abyecto en el coloniaje. Considerado como un medio de especulación, labraba la tierra para los conquistadores; hacía las veces de bestia, transportando á hombros pesadas cargas, á grandes distancias y al través de malos caminos. Los trabajos más insuperables se allanaban con el martirio de ese miserable; los servicios más difíciles, los prestaba ese desgraciado.

Siempre el trabajo que aniquila las fuerzas; siempre el sufrimiento que embrutece al hombre. Los castigos crueles, las represiones continuas degradaron de tal suerte á este infeliz, que se puso al nivel del antiguo ilota de Esparta.

Sér abyecto, sin los consuelos de la religión, sin el amparo de las leyes tutelares, sin las dulzuras de la civilización, perdió hasta los sentimientos naturales de amor al prójimo, de sociabilidad y de estímulo.

Con el furor del salvaje se levantó implacable, temerario, en 1780, sembrando la desolación y el espanto en todo el Alto Perú. Á esta época se refiere el célebre *Cerco de La Paz*, que duró cien días y que el indio sostuvo sin más armas que la desesperación, sin más esfuerzos que el odio, sin más esperanzas que el exterminio de los blancos (1).

---

(1) La resistencia de la ciudad de La Paz, defendida por el brigadier D. Sebastián de Segurola (guipuzcoano, ascendiente materno del que estas líneas escribe), salvó el Alto Perú; pues si no hubieran tenido los indios que reconcentrar sus fuerzas para el cerco, probablemente se hubieran apoderado de todo el territorio.

Descendiente del brigadier vascongado fué también D. José Ballivián y Segurola, uno de los mejores presidentes de Bolivia.

Su derrota le redujo á peor condición. Dobló impasible como el carnero el cuello, para que el verdugo lo cortara. La sangre corrió enrojeciendo las acequias de la ciudad; quemaron sus cabañas, destruyeron las sementeras. Su caudillo *Tupac Catári* fué descuartizado vivo en los altos de La Paz, después de ver ahorcar á su mujer, la valerosa Bartelina Sisa, que por su estrategia y presencia de ánimo era respetada como jefe por los naturales.

Ni una lágrima, ni un suspiro les arrancó el suplicio; ni el dolor ni el miedo se reflejaron en sus semblantes. Es que Tupac y Sisa creían iban á resucitar de la tumba, para volver á combatir con más pujanza.

La superstición era la religión dominante del indio peruano. Creía en los augures, en los sueños; vaticinaba por los signos; hablaba con los genios ocultos. Su Dios era el Sol. Sus vírgenes, como las vestales de Roma, guardaban el fuego sagrado. Tenía su calendario en las estaciones de la luna, ó las cal-

culaba por las estrellas. Era astrónomo como el árabe.

Más civilizado que los aborígenes del Asia, era digno de mejor suerte. Más dócil, más inteligente y menos feroz que otros hermanos suyos de América, era digno de ser instruído en las artes; era capaz de civilizarse.

En la guerra de los 15 años por la independencia, derramó su sangre con los patriotas; murió como éstos en el martirio, y como ellos tuvo sus glorias. La patria cambió de nombre al verdugo del indio, llamándole *corregidor*.

España lo dejó con su miseria, con sus preocupaciones, con su servilismo, y así sigue. Siempre la misma dura servidumbre pesa sobre el pobre indio, enervado por el dolor, por la miseria y por la ignorancia. No hay escuelas ni hospitales para los indígenas, pero éstos tienen que ayudar á su erección. La iglesia está por caerse, pero ellos han de trabajar las chacras del cura. Después, las

frecuentes suscriciones conocidas con el nombre de *derramas* para la recepción de las autoridades, los servicios incesantes al prefecto, al subprefecto y á los caciques.

Todo es del Estado, nada del indio; todo del propietario, nada del colono.

El amo ejerce sobre el indio un derecho de dominio absoluto. Lo fleta como una bestia para el servicio doméstico con el nombre de *pongo*, y se queda con el salario que éste gana. Criado del último y más ínfimo de los criados de la casa, el pobre indio sufre el mal trato de la cocinera, del ama de llaves, del mayordomo, de los niños del patrón. Infatigable en su servicio, despierta al rayar la aurora, á cuidar de la limpieza de la casa, á traer leña, á portear las inmundicias á hombros.

El perro, el caballo, son también amos á quienes servir. En los momentos de descanso está en la ocupación constante de acarrear agua. Viene la noche, y el infeliz ha de hacer centinela, acurrucado en la puerta, es-

perando á las trasnochadores que vengan á casa.

Y el rencor, la rabia, los ultrajes de todos estallan contra él. El indio, en vez de responder con imprecaciones á los peores tratamientos, replica dulcemente: —*¡Tatay!*— como un hijo que se duele de la indignación paterna.

Después de ocho días de servicio vuelve á su choza. El cobro de las contribuciones, la persecución de los alcaldes le obligan á nuevos viajes y fatigas. Por fin le dejan en paz, con su mujer y sus hijos.

Entonces cuida el ganado, lo trasquila; hila lana, teje sus vestidos, les da color, fabrica su sombrero y hace sus sandalias. Sus frugales alimentos, que él mismo cultiva, son la *cañagua*, la *quínoa* y la *coca*, hoja misteriosa que le vivifica y le da valor para los más duros trabajos, para las marchas más forzadas. Anda diez y seis leguas, acompañando el paso de un caballo; sube las montañas más escarpadas sin fatigarse; soporta

el hambre y la sed muchos días, con sólo mascar coca.

Habita en su humilde rancho, en las regiones más frígidas, al pie de los nevados y de las cordilleras. Atraviesa en su esquife de totora el lago Titicaca y pesca. Cría la alpaca, cuya lana es tan apetecida por el comercio. El asno y la llama son sus bestias de transporte.

Busca la quina en el fondo de las montañas más impenetrables: la corta, la saca en hombros hasta los poblados, y de allí la conduce en bestias para la especulación y el comercio.

De nadie necesita para vivir; todos tienen necesidad de él. Nació para ser libre y vive esclavizado.

Todos los caminos que atraviesa el territorio de Bolivia están abiertos por la prestación personal de los indígenas. Sin herramientas y sin máquinas allanan montañas, cubren precipicios, escalonan sierras escarpadas. Caminos, industria, comercio, todo

es facilitado por el trabajo de ese infatigable obrero.

Si el indio resiste, es, como antes decía, gracias á la coca.

Muchos trabajos en los que el blanco sucumbiría, como el de las minas en las frías cordilleras, donde se trabaja día y noche para sacar el mineral, amalgamándolo luego con los pies para extraer el metal, los hacen los indios sin más descanso y refacción que mascar coca.

Ésta ha sido siempre para ellos una planta sagrada. Se encuentran en la Historia de Bolivia y del Perú mil pruebas de la religiosa adoración que le tributaban los aborígenes. El sacerdote que ofrecía el sacrificio en honor del Sol, perfumaba el templo con hojas de coca, y mascaba algunas antes de consultar el oráculo. Los favores de la fortuna, la curación de las dolencias y aun los triunfos del amor, no se obtenían sino por la intervención de esta planta, celeste talismán cuyo uso se reservaron por mucho

tiempo los incas, como exclusivo privilegio de su divino origen.

La experiencia ha probado que estas aparentes supersticiones eran el fruto natural del agradecimiento de un pueblo que había encontrado siempre en esta planta la curación de sus enfermedades y el reparo de sus fuerzas agotadas.

Los indios mascan la coca mezclándola con una pequeña cantidad de una substancia alcalina, *llucta*, hecha de ceniza de molle, espinos y otros vegetales, amasada á veces con papas molidas. Llevan siempre consigo una taleguita con la provisión de hoja, y la pellizcan de cuatro á seis veces al día.

Sin voz para quejarse, sin fuerza para defenderse, sin recursos para demandar y obtener justicia, viven los descendientes de Manco, entregados á la más profunda melancolía, vistiendo el negro ropaje del dolor,

buscando las altas y nevadas cumbres de las montañas.

Las doloridas voces de la *quena* ó flauta peruana, de la que volveré á hablar después, son el llanto con que el indio expresa su dolor, su abyección y su abatimiento. Allí, en las escabrosas alturas, con sones fúnebres y sepulcrales, repite endechas y sentidas quejas.

El indio está identificado con la quena por natural consecuencia de su estado. Raras veces hace sentir durante el día sus patéticos sones; espera las tinieblas de la noche, ó el resplandor de la luna para que nada interrumpa sus sones; y símbolo fiel del carácter melancólico del indio, huye del bullicio social, de los resplandores del luminar del día, cual ave nocturna, y sólo apetece la soledad y el silencio; y cuando toda la naturaleza está en reposo, es cuando la quena despierta, cuando lanza sus sentidos tonos que dan ganas de llorar al hombre más feroz.

Aun en las fiestas públicas bailan estos indios sin que los excite la alegría. En las reuniones privadas, donde celebran algún suceso feliz, nótase también su carácter poco expansivo. En las danzas que celebran en las solemnidades religiosas, llevan disfraces y adornos caprichosos, algunos con máscara que figura la cara de un animal.

Los *ayarichis* visten una especie de enagua y sombrero rodeado de grandes plumas. Tocan el *sicu*, instrumento de nudos de caña colocados uno después de otro, y cuyas aberturas están en una misma línea: el primero es más grueso y más largo que el segundo, éste más que el tercero, y así los demás.

Los llamados *danzantes* llevan una capa tiesa que se asemeja á las alas de la mariposa. Se compone de una armazón de madera, cubierta de paño grana, sobre el cual hay algunas planchas delgadas de plata. El sombrero va también chapado de este metal. En la corva se ciñe el danzante una correa de

la que penden otras perpendiculares, cuyo extremo inferior está pegado á otra correa circular correspondiente al tobillo, con mucho adorno de cascabeles. El danzante lleva una espada corta en la mano derecha, y un broquel en la izquierda.

Aunque el baile no carece de ritmo, nada tiene de gracioso y expresivo. La música, tan monótona como la danza, no sólo es melancólica, sino lúgubre.

Dicho queda que el indio hace de postillón y cargador; pero también se ocupa en el servicio postal. Con rapidez, siempre corriendo, hace seis leguas con una balija de cartas y encomiendas que entrega en las postas ó *tambos* del camino.

Estos servicios de posta y de correo son anejos á la contribución de sangre, indigenal.

La *contribución indigenal* que sobre ellos pesa, es el tributo legado por el coloniaje

sobre todos los indígenas, divididos ahora en tres clases: *originarios*, que son los que poseen tierras legadas por sus antepasados; *agregados con tierra*, llamados así los indios forasteros incorporados en los *ayllos*, donde por concesión de los originarios trabajan un lote de tierra; y los *forasteros sin tierra*, que pagan por su persona. El conjunto de terrenos poseídos por cada indio de las dos primeras clases forman las *sayañas*, y éstas, cuando llegan á un número determinado, las *comunidades*, que se distribuyen en *ayllos* para el cobro de las contribuciones.

Cada comunidad tiene su corregidor. Éste cuida de la distribución de tierras, señala los alféreces que deben costear las fiestas de su parroquia, nombra los alcaldes y alguaciles, y cita á los indios que han de servir por semana á la iglesia, al cura, al subprefecto y al mismo corregidor. Estos criados gratuitos se llaman *semaneros*, pero el del cura, para más distinción, *fiscal.*

Si algún indio originario falta á sus obli-

gaciones, al instante se entregan sus tierras á un *agregado*, quien por el mismo hecho comienza á ser originario. Sucede lo mismo á los agregados con respecto de los *forasteros*. De modo que, como el goce de sus posesiones, su manutención y la de sus familias depende del cumplimiento de las obligaciones ó cargos de la comunidad, sufre resignado el indio todo lo que le exigen.

Los originarios y agregados gozan de sus posesiones el tiempo que tributan; luego que se dan de baja por haber cumplido cincuenta años ó por enfermedad, pasan aquéllas á otro que desempeñe las cargas, y el viejo ó enfermo queda reducido á un pequeño recinto de tierras que apenas le produce para sostener una vida penosa.

Asimismo, cuando muere algún *tributario*, son arrojados de la posesión su viuda y huérfanos, no pudiendo muchas familias con la poca tierra que les dejan, procurarse el sustento. Por este motivo muchos indios ancianos y viudas se conservan en sus po-

sesiones, siguiendo con las cargas á fin de no perecer de necesidad.

Este tributo indígena participa de todas las injusticias y crueldades de las contribuciones conocidas hasta ahora.

La capitación, condenada por los economistas en general como impropia, pues hace pagar al hombre como cabeza, no como productor, es menos todavía, comparada con el tributo indio que pesa sobre una clase, sobre un color, con separación del blanco y del cholo; como lo prueba la excusa que pone cualquier individuo á quien se le quiere matricular, diciendo que no es indio; y también la fórmula de los tribunales cuando resuelven estos juicios, en que dicen muy limpiamente: *Habiendo probado no ser indio, queda eximido.*

Son, pues, los andícolas la clase más ínfima del pueblo, en especial los que habitan la fría y elevada planicie del Norte, que cultivan la tierra sólo como colonos. Los del Sur encuentran más campo para el ejercicio

de su voluntad. Dedícanse ordinariamente á las ocupaciones de pastor y tienen el valor y la previsión del hombre que en mil lances de la vida no cuenta sino consigo mismo. Cultivan también su campo propio, aunque de mezquinas proporciones, y como no están forzados á la sumisión, ven á los demás hombres como iguales.

El que no es cultivador ó pastor es arriero, y, como todo el que viaja, eleva su carácter y extiende la esfera de sus conocimientos.

El indio que se educa, que sigue una carrera literaria, muestra grandes aptitudes, especialmente para el foro, donde despliega su astucia, para la política y para las demás profesiones. Por su constancia, es el mejor soldado.

Pero son raros los indios que consiguen esta ventaja: aquellos que la logran se distinguen por su orgullo.

Hasta hoy, ningún esfuerzo se ha hecho para instruirlos. El indio conquistado del siglo XVI es el mismo del siglo XX. Ni la patria, ni las leyes, ni la religión han hecho nada en su favor. Muchos proyectos, pero todos faltos de sentido práctico.

Después de la benéfica ley del Libertador Bolívar declarándolos propietarios, algunos gobiernos han dictado otras medidas beneficiosas, pero han sido ineficaces, porque sus opresores las han eludido. En esto se parecen también los criollos del siglo XX á los *encomenderos* del siglo XVI.

CAPÍTULO XV

EL QUICHUA Y EL AIMARÁ

Las leyes en Bolivia no reconocen para las comunicaciones y los actos oficiales otro idioma que el español; pues es de saber, que en competencia con éste, se hablan el quíchua y el aimará, y en el Oriente de la República la lengua chiquitana y la mojeña.

El quíchua y el aimará son las más extendidas en Bolivia.

Hablan el primero en Chuquisaca, Cochabamba y Potosí; el segundo en La Paz y Oruro. No son únicamente los indios quienes los practican, sino también los mestizos y los criollos, y esas diferencias lingüísticas contribuyen no poco al antagonismo regional, uno de los peores males de Bolivia,

pues realmente puede decirse, que antes que bolivianos son chuquisaqueños, paceños, cochabambinos ó cruceños. Esta antipatía se traduce en sorda guerra en el Parlamento y en las esferas del Ejecutivo. Sólo el aumento de la densidad de la población y la apertura de vías que comuniquen más fácilmente los departamentos entre sí, harán desaparecer estos ridículos y perniciosos antagonismos.

El *aimará* lo consideran algunos como el sánscrito americano.

Iguala en brío á cualquier idioma en lo relativo á palabras significativas; tiene declinaciones y conjugaciones como el quíchua, pero su pronunciación es más gutural, fuerte y varonil que la de éste. Las letras *b*, *d*, *f*, no entran en el aimará. He aquí algunos ejemplos que pueden servir para salir de apuros momentáneos, pues es de advertir que los indios y algunos mes-

tizos rurales no entienden palabra de castellano:

Dame pan	*Churita tanta.*
Dame agua	*Uma churita.*
¿Dónde está?	*¿Cauquisa?*
¿Cómo estás?	*¿Camisatasa?*
Oye	*Estama.*
Pon	*Irnocoma.*
Comida	*Mancka.*
Pan	*Tanta.*
Agua	*Uma.*
Maíz	*Oncko.*
Huevo	*Ckauna.*
Casa	*Tuta.*
Pueblo	*Marca.*
Leña	*Lagua.*
Día	*Ura.*
Noche	*Aruma.*
Paja	*Güicho.*
Fuego	*Nina.*
Siete	*Quimsacallceo.*
Ocho	*Llatunka.*
Nueve	*Tunca.*
Diez	*Ckaruru.*
Boca	*Laca.*
Nariz	*Naza.*

Ojos	*Naira.*
Pecho	*Nuño.*
Corazón	*Chuima.*
Criado	*Uiguta.*
Joven	*Guaina.*

De la importancia del aimará puede juzgarse leyendo algunas de las obras del ya citado Villaamil, el cual en su entusiasmo se empeña en probar que aquél fué el lenguaje de Adán y Eva.

El *quichua* fué el idioma de los incas, y es mucho más suave, perfecto y rico en voces que el aimará. En este idioma ha sucedido lo que en todos, que hablado por varias naciones, cada una de ellas le ha impreso un sello distinto, y por consiguiente han nacido los dialectos.

Las letras *g* y *j*, en quichua, cuando están al fin de palabra, siempre suenan guturales fuertes.

Nombre	*Suti.*
Hombre	*Kari.*
Mujer	*Huarmi.*
Casa	*Huasi.*
Tú	*Kam.*
Aquél	*Pay.*
Nosotros	*Ñokaicu.*
Vosotros	*Kancuna.*
Yo	*Ñoca.*
Voy	*Rini.*
Vengo	*Amuni.*
Carne	*Aicha.*
Agua	*Yacu.*
Piedra	*Rumi.*
Campo	*Pampa.*
Rodilla	*Konkori.*
Atrás	*Huasa.*
Espinazo	*Huasa-tullu.*
Sí	*Arí.*
No	*Mana.*
Huevo	*Rimta.*
Frío	*Chiri.*
Caliente	*Koñi.*
Arena	*Tio.*
Mojado	*Ojko.*
Seco	*Chaqui.*
Nudo	*Quipu.*
El corazón	*Soncco.*
Uno	*Ucj.*
Dos	*Iscai.*
Tres	*Quinsa.*
Cuatro	*Tagua.*
Cinco	*Pisca.*
Seis	*Sotja.*
Siete	*Chanchin.*
Ocho	*Pusac.*
Nueve	*Iscoñ.*
Diez	*Chunca.*
Año Nuevo	*Mosoj-huata.*
Niño ó niña	*Huahua.*
Nuestro Dios	*Diusraicu.*
Hueso, Flaco	*Tullu.*
Alguna cosa	*Imapaj.*
Ninguna cosa	*Mana imapag.*
Largo	*Sumi.*
Oscuro	*Tuta.*
¿Por qué motivo?	*¿Ima-raicu.*
Agarro	*Ajpini.*
Hombre adulto	*Huaina.*
Adelante	*Naupa.*
Besa mi boca	*Muchaau.*
Boca	*Simi.*
Mano	*Maqui.*
Pie	*Chaqui.*
Pelo	*Chujcha.*

Pescuezo	*Cunca.*	Punzó	*Puca.*
Perro	*Allko.*	Luz	*Kanchaj.*
Gato	*Misi.*	¿Cuándo?	*¿Aycap?*
Cuero	*Kara.*	¿Dónde?	*¿Maipi?*
Tierra	*Ajllpa.*	¿Cómo?	*¿Imaina?*
Mañana	*Kaya.*	Duro	*Sinchi.*
Viento	*Huayra.*	Blando	*Llampu.*
Río	*Mayu.*	Arriba	*Patapi.*
Negro	*Yana.*	Abajo	*Urapi.*
Blanco	*Yuraj.*	Sol	*Inti.*
Azul	*Ankas.*	Luna	*Quilla.*
Verde	*Komer.*	Dios	*Iaya.*

«Si tuviéramos los conocimientos necesarios, comenzaríamos dando una idea de lo que fué en un tiempo y de lo que es hoy la lengua quichua, y seguiríamos las vicisitudes por que ha ido pasando, á la par de los que lo hablaban, ese interesante idioma, uno de los más ricos y melodiosos de la tierra.

»De todas maneras puede darse por punto averiguado que la lengua que hablaban los incas llegaba al apogeo de su perfección cuando el imperio fué destruído por los conquistadores españoles, y que desde en-

tonces acá se ha ido corrompiendo más y más, mientras más estrecho ha sido el contacto de la raza indígena con la española, y mientras mayor ha ido siendo la miseria y envilecimiento de aquélla. Así es digno de notarse que los indios peruanos que viven en relaciones frecuentes con los que hablan el español, no comprenden ya el idioma de los que, viviendo en comarcas más apartadas, han conservado bastante bien la lengua primitiva.»

(José Domingo Cortés, *Bolivia.* Apuntes históricos.)

CAPÍTULO XVI

LOS CHOLOS

Poco más arriba que los indios están los mestizos ó *cholos*, que forman el proletariado de las ciudades; la *plebe*, como dicen sencillamente los criollos de sangre pura, que en su partida de bautismo y otras filiaciones se arrogan el nombre de «españoles» (1).

Son los mestizos gente muy viva, apta

---

(1) En tiempo del coloniaje los peninsulares con los criollos formaban la primera clase, los mestizos la segunda y los indios la tercera. Los negros formaban clase separada. Hoy, con Gobierno democrático, las cosas siguen lo mismo, porque en los censos y partidas de bautismo hay tres registros por separado: uno para los blancos *(españoles)*, otro para los mestizos y otro para los

para todos los oficios y carreras y de gran instinto musical. Hablan el quichua ó el aimará, según las localidades, y también el español, por lo que acostumbran mezclar en sus canciones palabras de uno y otro idioma.

La música boliviana es melodiosa y sentimental; domina en ella, aun en las producciones festivas, ese tono melancólico tan natural de la raza. Los *tristes* y los *yaravíes* son los dos géneros de cantos nacionales que sirven para expresar las amarguras del corazón así como los sentimientos de placer.

El *guáiño* es el triste boliviano, por excelencia.

---

indígenas. Bolivia no ha conseguido aún el progreso étnico de La Argentina y Chile, donde tres generaciones de indios con mestizos *emblanquecen* y ennoblecen su población andina.

Esta melodiosa y tierna música es casi siempre por término menor, pasando muy rara vez al mayor, en cuyo caso el grave bemol, el dulce sostenido y el agradable becuadro son los que entran en su composición, que admite prodigiosas apoyaturas, oportunos ligados, calderones y los más primorosos trinos. Así, no tienen un compás determinado, ni arreglado á los principios estrictos de la música, aunque hay algunos de 3×8, 6×8 y 3×4. Se puede decir que son caprichos ó fantasías musicales. Consiste su principal mérito en la estrecha y admirable armonía que guarda la música que llaman «la tonada», con los versos que tienen el nombre de «letra».

Se canta generalmente el *guáiño* al son de la guitarra entre dos personas, una de las cuales lleva el alto y la otra el bajo. Cuando las personas que lo entonan son objeto de la adoración de algunos de los oyentes, su alma se ve inundada por tormentos del más entusiasta amor; el *guáiño* en alta no-

che sirve de serenata y hace despertar dulcemente al que se dirige. El metro empleado en la letra de *guáiños* es por lo común el de seis y ocho sílabas, ya en cuartetos, ya en quintillas, ya en octavas ó décimas con glosas. Es muy frecuente cuando se usa del octosílabo, poner después de cada dos versos uno de cinco sílabas, llamado pie quebrado, el que hace un importantísimo papel, pues al entonarlo se hacen trinos y apoyaturas de una inexplicable dulzura.

Dícese: *¡Es un guáiño!*, una confusión, una algarabía, por el barullo de gente alegre que se pasa la noche cantando *guáiños* á la luna. Vaya uno, como muestra del género, que apunté cierta noche, que no me dejaron dormir unos guaiñistas:

Cuando vayas á Roma,
¡mi palomita!
dile á León Trece
¡ay mi vidita!
que baile un bailecito
¡mi palomita!
si le parece.

¡Por vos, vidita!
si le parece, sí,
canta y no llores,
que cantando se alegran
los pecadores.

Las clases ilustradas de la sociedad hacen uso de los instrumentos músicos importados del extranjero; los mestizos é indios, de la guitarra, mandolina, *charango* y además de la *caja* ó tambor y de los instrumentos de viento fabricados de una caña hueca denominada *chuqui*. Entre éstos, los que más se distinguen son: la zampoña *(sicu)*, compuesta de cuatro carreras de cañas colocadas en fila de diferentes tamaños y puestas unas encima de otras: su sonido es semejante al del órgano; la *quena*, que se parece á la flauta, pero más dulce y sentimental; el *pinquillo*, de un eco parecido al del flagolé, y el *manchaypuito*, que es la quena metida en un cántaro horadado por ambos costados para introducir las ma-

nos y que produce acentos muy lúgubres.

Cuentan las crónicas que cierto joven peruano, llamado Camporreal, hijo de español y de india, se enamoró de una doncella descendiente de los conquistadores. Los padres españoles de la virgen peruana hicieron alejar á Camporreal de Lima, haciéndole creer que su amada se había casado voluntariamente con un apuesto caballero.

El desdeñado galán, en su desesperación, se hizo sacerdote. Después de algún tiempo regresó á Lima, donde un día, celebrando en un templo, al volverse al pueblo para decir á los fieles *Dominus vobiscum*, vió á su adorada que parecía decirle «y tú serás conmigo». Atraído por la tentación, Camporreal colgó los hábitos, huyendo á las montañas con María. Por algún tiempo gustaron el amor mezclado con la hiel de los remordimientos, en su cabaña, hasta que murió María, y Camporreal enloqueció por la desgracia. El amante sacó del lecho el helado cuerpo de María, lo colocó en el tosco

banco de piedra donde ella solía sentarse, y se propuso presenciar la lenta descomposición del cadáver.

Durante las fúnebres veladas compuso un canto, consignando en cada estrofa la metamórfosis de cada una de las gracias de María, operada por la disolución de la carne que iba desprendiéndose gradualmente de los huesos. Luego que el cadáver quedó reducido á blanco y descarnado esqueleto, formó con la tibia una flauta, y con ella, en las noches de luna, evocaba el alma de su amante con sonidos tan desgarradores, que los pastores de las cercanías abandonaron sus cabañas. Música y palabras del canto de Camporreal son conocidas en el Alto y Bajo Perú con el nombre de *manchay-puitu*, ó cántaro aterrador.

* * *

Por lo mismo que es gente tan alegre, son también los mestizos muy devotos de Baco.

Del primer día de la semana han hecho un santo que, con el nombre de *San Lunes*, ha propagado su culto en toda la República. Este santo de la embriaguez está pintado como *acka llanta* ó pendón de chichería, con cara de hombre borracho, cuerpo de cántaro de chicha, un violín y una guitarra por brazos. No tiene pies, sin duda para denotar la dificultad con que caminan los tomados del vino, y lleva por sombrero una jarra de servir chicha; tiene delante una mesa con dados, barajas, ganzúas y puñales; fiel emblema de los vicios que albergan las chicherías ó tabernas plebeyas.

Sacerdotisas de estos santuarios son las *chicheras*, fabricantes y vendedoras de la *chicha*, bebida nacional por excelencia. La chicha por antonomasia, es la hecha de maíz. Para su elaboración mascan la harina, y el muco que resulta se expone al sol. Cuécese luego y se deposita en grandes tinas soterradas ó puestas en lugares obscuros y tapadas herméticamente para que fermente

la masa, lo que acontece á los ocho ó diez días. Destápase entonces y está buena para beber.

Haciendo caso omiso de la puerca manera como se hace, es una bebida aceptable, higiénica y, sobre todo, muy afrodisíaca.

La preocupación de los cholos es que no les falte chicha en sus casas. Cuando por venirse encima una fiesta hay que hacer aquélla en gran cantidad, se reunen hombres y mujeres en círculo alrededor de la pila del maíz que debe beneficiarse. Cada persona va mascando puñaditos de grano, que se ponen luego á secar para someter la masa á las sucesivas operaciones, ya indicadas. Y es caso frecuente encontrar luego en las tinajas ó *puruñas* donde fermentó la masa, tal cual hueso de la dentadura, que los buenos bebedores apartan sin asco, con igual desenfado que los fumadores españoles cuando encuentran un pelo ó miga de pan entre el picado de la Fábrica de Tabaco.

Esa operación de *muqucar*—que con tan

limpio nombre se llama la masticación del maíz—hay que hacerla con mucha frecuencia, porque un día sí otro no, son fiestas para los cholos. El motivo más fútil les sirve de pretexto para armarla, pero las más sonadas son las siguientes:

Las fiestas ó jueves de compadres: El anterior á la Septuagésima se llama *Jueves de los compadres;* el que le sigue, *Jueves de las comadres,* y el más inmediato á las Carnestolendas, *Jueves gordo.* Tomaron estos nombres porque, antiguamente, en el primer jueves indicado, los que habían en el año anterior sacado de pila á algún párvulo, solían obsequiar á las que habían sido sus comadres. En el segundo jueves las comadres obsequiaban á su vez á los compadres; y el tercero tomó el nombre de *gordo*, porque acercándose la Cuaresma ó época de abstinencia de carne, se solía celebrar como por despido con unas solemnes

merendonas de todo lo más pringoso y suculento de que pronto iban á verse privados.

En Bolivia, como en toda América, el compadrazgo es un vínculo de amistad indisoluble, de protección decidida, manifiesta y de substancia, con un número respetable de convites. *Cur compatres tam assidué et splenditer in America honorantur?*—se pregunta un teólogo.—Además de los compadres de pila y de confirmación, hay compadres de pelo y de juramento, de misa y de profesión, de boda y de bandera, de concierto y de desafío, de óleos y muchos más, y como es natural, han de celebrarse todos.

La *Corcova:* Es el día siguiente al onomástico, que también se debe celebrar, pues dicen, burla burlando, que si no se alarga la fiesta hasta ese día, le sale una corcova al interesado ó al compadre que corrió con los gastos de la fiesta.

El *Rutúcu:* Voz quichua: corte ó siega. El *rutúcu* á que se hace referencia aquí es el corte del cabello de los niños de siete años, motivo para una fiesta de familia entre los cholos. Para ello nombran padrinos del niño, como en el bautismo, y convidan á todos los parientes y amigos. La cabellera del rapaz la ensortijan en bucles adornados con cintas, y cada invitado corta una guedeja, oblando por ella, tanto más cuanto, cuyo producto sirve para costear la fiesta y baile que acompaña al acto. El pelo del rutúcu se guarda como oro en paño, y si acontece que el niño muere ó llega á figurar más adelante, entonces pasa á la categoría de talismán.

Aparte estos días señalados hay la *picana* y el *aptapi.*

La *Picana* es el ternero asado que se come en Nochebuena, en la media noche del sábado al domingo de Gloria y en la de San

Silvestre; pero como es plato tan suculento hay que repetirlo, y las familias compiten en brindarse mutuas *picanas* que luego se amenizan con bailecitos y *obligadas*.

El *Aptapi* (colecta en quichua) es la jira campestre de jóvenes de ambos sexos, que se acuotan para ello. Las mujeres ponen la comida y los hombres los licores, y unos y otros esta amabilidad criolla de que guardo indeleble recuerdo, por alguno que otro *aptapi*, á orillas del Ñuccho, en Chuquisaca.

La *Tinca:* Es la fiesta obligada—*asalto* como decimos ahora en España—que un amigo hace á otro para que dé una fiesta en casa de este último, proporcionándole en cambio los licores y demás adminículos de la fiesta, amén de los convidados y de los quebraderos de cabeza.

La salida para un viaje es otro motivo de bebendurria. Llámase la *cacharpaya*, y es la

despedida que se hace al viajero en las goteras de la población, con libaciones abundantes; de suerte que el pobre andante ó jinete, á la media legua ó va dormido sobre la mula ó ha de pararse hasta que se le pase el turbión.

Lo más típico en todas las reuniones y bailes caseros de Bolivia es la costumbre de *obligar*. Consiste en que la persona *obligada* bebe una porción de licor igual á la que ha bebido el que ha hecho la invitación, pudiendo aquélla obligar á otra persona. De este modo, las copas están en continua circulación, por lo que la fiesta, saliendo de los límites convenientes, se convierte por lo común en una verdadera orgía. Es hábito heredado de los indios, tanto que en una *Relación de la ciudad de La Paz* por el corregidor Diego Cabeza de Vaca, en 1586, leo: «Es costumbre que nunca bebe ninguno de estos indios esta bebida (la chicha)

solo; sino que tienen todos los vasos á pares, y habiendo de beber el uno en uno de los dichos vasos, ha de dar á beber al compañero en el otro. Redunda de estas borracheras que cometen muchos estupros.»

Las obligadas entre la buena sociedad, es una fórmula muy grata, por la amabilidad que en ellas ponen los hijos del país; pero entre cholos, con cerveza de la tierra, marca chicha, acaba siempre en borrachera.

De todos modos, la chicha es necesaria para alimentar el *fuego sagrado* en las reuniones caseras, porque el vino es caro, eso que en el departamento de Chuquisaca hay la provincia de Cinti, que lo produce bastante bueno. Es necesario, sobre todo para aplacar los furores de los *picantes* que con tanto placer saborea la plebe. Y aquí entra la descripción de mi picantería del Capítulo II.

Tanto como nuestros guisos de conejo,

tienen fama en las *picanterías* bolivianas los *picantes* de ídem; sin duda por la facilidad que allí como aquí hay para servir gato por liebre. La afición de los criollos á los picantes puede muy bien ser heredada de los conquistadores españoles, sobre todo de los oriundos de Extremadura, «cuyo régimen alimenticio prepara admirablemente para la conquista de América» (Velisla, *Recuerdos de Extremadura).*

Y sigue diciendo el ingenioso escritor: «Me basta probar una sopa de guindilla, y sobre todo cierta tortilla con chorizo que trasladé incautamente al estómago, para explicarme la indiferencia con que Pizarro y sus valientes compañeros acogían los calores de los trópicos. En efecto, los rayos de la zona tórrida son unos verdaderos polvos refrescantes, si se les compara con un embutido de Extremadura, y esto solo daba ya una inmensa superioridad á los conquistadores sobre los incas. Al paso que estos desventurados hijos del Sol se limita-

ban á adorarlo, los extremeños venían acostumbrados á comérselo.»

Las picanterías ó *chinganas* son otras fondas del caballo blanco, donde se reunen á comer, á beber sobre todo, los juerguistas baratos de las ciudades, presididos por *San Lunes*.

Tal como en Madrid ponen á la puerta de algunas tabernas las ollas del *piri* nacional, así en las picanterías bolivianas asoman en el escaparate los picantes hechos un bermellón de especias; y aun salen las cholas á venderlos por las calles, llevando las ollas en una gran canasta, que cargan en la cabeza.

Las cholas tienen el mismo aire de desenfado y de voluptuosidad de las mulatas de otros países. Visten de corto, poniéndose tres ó más *polleras* acampanadas, pero muy ceñidas á las caderas, una encima de otra, de color muy vivo; adornando los ba-

jos con la orla del *centro* ó enagua, que sólo llega hasta el tobillo.

Unas llevan medias y otras enseñan las pantorrillas desnudas; y todas calzan chinelas, especie de zapatillas toreras. Son bastante agraciadas, y lo serían más si fueran más limpias. Algunas de ellas van hechas un brazo de mar, con el pelo partido en dos trenzas, pañuelo de Manila, pollera de seda ó de terciopelo, zapatillas de raso y largas *caravanas* ó arracadas de plata. Por su donaire y gracejo recuerdan á las majas andaluzas.

No así los hombres, que por su manera de vestir, resultan una caricatura de nuestros chulos, por donde les vendrá el nombre de cholos, cambiada la *u* en *o*. Usan sombrero ancho, chaquetón corto de mangas muy ajustadas y pantalón más ceñido aún. Algunos ostentan alamares y camisa de chorreras; pero por majos que vayan resultan chalanes de feria á la vista experimentada de un español.

Entre los cholos se practica el *sirvinaco*, concubinato legal antes de matrimoniarse. Es costumbre tan general entre la plebe, que rara vez se casa un indio ó un cholo sin haber sometido la mujer á esta prueba, inmoral según nuestras rutinarias costumbres, pero previsora y acertada como lo demuestra la experiencia.

El resto de la población son los *viracochas*, los criollos españoles, á los que dedico el capítulo siguiente, todos muy caballerangos; como que bien puede decirse que aquí no hay clase media: todos monjes ó calonges, ó plebeyos ó hidalgos. Son reminiscencias de casta, puntillos de honra que no desaparecerán de Bolivia hasta tanto que no afluya la inmigración y cree la burguesía á la europea, como ha sucedido en otras capitales americanas.

La verdadera clase media la constituye en Chuquisaca el comercio, casi todo en

manos de extranjeros, figurando en buen lugar la colonia española, poco numerosa, pero acaudalada.

No dejan de tener interés los siguientes datos estadísticos que extracté de la *Gaceta Municipal* de Sucre, cuando mi estancia en la ciudad.

Las patentes industriales arrojaban la suma de 11.207 Bs. (1).

Había 12 almacenes de comercio, 33 tiendas internadoras, 2 librerías, 91 tiendas de comercio por menor, 41 bodegas, 12 clubs ó restaurants-café, 3 Bancos de emisión, 1 Hipotecario, 5 oficinas mineras, 2 joyerías, 5 boticas, 13 panaderías, 9 tipografías y 33 fábricas de ladrillo.

Estas cifras, aunque atrasadas, pueden servir de base á muchos cálculos comerciales, y por ellas se puede juzgar aproximada-

---

(1) Abreviatura de *Bolivianos*, ó peso monetario nacional.

mente de la mayor ó menor importancia de los ramos de industria y comercio á que se refieren.

Los cholos monopolizan las barberías, sastrerías, carpinterías y demás artes industriales por el estilo. No son malos operarios, pero como no tienen costumbre de trabajar con la constancia y el ahinco de los europeos, ésta es la razón de por qué cuando llega un artesano extranjero, les quita la clientela fácilmente, por su mayor laboriosidad y competencia. Esto da origen á rivalidades y aun á motines de la cholada.

Estando yo en Sucre, vino un francés de Chile con un cargamento de ropas hechas, á estilo de bazar. Eran artículos de batalla, como se dice en jerga comercial: malos, pero caros. Sin embargo, el francés vendía pantalones, chaquetas y gabanes, como pan bendito. Los sastres de Sucre que vieron su negocio paralizado, movieron la cholada en contra del extranjero.

La autoridad amparó á éste en su derecho; pero el francés, á fuer de hombre práctico, comprendió que no estaba seguro, que cualquier día arderían él y su tienda, y resolvió largarse de Chuquisaca.



CHOIA CHUQUISAQUEÑA CON VERÓNICA

CAPÍTULO XVII

LOS VIRACOCHAS

La gala de Sucre es el vecindario criollo, los *viracochas;* nombre que los súbditos de Atahuallpa dieron á los españoles de Pizarro. *Viracocha* quiere decir *hijo del Sol;* y la plebe quichua sigue llamando así á los criollos de sangre azul. Corresponde, pues, á nuestro tratamiento de *caballero;* y á este tenor, he tenido el gusto de oirme llamar «hijo del Sol» un millón de veces.

La vida chuquisaqueña es poco agitada.

Por la mañana, los hombres se encierran en su oficina y dejan á las mujeres que vayan á sus devociones. La señora criolla va á la iglesia de negro, tocada con la *verónica,* prenda que visten con suprema elegan-

cia, ceñida á la cabeza como la mantilla, pero larga y holgada como el manto de las limeñas. Úsanlo encuadrando con ella la cara, liándosela al cuello y cubriendo en ancho vuelo todo el cuerpo con pliegues y escorzos seductores. Esa prenda tan recatada, tan monjil, el garbo de las criollas la hace provocativa y de una belleza tan plástica como el más descocado «incroyable». Razón por la que un señor arzobispo prohibió, allá en Lima, el uso del *mantón*, ya se entiende que sin conseguirlo, catalogándole entre las tentaciones de San Antón. Fuera de estos actos visten á la última moda parisiense.

Jueves, domingos y días festivos, la buena sociedad se da cita en la anchurosa plaza de la Catedral, para oir la *retreta;* serenata militar que ya no se usa en España, pero que se conserva en todas las ciudades americanas.

Mientras los jóvenes dan vuelta á la plaza, las personas mayores y cuantos no quie-

ren exhibirse, se sientan en los poyos de los soportales. Para esto hay que ganar lugar, tendiendo horas antes una alfombrita en el puesto, ni más ni menos que en las iglesias, donde no hay sillas, sino que cada devota va pertrechada de una alfombra, en la que se sienta ó se arrodilla.

Acaba la retreta, yéndose los músicos y el piquete al cuartel, á cuya puerta toca la banda una serie de *guáiños* y *cuecas;* estas últimas una especie de fandango nacional, muy alegre y armonioso, que la cholada oye con más gusto que los demás números de la retreta.

Escasean en la ciudad los centros de reunión de libre entrada. Los círculos y casinos tienen sus socios, y las confiterías y hoteles llevan por lo mismo vida precaria, porque el señorío es reducido. Aun en las *confiterías*, como llaman á los cafés, no se acostumbran tertulias como las nuestras; se entra sólo para tomar un *cocktail*, jugar una partida de billar ó echar una *pinta*.

La *pinta* es el juego de los dados, tan corriente aquí, como juego de azar, que ha desbancado á la baraja. En toda Bolivia está á la orden del día, desde el club aristocrático á la más miserable *chingana*. En Buenos Aires y Santiago de Chile es juego villano, como en Europa.

El juego de los dados fué importado por los soldados españoles, como lo prueba el que Atahuallpa lo aprendió en su cautividad, lo mismo que el ajedrez; y el que por una suerte adversa de los dados nació el refrán aquél: «Jugarse el sol antes que nazca», por haber jugado un soldado de Pizarro, y perdido, la imagen en oro del sol que le tocó en el botín del templo de Coricancha en el Cuzco. De los soldados pasó á los mineros, y de éstos al resto del país.

Como antes dije, está tan en boga, que en donde quiera se reunen dos ó tres amigos y aun desconocidos, hay que jugar al *cacho* (el cubilete) una ronda de *cocktails*, y

luego... á limpiarse los bolsillos tirando *quinas*, *senas*, *ases* y *cuadras*.

Así, entre envites y rondas, se van á comer con la cabeza caliente y el bolsillo frío.

Las criollas, en cambio, son muy recatadas y modosicas, y muy poco balconeras, sobre todo en Sucre, en cuyas calles crece la yerba, y bien poco hay que ver.

Lindas y mimosas las chuquisaqueñas, su principal encanto estriba para un español, en el característico dejo de la pronunciación americana, que si en ellas encanta, en los hombres desplace.

En la intimidad son más seductoras todavía. Hay en el lenguaje criollo boliviano dos partículas que dan mucha gracia á la conversación: el *ché* y el *vos*.

Ché, es interjección y pronombre juntamente. Así se dice: *Ché*, *¡oye!*; *¡Dame*, *ché!*; *¡no puedo*, *ché!*

No es especial de los pueblos del Plata

como leo en algunos escritores río-platenses, pues se usa también con igual ó mayor frecuencia en Bolivia. Tanto, que los chilenos llaman despectivamente los *¡chés!* á argentinos y bolivianos.

Ché, en lengua pampa es hombre, como se constata por *Puelches*, hombres del Este; *Picunches*, hombres del Norte; *Pehuenches*, hombres de los pinares; *Tehuelches*, hombres del Sur ó patagones; etc. En guaraní es «yo soy». Dícese (creo que por Daireaux) que cuando los primeros españoles desembarcaron en el Río de la Plata, vestidos á la europea, con armas y caballos, hubieron de parecer á los indios seres de otro planeta. Asombrados los naturales huyeron al pronto; pero uno de los indios, ó por más atrevido ó por más curioso, tocó con sus manos á un español y luego á otro, entendiendo con esto que los extranjeros eran hombres como los demás. Y llamando á sus compañeros, les infundió confianza gritándoles: *chés*, *chés* (son hombres, son hombres). Ó

porque el caso hiciera gracia á los españoles, ó porque creyeron que la palabreja era voz de llamada entre los indios, la adoptaron en el sentido particular que conserva hasta el día.

Fantasías aparte, tengo para mí que el *ché* río-platense y boliviano no es más que el antiguo *ce* castellano con que se llamaba ó se pedía atención á una persona, tan usado por las tapadas y embozados de las comedias de capa y espada; voz anticuada ya y que se usa todavía en el reino de Valencia en la forma y frecuencia que en estas provincias de Sud-América.

El *Vos:* En América, como en Inglaterra, no se usa á secas el pronombre *tú*, sino que se reemplaza por *vos*, que es más afectivo. El patrón al criado, el padre al hijo, el maestro á su discípulo, les llaman de *vos* al estilo de los antiguos castellanos y como hacen hablar los novelistas románticos á sus personajes. El *vos*, según Gaspar Teseja (en

sus *Cartas mensajeras)*, á mediados del siglo XVI era tratamiento inferior, al que seguía el impersonal y luego *vuestra merced*. En Santa Cruz, ciudad de blancos en el mismo Bolivia, todos los de esta raza se *voseaban* entre sí, con exclusión de quien quiera que fuese indio, ó cholo, ó colla. «Tratábanse de *tú* los iguales; el inferior, hablando con el superior, usaba de la segunda del plural. Á los *collas* más decentes se les trataba con el rígido y etiquetero «usted». (René Moreno, *Archivos de Mojos y Chiquitos.)*

Este uso del *vos* criollo está afeado por la costumbre de construirlo con el singular de los verbos; así: *dame vos; ¿tenés vos?; escuchá vos*. Lo cual es un solecismo, y según Bello, una corrupción insoportable. Pero si gramaticalmente este *vos* es una disparatada, otra cosa es oído en la intimidad del hogar ó con el acento que le da el afecto ó la pasión; resultando un tratamiento, si incorrecto, muy afectivo, sin la aspereza del *tú*, ni la rigidez del *usted*.

En mi Colegio de Sucre tuve un catalán de auxiliar, al que me costó Dios y ayuda quitarle la costumbre de llamar á los chicos *tú, tú.* Acostumbrado al *voseo* entre éstos, ese *tú*, sobre todo pronunciado á la catalana, resultaba áspero é hiriente al oído.

Otra partícula que da mucha gracia á la conversación familiar es el *velay*, interjección muy usada de Tucumán para arriba, y que se diferencia del ¡velay! de Valladolid. El velay de Castilla equivale á *ahí verá usted;* mientras que la acepción americana es idéntica al *voilà* francés, es decir, *hé aquí.* Verbigracia: «Tráeme el sombrero.» —*Velay, señor*, dice el *mucamo* ó servicial al presentar la prenda. —«Préstame un peso.» —*Velay*, dirá el interpelado bien se lo dé, bien le enseñe el portamonedas vacío. —«Dame un beso.» —*Velay*, contesta la bella soltando una cachetina.

Las pollas chuquisaqueñas llámanse *cho-*

tas, así como *miseas* las matronas, éste, tratamiento cariñoso que se estila también en la Argentina, aunque aquí dicen *misia*. En una ú otra forma, es reminiscencia del castellano de la conquista, porque en los clásicos se lee *misa*, en el mismo sentido.

La sociedad sucrense es tan amable, tan asequible, que es lo más fácil para el forastero ser presentado á ella, siendo recibido con tal fineza y agasajo tanto, que dejan á uno obligado para siempre. Á nadie se pregunta quién es, ni de dónde viene; antes por el contrario, la circunstancia de ser *gringo* (extranjero) avalora la presentación.

Excusado es decir que un gringuito ó un *galleguito* (español), no mal parecido, avispado y de buenas costumbres sobre todo, es el preferido de las criollas y candidato á *capellán*, como llaman en Bolivia á los que se hacen ricos por alianza matrimonial. Es un decir antiguo: « *Vino, marido* y *bretaña* (clase de paño), *de España*.»

Yo no fuí capellán porque nunca me dió el naipe por casarme. Mis amores con las chuquisaqueñas fueron todos fáciles y flor de un día. Los más formales, los más íntimos, túvelos con una beldad, pero tan veleidosa, que hube de pedirla un sí ó un no terminantes y categóricos.

Ella, entonces, cortó una flor de *suncho*, especie de margarita arbórea de largos pétalos estrellados que en Bolivia sirve para cábala amorosa, haciendo estas preguntas: —*¿Me quieres?* —*Te quiero.* —*¿Poco?* —*¿Mucho?* —*¿Nada?* Á cada una de estas interrogaciones, se arranca un pétalo á la flor, y en el punto que las preguntas se cortan por haberse agotado las hojuelas, allí está la respuesta. Es una superstición amorosa, digna de celebrarse por Anacreonte.

Mi criolla, apremiada por mi *ultimátum*, deshojó la flor y me tocó... *nada*.

—Ya lo ves, *ché;* nada—me dijo al final de la consulta.

Y yo le contesté, en son de despedida,

con una copla del país, entreverada de quichua y español:

Amañapis munahuaichu
(aunque ya no me quieres)
ya después que me has querido,
¿piñatack *ckachuiahusun*
(quién ya nos ha de quitar)
el gusto que hemos tenido?

* * *

La asociación de ideas me hace hablar aquí del *candelero*, curioso ejemplar de la fauna boliviana. Candelero es el hijo de cura, condición de la que en América no se hace caso mayormente; pues ni los clérigos se recatan de su obra, ni la gente se escandaliza de ella.

El concubinato de los clérigos está plenamente admitido en América. Las leyes permiten á los hijos de tales clérigos suceder-

les en los bienes de sus padres aunque mueran éstos *ab intestato*. Preciso es confesar que el clero criollo se señala por una conducta licenciosa que, hasta cierto punto, parece hallarse protegida por la Ley. Igual sucedía en España hasta el reinado de los Reyes Católicos, época en que Cisneros sentó la mano á curas y frailes licenciosos.

Difícil será que una reforma así se implante en América; lo que vendrá con el tiempo será un cisma religioso por esta cuestión de faldas. Como primer cañonazo de alarma, ya llegó á Roma, allá en el pontificado de León XIII, la constitución de un Sínodo diocesano de Sud-América, en la que se pedía licencia matrimonial para los curas criollos (1).

En este mismo Sucre cuentan una anéc-

(1) Últimamente (1911), á consecuencia de las conclusiones votadas en el Congreso de Florencia, muchos sacerdotes han elevado un mensaje á

dota de cierto arzobispo que por dejarse arrastrar de inclinaciones amorosas, allá en sus juveniles años, tuvo distintos hijos de dos señoras de la localidad. Un fraile de La Recoleta, desentendiéndose de aquel precepto que manda predicar el Evangelio *cum grano salis*, es decir, discretamente, guardando la consideración debida á los oyentes de calidad, predicó en una de las ferias cuaresmales en la Catedral, estando presente el prelado; y habló de la relajación de costumbres, en términos generales, pero que tenían muy clara aplicación al arzobispo, para que nadie pudiese dejar de entenderla.

Montaron en cólera canónigos y familiares por la licencia del predicador, de quien determinaron quejarse al guardián; pero, con

---

la Santa Sede, pidiendo que se autorice á los clérigos contraer matrimonio. Fundan la solicitud en determinada interpretación del tercer canon del Concilio de Constantinopla.

buen acuerdo, aplazaron la resolución hasta ver qué efecto había producido la monserga al señor. El cual, lejos de manifestar ningún resentimiento, no hizo otra cosa que enviar al fraile uno de los mejores postres de su mesa, acompañado por vía de aderezo, con un regalo más práctico de dinero á la comunidad: acto de cristiana caridad que no fué del gusto de la camarilla arzobispal.

Produjo, sin embargo, su efecto en La Recoleta, porque la primera vez que el mismo predicador volvió á subir al púlpito, tuvo cuidado de componer su discurso de manera que enmendase el efecto producido en el auditorio, á entera satisfacción, ya que no edificación, de los oyentes (1).

Pero puesto á hablar de lo que uno ha

---

(1) Esta anécdota, que al cardenal Mendoza atribuye W. Prescott en su «Historia de los Reyes Católicos», pasó exactamente en Chuquisaca, y por esto la refiero casi en los mismos términos que el historiador norteamericano.

visto ú oído, relataré un hecho que consta en los anales parlamentarios del país.

La Constitución boliviana permite á los clérigos la representación á Cortes. Esto ya lo dije antes. Pues bien, en una sesión de la Cámara de Diputados, uno de los *honorables* tomó la palabra para apoyar una moción, en virtud de la cual se excluía á los curas de la representación parlamentaria.

El contendor, como es natural, fué otro colega de sotana, el padre Mendieta, quien despachó en cuatro palabras:

—Apoyo—dijo—la moción del honorable..., á condición que se excluyan también de la Cámara á los hijos de cura.

Esto era un argumento *ad hominem*, porque el autor de la proposición de ley era precisamente hijo de cura, *candelero;* y como todos lo sabían, quedó tan abroncado, que hubo de batirse en retirada.

CAPÍTULO XVIII

LA GRINGADA

Los *gringos* son los extranjeros avecindados en Indias: un agregado heterogéneo de todas castas y linajes. Unos vienen llamados por sus parientes ya establecidos en América; otros á trabajar por su cuenta y riesgo. Los más son advenedizos á salga lo que saliere.

La laboriosidad y la honradez son cualidades que en América se estiman mucho y valen mucho también. En pocos años, el *chapetón*, el aprendiz, asciende á habilitado ó socio del principal y va en camino de hacerse una fortuna. Lo cual no quiere decir que todos lleguen á *peruleros* ó indianos,

sino que el trabajo está mejor recompensado en América que en Europa, y que es más grande el campo de los negocios y de las iniciativas.

La propiedad de la tierra y la habilitación en los negocios son los grandes reclamos para el inmigrante.

Pero en América, como en todas partes, hay que contar con la suerte; ó como suele decirse: «Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te basta». Así, entre los españoles establecidos en Sucre, los conocí muy inteligentes y sufridos que no levantaban cabeza, y otros muy brutos que estaban en los cuernos de la luna.

Con esto, voy á referir un caso práctico.

El protagonista fué un vasco, dueño de una tienda de lencería. Allá, por los años 1879, hubo de escribir á un almacenista de Valparaíso pidiéndole dos ó tres fardos de *tocuyo* (bramante, ó lienzo de algodón). El

muy zafio, que no andaba muy fuerte en ortografía, escribió así: *Mándeme 203 fardos.* Atónito se quedó el chileno cuando leyó el mensaje, porque nunca se había descolgado su cliente de Sucre con un pedido de tanta importancia; pero como se trataba de un parroquiano antiguo y fiel cumplidor de los plazos, sin esperar nueva orden le mandó los 203 fardos.

Los cuales, como las monas del fabulista llegaron á la tienda de Sucre, con gran extrañeza del recipiendario, sin que se le ocurriese pensar que la equivocación partía de haber escrito 203 en lugar de 2 ó 3. Más que extrañado, se quedó aterrado, pensando cómo pagaría un envío de tanta importancia para cuya realización no bastaban los plazos de un año ni de dos.

Aquí de la suerte de las personas.

Á las pocas semanas del recibo estalló la Guerra de los *Diez Centavos.* Chile declaró la guerra á Bolivia y hubo interdicción de fronteras. Debido á esa circunstancia, en

cerca de dos años que duró la suspensión de relaciones con Chile, como no entró más tocuyo en Sucre y el vasco estaba abarrotado de él, lo vendió todo, y más que tuviera, al precio que le dió la gana; y de esta manera se hizo rico.

Esto que parece fábula es tan cierto que todo Sucre lo sabe; pero yo no cito el nombre, porque si el pecado se dice, el pecador no.

La facilidad con que los Bancos abren cuentas para habilitaciones, da motivos á no pocos petardos.

Un galleguito advenedizo consiguió crédito para poner una tienda de sombreros. Hizo su pedido á Chile y le vino un regular cargamento de cajas. Montó su tienda y vistió los anaqueles con las cajas de cartón. Como los sombreros eran buenos y relativamente baratos, todo Sucre los compraba.

El Banco prestamista cobró el primer plazo, y con esto, y con verse siempre la tienda abarrotada de cajas, no pasaba apuros, pues las existencias eran suficiente garantía del capital adelantado. Llegaron las fiestas de Semana Santa y la tienda se cerró como de costumbre. Pero á la otra semana, ni aquélla se abría, ni nadie sabía del tendero. Los del Banco se escamaron y entraron en el establecimiento. Al hacer el registro vieron las cajas vacías. Con el último sombrero que vendió, el galleguito, que tenía bastante, arrambló con todo el dinero de la venta, y desentendiéndose de plazos bancarios y comerciales, salió de Sucre para no volver más.

Como este pícaro pasan por allí muchos forasteros que abusan de la credulidad de los sucrenses.

Un suizo andaba ofertando libras esterlinas por bajo del precio de cotización. Es

decir, que si el Banco las pagaba á 12 bolivianos, él las daba á 11. En un día despachó más de ciento en hoteles y confiterías y se marchó. Á los tres, el prefecto, que le había comprado veinte libras, quiso regalar al presidente una medalla de oro, y para ahorrarse la pasta entregó unas cuantas de las monedas al platero á fin de que las fundiese. Puso el artífice manos á la obra, y una por una las halló, no ya falsas, sino fules: eran de plomo con un baño de oro; pero tan bien acuñadas y con tan buen peso, que engañaban á la vista y al tacto.

Corrió la noticia entre los demás compradores, y todos corroboraron el mismo engaño.

El monedero falso cayó en el garlito, porque fué tan imbécil que, no contento con el desaguisado de Sucre, se había ido á Potosí, que está próximo, con el mismo objeto, y allí lo prendieron.

Este delito que en todas partes se pena

severamente, en Bolivia se castiga con lenidad y mucha lentitud. Por de pronto, el suizo fué á la cárcel, establecimiento modelo que bien merece párrafo aparte.

La cárcel de Sucre la constituye un desván del *Cabildo* ó Municipalidad. Al cuidado de los presos están un conserje y cuatro ó cinco celadores. Como no hay presupuesto de prisiones, de dos en dos días salen los presos con sus guardianes á recorrer las casas, para recibir las limosnas que el vecindario les quiere dar. Los presos van sueltos y sus guardianes, de alpargata, sin más armas que el *rebenque* ó vergajo. Los reclusos reciben visitas á todas horas del día y comen con sus familias, si la tienen; si no, los celadores se cuidan, *mediantibus illis*, de traerles comida, aguardiente y tabaco.

Con este régimen carcelario tan severo, quien no se escapa es porque no quiere; y como el suizo lo quería, compró un cómplice, que, cuando pudo ser, le plantificó

una mula á la puerta de la cárcel, y el suizo se puso en franquía.

Pero lo del suizo es nada en comparación con lo que se cuenta de un tal Cuervo, cuya evasión de la cárcel de Sucre se ha hecho célebre.

Este Cuervo era un español, persona de buen parecer, que de la noche á la mañana cayó en la ciudad y alquiló una casa tocando con el Banco Nacional, con el loable propósito de robarlo. Dió principio á sus trabajos de ingeniería, pero hallaría dificultades insuperables, y cambiando de puntería, se fijó en las alhajas de la Catedral.

Cuando más afanado estaría el hombre, imaginando cómo verlas y meterlas mano, viólas en pública exposición, á hombros de San Pedro.

La festividad de este Apóstol es muy sonada en la Catedral de La Plata. En ese día visten de papa al Santo, con capa pluvial,

tiara y anillos, recargado todo de valiosa pedrería.

Violo Cuervo, y se dispuso á rapiñarlas. Aquella misma noche, acabada la función, se escondió en un confesonario. Cerraron las puertas y se quedó solo. Allá á altas horas de la noche, en el silencio y obscuridad de la iglesia, se encaró con San Pedro y le desbalijó de sus mejores alhajas, y no de las más manuables, porque apechugó con la tiara. Cuando al amanecer abrieron la iglesia, salió bonitamente sin ser visto de nadie. Como el botín abultaba bastante, y además, el suceso había de publicarse en seguida, lo primero que hizo Cuervo fué enterrar el tesoro en un vertedero de escombros de las afueras, quedándose únicamente con un par de sortijas que creyó de fácil venta.

Fué tan arriscado, que á pesar del revuelo que se armó en la ciudad con el robo de San Pedro, el mismo día consiguió vender uno de los anillos. ¿Quién había de sospe-

char de un hombre como él? ¿De un *viracocha* tan bien trajeado y gastador?

Al otro día vendió el segundo anillo. Dió la casualidad que el comprador era pariente de un canónigo, y éste, al ver la alhaja, la reconoció como de San Pedro. Dió parte á la autoridad, y Cuervo fué detenido. No le valieron excusas ni negativas, porque el comprador de la primera sortija presentó la joya, y esto le acabó de abrumar.

Por remate, un indio removiendo la basura en el estercolero, dió con el saco donde estaban la tiara y otras preseas de San Pedro. Con este hallazgo, empezó de firme la causa contra Cuervo.

Así que éste vió el pleito mal parado, preparó la huída. Algún amigo tendría que le agenció una mula; y como el suizo de las esterlinas, salió de la cárcel, pero sin apurarse, sin precipitar la marcha.

Era una noche de invierno, y no tan tarde que todo el vecindario estuviera entre sábanas. El gran Cuervo se creyó obliga-

do á despedirse del fiscal de su causa. Llegó á donde éste vivía y llamó á la puerta, sin apearse, con el mango del chicote. Se abrió una ventana y preguntaron qué quería.

—¿Está acostado el señor fiscal?—preguntó Cuervo.

—Todavía no, señor—contestó la criada;—pero no tardará en hacerlo.

—Pues dile que se asome; que un amigo quiere hablarle.

—¿Quién me llama?—preguntó á su vez el funcionario.

—Cuervo, señor fiscal—repuso el jinete, encendiendo una pajuela para que el otro no se llamara á engaño;—Cuervo que se va de Sucre y viene á despedirse de usted. *¡Hasta ahorita, no más!*

Y espoleó la mula, dejando al otro viendo visiones. Cuando el fiscal recordó, mandó una comisión en persecución de Cuervo, pero no lo encontraron.

Meses después, los periódicos trajeron la

noticia de haber sido preso Cuervo en Lima por otra de sus hazañas, siendo de suponer que allí no se escaparía como en Sucre.

Estas escapadas en mula y luego tomar cualquier vericueto de la cordillera, por lo que es difícil dar con el fugitivo, á unos sale bien, á otros no.

Un secretario de la legación chilena abusó de una señorita de la buena sociedad de Sucre, y la víspera de su partida se jactó de ello en un círculo de amigos. Súpolo un hermano de la joven, ya cuando el burlador había partido, y seguido de dos criados, salió en su persecución, logrando alcanzarle en una de las postas. Pidió una reparación al agravio, y el chileno se negó. El boliviano lo mandó atar por sus criados y le conminó con cortarle las orejas si no quería por las buenas ir á Sucre, á casarse con su hermana. Ni por esas se dió por convencido el

chileno. Entonces, el otro le rebañó uno oreja. Ante esta prueba ejecutiva, el diplomático, mirando por la otra oreja, se avino á desandar lo andado para contraer esponsales con la burlada doncella.

Todos estos episodios que se antojan escenas de época remota, son corrientes y molientes á todo ruedo en la mediterránea Bolivia.

XIX

CAPITULO DE CARGOS MUTUOS

Ni son estos engaños y puntos de honra las únicas causas de resquemor entre criollos y extranjeros.

El *más eres tú* es manzana de discordia entre unos y otros. Los criollos echando en cara á los europeos su procedencia y la facilidad con que se abren camino; los europeos proclamando sus servicios y la idiosincrasia del carácter americano.

Dicen los criollos:

«—Vosotros, los extranjeros, vinisteis á América sin capital, y las más de las veces sin un centavo. En América encontráis crédito, capital, tierras, apoyo de toda clase. Os enriquecéis á espaldas de nosotros. Y cuan-

do nos habéis desangrado y explotado con vuestras especulaciones bursátiles y financieras, á las que dimos crédito por nuestra juvenil inexperiencia; cuando nos habéis tomado tierras, bancos y ferrocarriles—vosotros, que gozáis de todos los derechos civiles y no tenéis ningún deber,—nos insultáis, si por una crisis, si por una revolución no seguimos engordándoos y haciéndoos millonarios como antes.»

Los europeos contestan:

«—¿De qué riquezas os envanecéis? ¿Qué capital monetario era el vuestro? Algunos *bolivianos* y montones de papel moneda. ¿Quién os ha traído los grandes capitales sin los que nada puede hacerse, sino Europa? ¿Quién os trabaja, sino el proletariado italiano, español, alemán ó francés? Capital y Trabajo, estos dos grandes factores de la pública riqueza, son agentes europeos.

»Nosotros los extranjeros, os hacemos ciudades, puentes, calles, palacios, ferrocarriles, universidades, con la ciencia de nues-

tros ingenieros y con los brazos de nuestros hermanos. Vuestras pampas las bañamos con nuestro sudor; vuestros bosques los abren las falanges de nuestros emigrantes. Para éstos las fatigas del trabajador, la vida humillante y penosa; para vosotros las satisfacciones de la política y del mando, las doradas orgías, el lujo insensato.

»Vosotros no estáis hechos al trabajo. Vuestra plebe vegeta bebiendo chicha, tomando *mate* ó chupando caña de azúcar; soñando con las carreras y con las riñas de gallos. Nosotros les enseñamos artes é industrias; ennoblecemos, con el ejemplo, vuestra raza de gauchos y de mestizos, aportándoles la fraternidad de las sociedades obreras y redimiéndoles de la condición de parias.

»Á nosotros debéis vuestra civilidad y la elegancia en el vestir. Sin los europeos aún iríais vestidos de taparrabos y plumas.

»Disipasteis vuestra hacienda por fuerza irresistible de hurto y de vicio. Paisanos

vuestros son y han sido los dilapidadores del fisco y de los bienes públicos.

»Todo os lo damos, todo os lo traemos de Europa para satisfacer vuestros deseos sensuales. Los vinos más costosos, las golosinas más refinadas pasan el mar para deleitar vuestros paladares, acostumbrados al maíz y al *asado con cuero;* caballos rusos y andaluces os vienen para transportaros veloces; los artistas más sonados, los tenores de *un millón la temporada*, acuden á América para extasiar vuestros oídos; las más hermosas hetairas de Andalucía, de Polonia, de Italia y de Francia, vienen también para daros sus más ardientes besos y embriagaros con su voluptuosidad.

»Vosotros todo lo tomáis, de todo gozáis y abusáis, dejándonos á los extranjeros el despreciativo título de *gringos* y á menudo los calabozos de vuestros esbirros.

»Sois como aquellos hijos de familia que se dan por ricos para encontrar dinero con que gozar buena vida, y cuando lo han gas-

tado, en vez de pagar á los acreedores, se llaman víctimas y declaman contra el vil usurero.» . . . .

. . . .

En esta agria é inútil porfía, en este capítulo de cargos mutuos, hay, como en todos los pleitos, verdad y mentira por ambas partes. Lo difícil es establecer la proporción de lo verdadero y de lo falso en el alegato. Mas como no quiero actuar de juez y árbitro de la contienda, aquí hago *mutis*, y me despido del lector.

FIN

ÍNDICE





